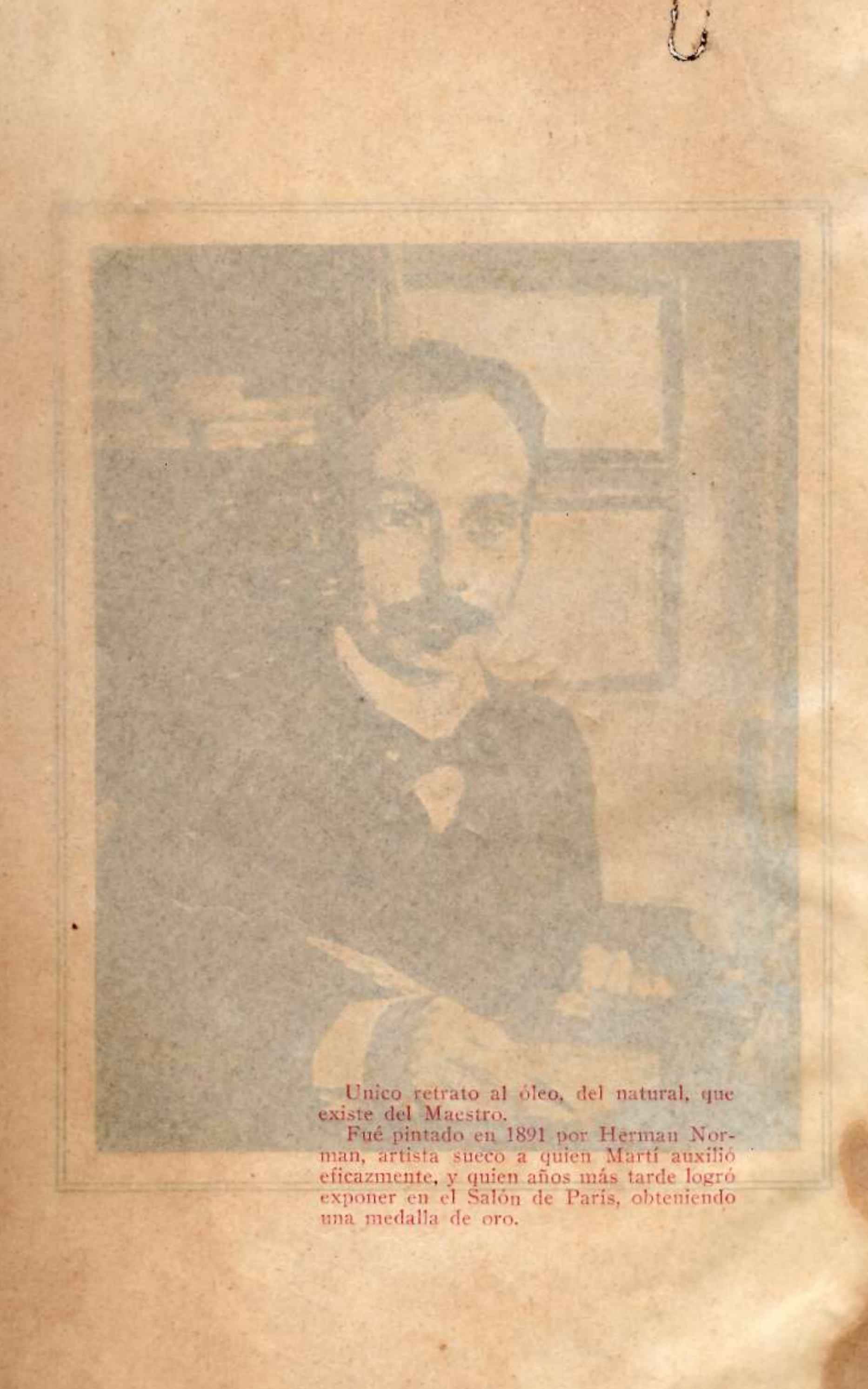
MARTI EN VENEZUELA

Escritos de José Martí sobre asuntos y personajes venezolanos.

Edición dispuesta por el Gobierno de Venezuela, por órgano del Ministerio de Relaciones Exteriores.

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1930

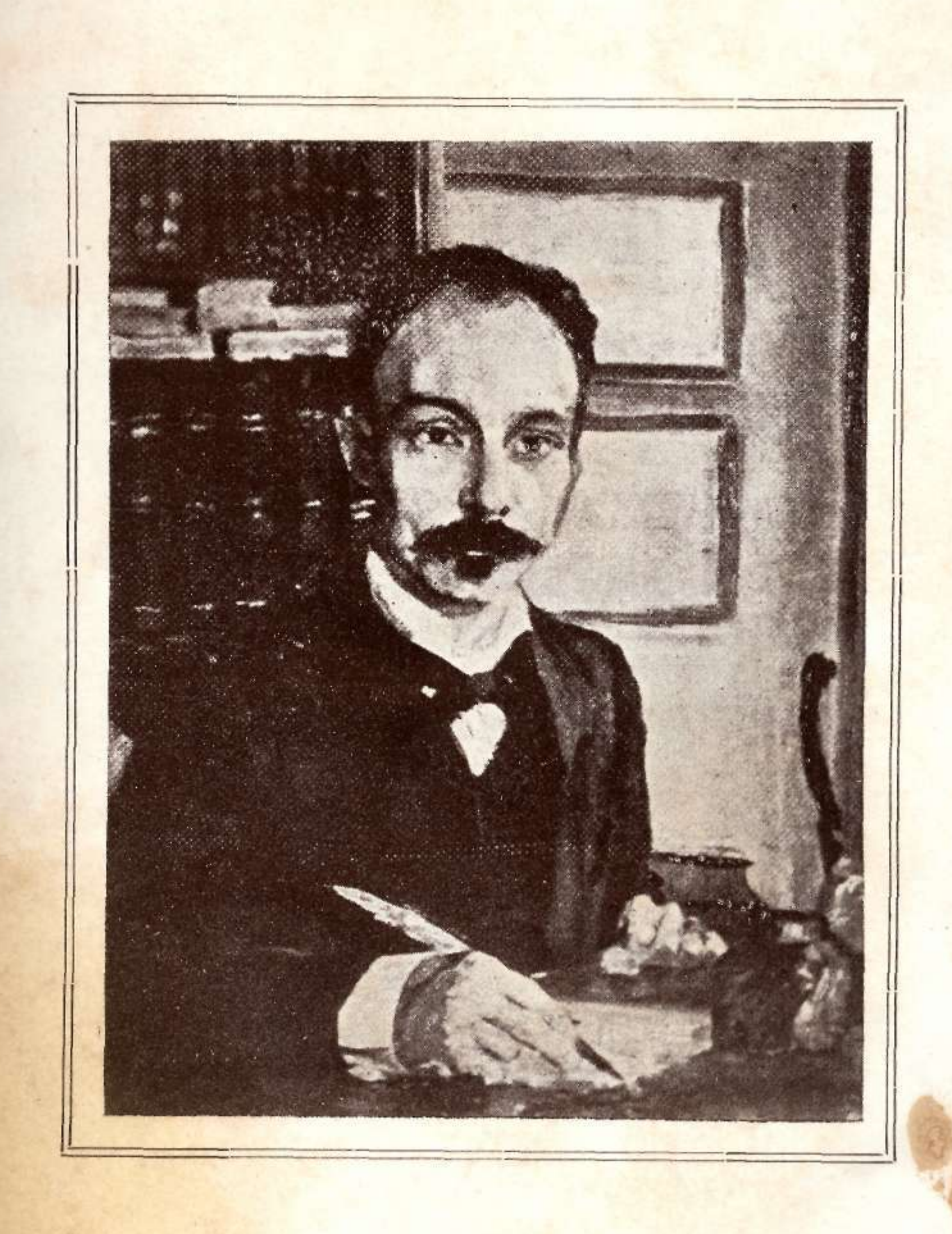


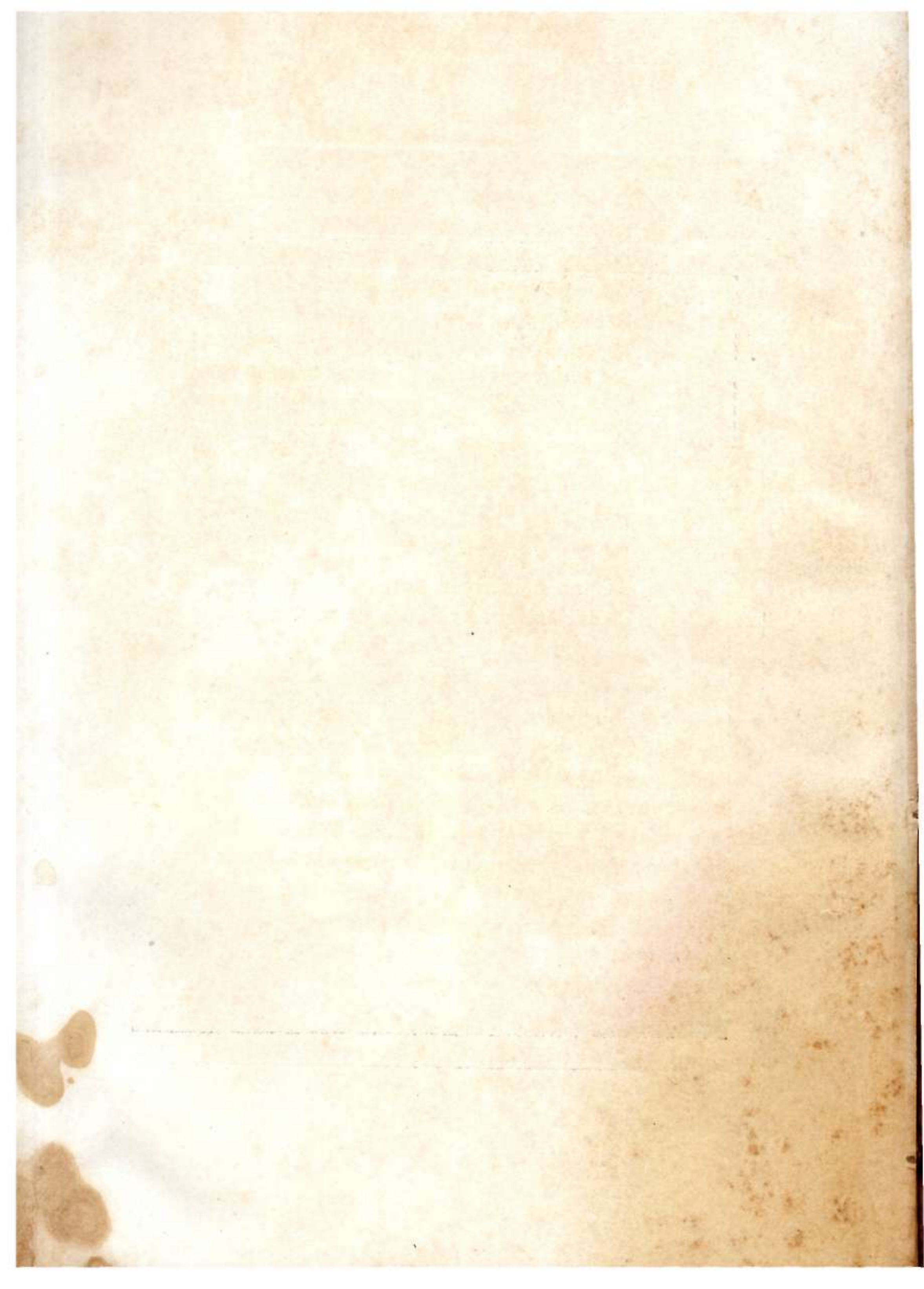
Unico retrato al óleo, del natural, que existe del Maestro.

Fué pintado en 1891 por Herman Norman, artista sueco a quien Martí auxilió eficazmente, y quien años más tarde logró exponer en el Salón de París, obteniendo una medalla de oro.

Lienzo pintado al óleo del natural, que existe del Maestro.

Fué pintado en 1891 por Herman Norman, [illegible] a quien Martí visitó frecuentemente, y quien años más tarde logró exponer en el Salón de París, obteniendo una medalla de oro.





PREAMBULO

José Martí llegó a Caracas en los últimos días de 1880. Siete meses después, reanudaba su peregrinación por la independencia de Cuba, abandonaba las playas de Venezuela y volvía a Nueva York.

Al partir, en una admirable despedida estampó la frase, gallarda de cariño, que la Patria de Bolívar ha recogido con orgullo y que el Gobierno Nacional ha hecho grabar en el pedestal del monumento erigido en Caracas al Apóstol cubano: "Deme Venezuela en qué servirla. Ella tiene en mí un hijo".

Los años, años de penalidades, de propaganda, de sacrificio, que trascurrieron después para Martí, hasta el momento infausto y consagrador de Dos Ríos, no borraron ni atenuaron en su espíritu luminoso el recuerdo de los meses pasados en Caracas. Al lado de su amor a Cuba, floreció siempre su amor a Venezuela.

A ningún país de América, fuera de Cuba, dedicó tan considerable porción de su labor intelectual. También es cierto, que en ningún país de América, fuera de Cuba, vive con más intensidad ni se guarda con mayor cariño que en Venezuela, su recuerdo.

De la constancia de su amor y de su devoción da fe este libro, donde se han reunido sus escritos de distintas épocas sobre asuntos y personajes venezolanos. Pocos faltarán, y algunos no se encuentran, de fijo, en las colecciones que se han hecho de sus Obras. Unas cuántas cartas inéditas, facilitadas por su galante poseedor, completan el testimonio glorioso en que palpita el amor de Martí por Venezuela.

Notas de explicación o de rectificación históricas de algún hecho o concepto, vertidos por la pluma en la premura de una vida sin treguas ni reposos, minucias de especialistas, datos que pusieran al lector en el secreto de algunos casos, para mayor goce del texto, hubieran sido sin duda interesantes; pero romperían el propósito del Gobierno venezolano, que ha sido exponer, sin extraños reflejos, la faz del Apóstol vuelta hacia Venezuela, como un monumento de bronce y mármol espirituales, basamento ideológico del que en bronce y mármol materiales, erigido en la antigua Plaza de Altagracia, hoy de Martí, une en un sentimiento armonioso a Venezuela y a Cuba.

N. B.—Por haber sido imposible tomar fotografías en tiempo oportuno del monumento, según lo dispone la Resolución del Ministerio de Relaciones Exteriores, y a fin de que este libro pueda distribuirse en la fecha prevista por el Gobierno Nacional, se las ha reemplazado con un autógrafo de Martí y una reproducción facsimilar de la portada de la *Revista Venezolana*, preciosos recuerdos de la visita del Maestro.

GENERAL JUAN VICENTE GOMEZ,

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

Considerando:

que el Gobierno de la República de Cuba ha comunicado al Ejecutivo Federal de Venezuela su propósito de obsequiar al Pueblo venezolano con un busto en bronce del egregio orador, Apóstol y mártir de la independencia cubana, José Martí, para ser erigido en la ciudad de Caracas;

Considerando:

que la efigie de Martí en la ciudad cuna del Libertador, de la cual fué huésped ilustre y ferviente, significa no sólo un homenaje de justicia a quien exaltó las glorias de Venezuela y le testificó su alto afecto en los conceptos más elocuentes y con el más vivo acento de epopeya, sino también a quien supo con su verbo y su ejemplo practicar los ideales americanos de Bolívar;

Considerando:

que ha sido aceptado el obsequio como una nueva y tangible muestra de los vínculos de cordial fraternidad que unen a Venezuela y Cuba;

Considerando:

que el Concejo Municipal del Distrito Federal, en uso de sus atribuciones, ha designado para la situación del busto de Martí la plaza de Caracas que lleva el nombre del ilustre patriota,

Decreta:

Artículo único. El Ejecutivo Federal de Venezuela solemnizará del modo más adecuado la inauguración del busto de Martí en la ciudad de Caracas, con el cual objeto, por la alta significación internacional de los actos, el Ministro de Relaciones Exteriores solicitará de los demás Departamentos del Gobierno Nacional, y de las autoridades municipales del Distrito Federal, las medidas que se estimen conducentes.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por el Ministro de Relaciones Exteriores, en el Palacio Federal, en Caracas, el día 5 de julio de mil novecientos veinte y ocho.—Año 119º de la Independencia y 70º de la Federación.

(L. S.)

J. V. GOMEZ.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Exteriores,

(L. S.)

P. ITRIAGO CHACÍN.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Relaciones Exteriores.—Dirección de Política Internacional.—Caracas, 14 de octubre de 1930.—121º y 72º

Resuelto:

Por cuanto la inauguración del monumento erigido a José Martí, en esta ciudad, conforme al Decreto Ejecutivo de 5 de julio de 1928, es además de un acto de justicia nacional, un signo de los vínculos permanentes que existen entre el pueblo de Cuba y el de Venezuela y de las relaciones cordiales que mantienen entre sí sus Gobiernos, el ciudadano Presidente de la República ha dispuesto que se conmemore la inauguración del monumento con la edición de un libro que llevará el título de "Martí en Venezuela"

El libro contendrá los estudios y discursos de Martí sobre asuntos y personajes de Venezuela, precedidos de recuerdos personales del Apóstol cubano, trabajo inédito del extinto escritor venezolano doctor Lisandro Alvarado; llevará un retrato de Martí, fotografías del monumento, y los textos del Decreto Ejecutivo fecha 5 de julio de 1928 y de la presente Resolución.

La edición constará de mil ejemplares que serán distribuidos convenientemente en el Exterior y en el Interior de la República, por este Despacho.

Los gastos de la edición se cubrirán por órdenes con cargo al Capítulo V del Presupuesto de este Departamento.

Comuníquese y publíquese.

Por el Ejecutivo Federal,

P. Itriago Chacín.

UN RECUERDO DE MARTI

Sabe Dios cuán a costa de mi más legítima confusión voy a recoger briznas y hojarasca de entre los eriales de mi memoria, que así me valdrá, como acorrerme pueda un horizonte inmóvil y descaecido abierto a mi curiosidad y deseo, cual pedazo de estepa o de solitario páramo; y esto en recuerdo de ese hombre extraordinario que para todo buen Cubano ha de ser la imagen más amada de su nacionalidad y su independencia. Cómo? En el sagrado templo que la posteridad ha levantado al gran patriota, al impetuoso orador, ¿quién osaría hoy abrir la boca, que no fuese para justo encomio, para eterna loa del que un tiempo fué nuestro huésped? ¿Qué razones, qué entonación, qué continente, será dado usar, para no izquierdear o desacertar, a este admirador de José Martí, admirador tan iletrado como el que más en semejante propósito?

Tranquilízame, no obstante, una idea. Lejos de tentarme la vana ilusión de entender y explicar en pocas líneas, como éstas, la gloria de Martí, me ha halagado, al contrario, la de entender y explicar la fortísima impresión que su genialidad hizo en mi apenas desbastada mentalidad, en mi imaginación de estudiante. Tendría que desdoblar sutilmente, mediante una disección muy paciente, mi propio yo, y una vez disgregado éste, examinar las

unas partes con las otras. Obra de psicólogo. Y no lo siendo, ni pretendiendo serlo, haré a mi manera, y aún como pueda, llevando mis recuerdos al tiempo en que arribó a las playas venezolanas el insigne apóstol de la independencia de Cuba.

Fermentaba en aquellos días la idea, ya hecha obsesión política, de alcanzar la libertad, tantas veces pedida y tantas veces frustrada, de la perla de las Antillas. Hablar entonces de esa idea en Venezuela era hablar de antiguos planes de Bolívar, era recordar la suerte adversa de López, de Zenea, de Plácido, las maniobras del "Virginius". Versos de Zenea en apartadas poblaciones del país cantaban las mujeres, aun no bien apagados los últimos resplandores de la escuela romántica. Y a proporción que pasaban los años, como si fuera cosa que huyera sin poder ya asir de ella, o algún cometa de prodigiosa excentricidad, tomaban los sueños de los patriotas cubanos proporciones de angustiosa exaltación, comparable a las aspiraciones ardientes de los Hebreos de la última cautividad. España, inexorable. Poco o nada había cambiado su natural orgullo y altivez; ningún imitador tuvo, en la política ultramarina, de las miras liberales propuestas una vez por el ministro Floridablanca. Ya sabíamos por otra parte, cómo pensaban los republicanos españoles y cómo había pensado el elocuentísimo Castelar.

Pero Martí, aunque empapado en los intereses de la causa, no representó por entonces en Caracas el proselitismo del caso. Es una figuración, habré de añadir con presteza, por si este papel cayere en manos de algún astuto diplomático. Su influjo fué sobre todo literario; y como eximio representante de las buenas letras conmovió las filas de la juventud estudiosa y fué presentado a los hombres pensadores, a la sociedad caraqueña, mediante una velada que para honrarle se aprestó y llevó a cabo el 21 de marzo de 1881 en el local que por entonces ocupaba el "Club del Comercio". Yo no asistí a aquella fies-

ta; pero vi con envidia los preparativos y el afán de mis compañeros y amigos, casi todos alumnos de la Universidad Central. Asistieron muchas familias, hubo música a intervalos o números de canto. Don Evaristo Fombona, español rancio y correcto caballero, envió a su hijo Manuel, encomendado especialmente al cuidado de Don Felipe Tejera, con advertencia de que había de conducir de nuevo al mozo a casa, concluida que fuese la fiesta. Esmeráronse por lo demás en la suntuosidad de la fiesta los señores Antonio J. Ponte y Eloy Escobar que a la sazón eran administradores del casino. La verdadera suntuosidad, empero, lo verdaderamente insólito y deslumbrante fué la salutación de Martí, pues que lo hizo en una oración cuyo estilo y seductora gracia nunca habían oído los caraqueños contemporáneos. Ignoro por cuál motivo no se tuvo el acuerdo de llevar estenógrafo expresamente encargado de recoger el discurso. No lo era entonces todavía mi amigo J. F. Pérez Bermúdez, quien, sin embargo, recuerda aún los principales argumentos de la improvisación, cuyo exordio, y alguna parte principal, quizá, fueron fina galantería motivada por el bello sexo presente en el casino.

Pronto después tuve ocasión de conocer personalmente al orador, con ocasión de hallarme en casa del Lcdo. Cecilio Acosta. De visita llegaron casi al mismo tiempo el Arzobispo, Martí y el señor Rincón, colombiano. Fuí presentado al segundo, que los otros dos ya me eran conocidos. Lo que era posible para mí delante de aquellos hombres era callar. ¡Cuán interesante me fué la personalidad de aquel hijo de Cuba! Sus modales, cortesanos y distinguidos: su conversación, viva y afable: su imaginación, presta e inquieta. Mantenía una sonrisa benévola, un aire de ingenuidad, que un hipócrita hubiera intentado en vano aprenderse, al paso que en él era velo de discreción, puesto que a maravilla servía para disimular su vasta erudición. Aparecía en suma achicado en

su talla intelectual, casi como un señorito cualquiera de chispa y de talento. Y en Acosta el mismo engaño, avivado más y más con el modestísimo aspecto del aposento donde aquél recibía de ordinario a sus amigos.

Harto holgaba yo de aquella noble compañía y apenas o no nada se me alcanzaba que estuviesen contados los días del Illmo. Sr. Guevara, tanto como los de Acosta. Quejábase el primero de que el andar a pié le hacía gran pena, pues pronto se fatigaba; y esto cuando Martí le cumplimentaba por su buena complexión. El Prelado en efecto mostraba esa facies pérfida y falaz de los cardiacos. La visita, en resolución fué de etiqueta en cierto modo, como había sido la recepción en el casino; y preguntado por Acosta acerca del discurso en aquel acto, aseguró Martí que había ándado cuerdo en no adoptar otra tesis más grave y compleja con tal objeto. Es oportuno mencionar aquí el misoneísmo que en aquellos momentos provocaron Acosta y Martí, en horas bien adversas por cierto, pues el uno gemía en la indigencia y el otro viajaba como expatriado. Las críticas no podían hacer sino entre académicos, ni versar sino en puntos académicos, dando a esta palabra el sentido que le corresponde como escuela literaria, y nó otro. La conducta severa de aquellos dos insignes escritores era de manera que sólo un Aristófanes podía tomar pié para la censura, y que nunca un Zoilo pudiera atreverla. Acosta era un pensador hecho y derecho. Sus distracciones eran frecuentes y aun se recuerdan. Zerpa y el suscrito que le trataron bien de cerca, certificaron este modo de ser, y también su espontáneo decir, su habla ya modelada, su pensar ya encauzado, en lo referente al estilo y al substratum religioso de sus ideas. Como maestro, procuró una y otra vez apartar a los jóvenes escritores del alambicamiento

y la expresión rebuscada, amanerada, repitiendo algunas veces: "sobriedad, sobriedad, sobriedad"; y a esto no más me alargo, porque servía de fundamento a los críticos para presumir que el estilo tan ponderado de Acosta era en resumidas cuentas pura imitación de Luis de Granada y su proyecto de Código Penal doctrina añeja y nada nueva. En cuanto a Martí chocaba a algunos lo que llamaban amaneramiento y por ello le tildaban. Cargo inmerecido.

Otra vez hallé a Martí en la modesta vivienda sita entre Velásquez y Santarosalía. Acosta, postrado ya por una grave neuropatía, íbase extinguiendo sin remedio. Su hermano Pablo, su sobrino, el que fué después gran cirujano, el Dr. Elías Rodríguez, y varios de sus amigos, solíamos rodear el lecho del enfermo, y aquel triste fallecimiento dió motivo más tarde a Martí para escribir la bellísima necrología que todo el mundo conoce.

Decía que era inmerecido el cargo hecho al escritor cubano, a causa de su estilo. Los directores de los colegios "Santa María" y "Villegas" se encargaron de anular semejante reparo, invitando a Martí a ejercer el profesorado en sus respectivos establecimientos. La juventud estudiosa, con menores escrúpulos que algunos literatos intransigentes, apresuróse a inscribirse en las cátedras de literatura y de francés y a pagar tributo de admiración al eminente y joven maestro. Gil Fortoul, Brito González, Pérez Bermúdez,..... fueron de este número. Vestido siempre de negro, leyendo siempre en un libro, aquel hombre no perdía minutos, pareciendo cortos los días a su afán de saber y de laborar para su patria.

Por lo demás, creo se había convenido en celebrar periódicamente reuniones de aficionados y literatos pa-

ra el cultivo de las letras. Según entiendo, eran tales conciliábulos en la vetusta casa de los Tovares, que da al Boulevard Oeste del Capitolio, hoy martirizada a golpe de pico, taladradas sus paredes y modificada su estructura, en servicio de la edad moderna, como si continuasen las malandanzas del Conde de Tovar y de Don Martín hasta en las reliquias conservadas en el seno de su patria. El Pbro. Mendoza, presentado por el Lcdo. Aveledo, daba por entonces los primeros pasos en la oratoria, discurriendo con otros sobre diversos asuntos. El abajo firmado tuvo aún la osadía de colaborar en una revista fundada entonces por Martí. No resistiré el deseo de poner las cosas en su puesto, por que se vea la indulgencia infinita de aquel y su exquisita moderación y tolerancia. El papel estaba como quieran dueñas. Esto y más era de esperarse para quien carecía de preparación suficiente y de práctica en el oficio. "¿No estará mejor así?" decía a cada paso Martí, mientras leía el articulejo, pluma en mano, con aquella vivacidad que le era peculiar. Yo asentía, sin replicar, medio corrido, medio tranquilo. Las correcciones fueron numerosas, y sólo quedó ileso el argumento, que yo mismo convenía en que era tal cual fantástico, pues tenía por base histórica un cuadro de Lovera relativo al 5 de julio de 1811; pero a la postre pudo más mi vanidad de mozalbete que el bien obrar, y para mi más legítima confusión, como arriba marqué, pasaron las cuartillas a las cajas, dándose aquella mísera producción a estampa en uno de los números de la revista. Treinta y ocho años hace ya de eso, y nunca más he tornado a ver este hijo desgraciado.

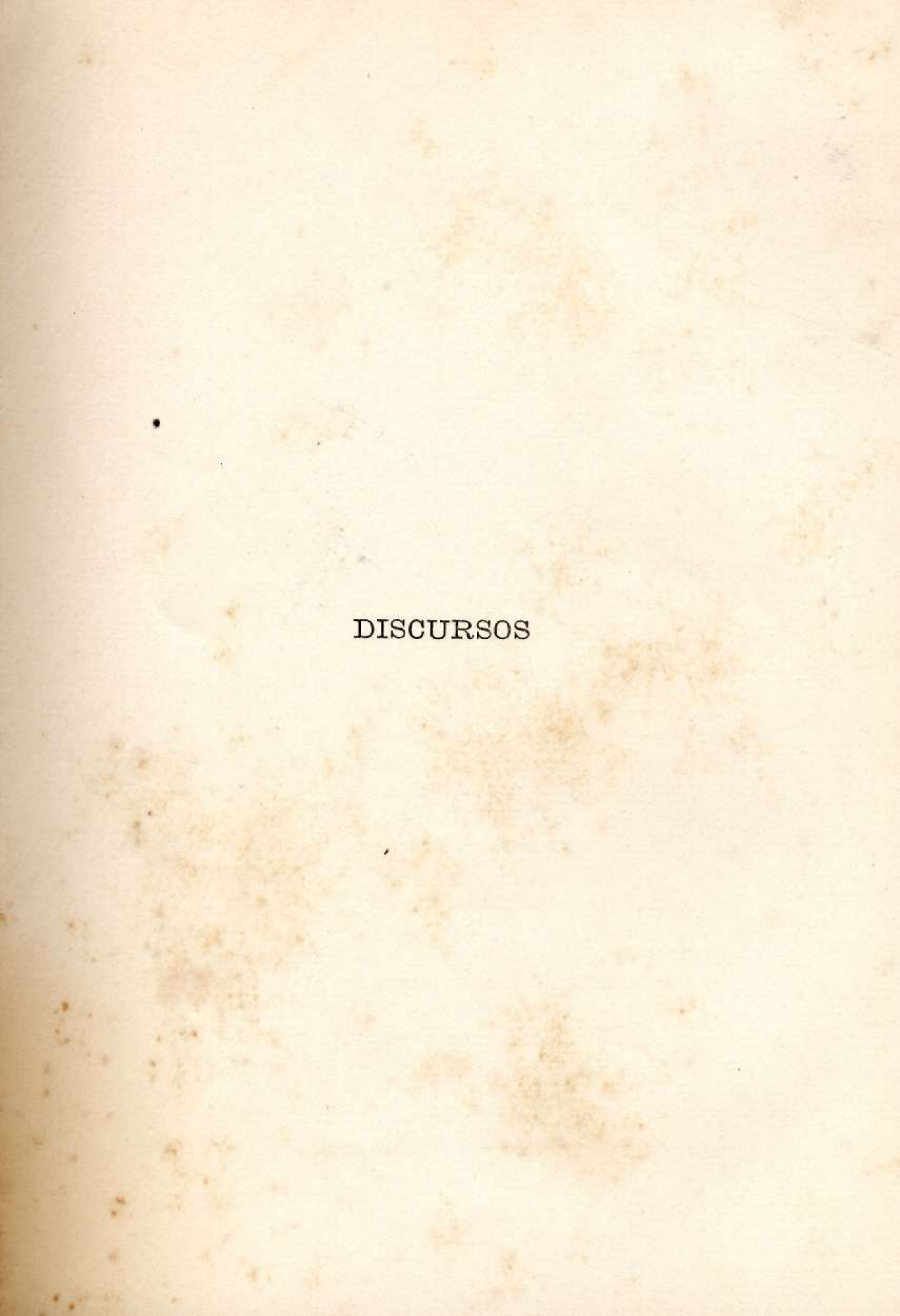
Se acercaba, con todo, la hora de una nueva tentativa para ganar la independencia de Cuba. El gobierno de Venezuela observaba una neutralidad benévola, y de he-

cho era popular la causa cubana en el país. Desde tiempos antiguos nuestra administración pública dependía en cierto modo de Haití o la Española, tanto a causa de haber sido esa isla el primer centro colonial de España, como por haber residido allí la Audiencia, cuya acción fué tan profunda y poderosa para las posesiones de Tierra Firme. Pero entre todas las islas de Barlovento, era Cuba la que más se acercaba a Venezuela en comunes intereses o en el fondo étnico, pues hasta en el lenguaje hemos conservado numerosos idiotismos peculiares del habla cubana. No era así sorprendente que pululasen sin dificultad, cultivadas por Martí, las simpatías preferentes de los venezolanos por la independencia de Cuba. No fué sorprendente asimismo, pero bien sentida sí, la partida de Martí para Nueva York, que tuvo lugar el 28 de julio de 1881.

Después, la fatalidad del "Maine" y la lucha desigual entablada; el fácil triunfo sobre la escuadra española de barcos viejos, desguarnecidos; el ínclito valor, la castellana firmeza de Vara de Rey; la muerte en fin del adalid, inesperada y trágica el 20 de mayo de 1895.

L. ALVARADO.

———



DISCURSOS

DISCURSO

pronunciado en la Velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de octubre de 1893.

Señoras, señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puésto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amo-

res, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, pára el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los piés! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vió claros, allá, en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria"; mujer fué la colombiana, de saya y cotón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a

pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: "Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes"; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer

¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de condores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el Sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el Cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en las regiones de sus lanzas; descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo,

sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los piés; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fué como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norte América el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando;—¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los piés menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vió, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento....

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiéndose los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene

luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre, va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa a donde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno,—aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo—porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; ¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fué regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El Cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o

huían despavoridos por el Cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del Universo por la boca del volcán descabezado; ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la Naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la

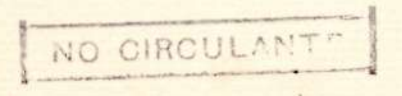
vez, el Sol en el acero alegre y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! Y más bello que nunca fué en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas.

....Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "José! José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecerían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vió que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni la de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder

a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del Cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! "José, José! vámonos, que de aquí nos echan; ¿a dónde iremos?"....

¿A dónde irá Bolívar! Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dió Bolívar a las ideas madres de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpa-





gones, para que, a la hoguera que fué aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿A dónde irá Bolivar?.... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por la cuchilla de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros a anunciar al héroe,—y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

DISCURSO

pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela, en 1892.

Señoras, señores:

No con la voz penosa de quien vive aún en la fatiga de los primeros días de América, puesto que sólo se han de contar en un pueblo los días que nacen de aquel en que se sacudió de la frente la corona extraña; no con la voz caída de quien, hasta por el cuerpo ruin, padece de envidia de aquellos cíclopes que escalaron el cielo y se trajeron de él la banda azul que abrió en dos, para siempre, el antiguo pabellón; no con la voz desmayada de la enfermedad tenaz, sino con acentos que fueran a la vez como fragor de rayo y como música de seda, quisiera yo sacar del relicario de mi pecho aquella tierna reliquia de la pasión que guardo en él para el pueblo que a la hora de la libertad puso en sus hombres la fuerza de los ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu y el fuego y el estrépito con que arrancaron de los senos de la tierra sus montañas; para el pueblo que pone en sus mujeres el alma nacarada y aromosa de su flor de café.

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mos-

tró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la Naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que de afuera va a pedirles techo y pan son todas puños de oro.

Duermen tal vez otros pueblos,—que es cosa que no se ha de hacer, porque hay siempre pueblos que acechan y vigilan,—duermen otros pueblos tal vez, entretenidos en comadrear por las ventanas o en descascarar el maíz, sobre una gloria que sólo tiene derecho a recordar quien la cultiva y continúa; y suele uno que otro americano,—por el anhelo codicioso de las pompas y bienes del mundo, o por aturdimiento fácil ante las maravillas ajenas, acaso más viciadas que seguras, o por el horror natural de los trastornos y la sangre, o por impaciencia mal aconsejada de progresos superficiales e inmaturos,—proclamar más pasada de la cuenta, o abandonar a la lluvia y el polvo del camino, la patria que sus padres sublimes les confiaron, para obtenerle del Universo indiferente la paz del respeto, y librarle del desdén peligroso con que miran a las almas entecas los creadores y fuertes de este mundo; ¡pero a Venezuela, como a toda nuestra América, a nuestra América desinteresada, la hemos de querer y de admirar sin límites, porque la sangre que dió por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla! ¡Proclamemos, contra lacayos y pedantes, la gloria de los que en la gran labor de América se van poniendo de quicio y

abono para la paz libre y decorosa del continente y la felicidad e independencia de las generaciones futuras!

Fué un día en que de la tierra, como la naturaleza de los llanos después de las lluvias, surgieron, a medio vestir, los héroes que descansaron de la cabalgata en el alumbramiento de Ayacucho; ¡y allí las margariteñas fueron de más valor que las perlas de Margarita, que a cestos vaciaban, sin fatigárseles las manos, en el tesoro de la libertad, siempre mendiga en sus primeras horas; y allí, con sus manos blancas y afiladas, como la fragante reina de la noche de su jardín, a su hermano imberbe armaban caballero, de la caballería que no vuelve la espalda sino como en las Queseras, aquellas magníficas barcelonesas, torres de alabastro; y con las valencianas de hospital y reserva, daban el frente a los demonios montados de Boves los espectros de lanza y cinturón que defendían a Valencia invencible; y "con los escarpines de raso" y el incendio de la patria asolada en las mejillas, salieron de sus flores y naranjos a la tiniebla de la emigración como el jacinto teñido de sangre, las finas caraqueñas! Y allí se abrazaban los hombres a la pólvora, y el sol ante su luz palidecía de celos; y volvió a ser que los hombres a pie firme anduviesen y triunfasen sobre las aguas de la mar; y le cortaron a Ribas la cabeza del gorro frigio y la mano inmortal con que señala su camino a América!

Luego fué el día—porque el drama de la sangre tiene siempre más de un acto—en que, con el calor de la libertad novel en las regiones apartadas de propósito por la malicia colonial, o enemistadas por los celos de predominio o las diferencias de cultura, las armas criadas en la pelea contra el opresor se emplearon en acomodar, con la prisa pródiga de la juventud, las entidades que la

distancia y la emulación no han podido dividir tanto como las ha juntado al cabo el patriotismo. Y con los métodos violentos que eran de naturaleza en un país sanguíneo y brillante, venido al gobierno propio sin el conocimiento ni costumbre de las prácticas despaciosas y rutinarias de la libertad, precipitó Venezuela generosa, a saltos armados, la amalgama indispensable para la fundación de un pueblo,—por la ley de los árboles nuevos, que tienen el corazón muy cerca aún de la corteza, y no por la impotencia inherente que los débiles o los ignorantes creen reconocer en esto que no es más que el cumplimiento útil e inevitable de un simple trance histórico. ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del Sol, en la pelea sobrenatural de la independencia! ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e inconmovibles de una verdadera república!

¡Y entonces fué la miriada de los méritos: de los llaneros que se amoldaban a la presidencia; de los maestros canosos que hacían del pecho trinchera del civismo; de los magistrados que volvían del sitial de la nación a la silla de la cátedra; de los coroneles a quienes no les salía el discurso a la multitud sino cuando estaban a caballo, con la lanza en su bota; de los patricios que, en el continuo choque de la mezcla urbana y postiza de la civilización de Roma y las de Francia y los Estados Unidos del Norte, con la civilización burda y real que caía de las regiones naturales del país, hallaron tiempo para exponer los cánones del mundo nuevo y de la literatura constante en aquella lengua que crece con los años, como el aroma del vino generoso; para cantar la Naturale-

za y los afectos en una poesía que mantuvo siempre,—aun en la época en que el fuego patriótico parecía tener su forma propia en las importaciones románticas, aun en los días en que el afán de la emancipación definitiva llevaba a tomar los modelos franceses de sus mismos imitadores españoles,—aquel orden ameno y encendida moderación por donde en las letras de América tiene aire como de rosa entre flores la literatura venezolana. Entonces fué cuando, con los vaivenes de la fortuna en aquellos años de subir y de caer, se enseñó en sus quilates mayores el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro, y en las quintas del valle hace olvidar, con su gracia elocuente e ingenua, los tornasoles y hermosuras que de todas partes reclaman los ojos en aquella soberbia naturaleza, y en los paseos de la plaza florida viene y va como la misma flor, con su elegancia y su finura, a quien el jardinero ha dado asueto para travesear por los jardines.

Y hoy es el día de la grandeza más difícil, en que los que reciben de sus padres, en el carácter ya hecho a la realidad y a la disciplina, el país más compacto y adulto, han de ordenar, como están ordenando, las fuerzas nacionales, descascaradas en la larga trilla, y han de evitar, como están evitando, la suerte que en el mundo que avanza ha de caber a los pueblos que no se deciden a avanzar con el mundo; hoy es el día de trabajar y de juntar, en que una juventud que pide al empleo directo y al estudio de los problemas propios la paz dichosa que jamás vendría de ideas de afuera ni de amistades artificiales, ni de la creencia impropia y enervante en la irremediable superioridad ajena, entiende acaso que entró

ya la América en aquella hora de alma eficaz y común en que se cumplirá por fin el angustioso anhelo, el deseo profético y mortal, de aquel cuyo nombre no se ha de decir, porque con evocarlo sólo ya las almas se subliman y elevan; del que por las astas tomó a la Naturaleza, cuando la Naturaleza se le oponía, y la volcó en tierra; del que cuando pensó en "poner una piedra fundamental para la libertad" en América, no la pidió para la libertad de Venezuela, sino para la libertad sudamericana; del que murió del afán devorador de alzar a tiempo, con un siglo de tiempo, las energías que al cabo de él habría de necesitar para su salvación, en la batalla esencial y evitable, el continente que se sacó de las entrañas.

Ni de soberbia, ni de ambición, ni de despecho murió el hombre increíble que acaso pecó por todas ellas; sino del desacuerdo entre su espíritu previsor, turbado por aquella misma viveza de la fuerza personal que lo movía a las maravillas, y la época de distancias enemigas y de civilizaciones hostiles, o incompletas y ajenas, o aborígenes y degradadas, que juntó él mismo a vivir; del desacuerdo murió entre su concepto impaciente y original de los métodos de la creación de un país a ningún otro semejante, y los conceptos, más influyentes a veces que sinceros, de los que en la misma libertad prefieren el seguro de la canongía a las emociones costosas y saludables de las labores de raíz; murió de la lucha, por entonces inútil, entre su idea continental con las ideas locales, y de la fatiga de conciencia de haber traído al mundo histórico una familia de pueblos que se le negaba a acumular, desde la cuna, las fuerzas unidas con que podía, un siglo más tarde, refrenar sin conflicto y contener para el bien del mundo las excrecencias del vigor foráneo, o las codicias que por artes brutales o sutiles pudiesen

caer, arrollando o serpeando, sobre los pueblos de América, cuando levantase su riqueza un apetito mayor que el respeto que hubiera levantado por su odio y auxilio. ¡Y se cubrió el grande hombre el rostro, y murió frente al mar!

Me lleno de júbilo y de orgullo al ver cómo, en la casa de la nieve, hemos tallado el altar donde se comulga en la amistad discreta y entrañable de los pueblos de nuestro continente. Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aún de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que, de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.

DISCURSO

pronunciado en la Velada Artístico-Literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 19 de diciembre de 1889

Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver como, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sa-

carse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y sólo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente,—para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros, florones y cascabeles y franja de oro a sus retóricas: nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve cientos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra

América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810: a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra, y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder: nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas, que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la "Flor de Mayo". Cargan mosquetes, para defender las siembras: el trigo que comen, lo aran: suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir

por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas: lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos: traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión, iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles se elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el Consejo, por sobre él lo convocaban los "hombres libres". Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur, todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certifica-

dos de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fué el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida: ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer la cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límites que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

¡Y cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza,

y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador: por entre aztecas y tlascaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtemoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotaes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú: en el pecho del último indio valeroso, clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja: como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios: con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes: y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España

nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. "Quimeras despreciables" les enseñan en los colegios de entes y categorias. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo: y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor: y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro: afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, "exhorta a las razas a que afiancen su dignidad". El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fué un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste de fiesta con todas sus joyas, porque es

día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere. ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores: y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno, lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos, como familiares del Santo Oficio tuvimos antes.

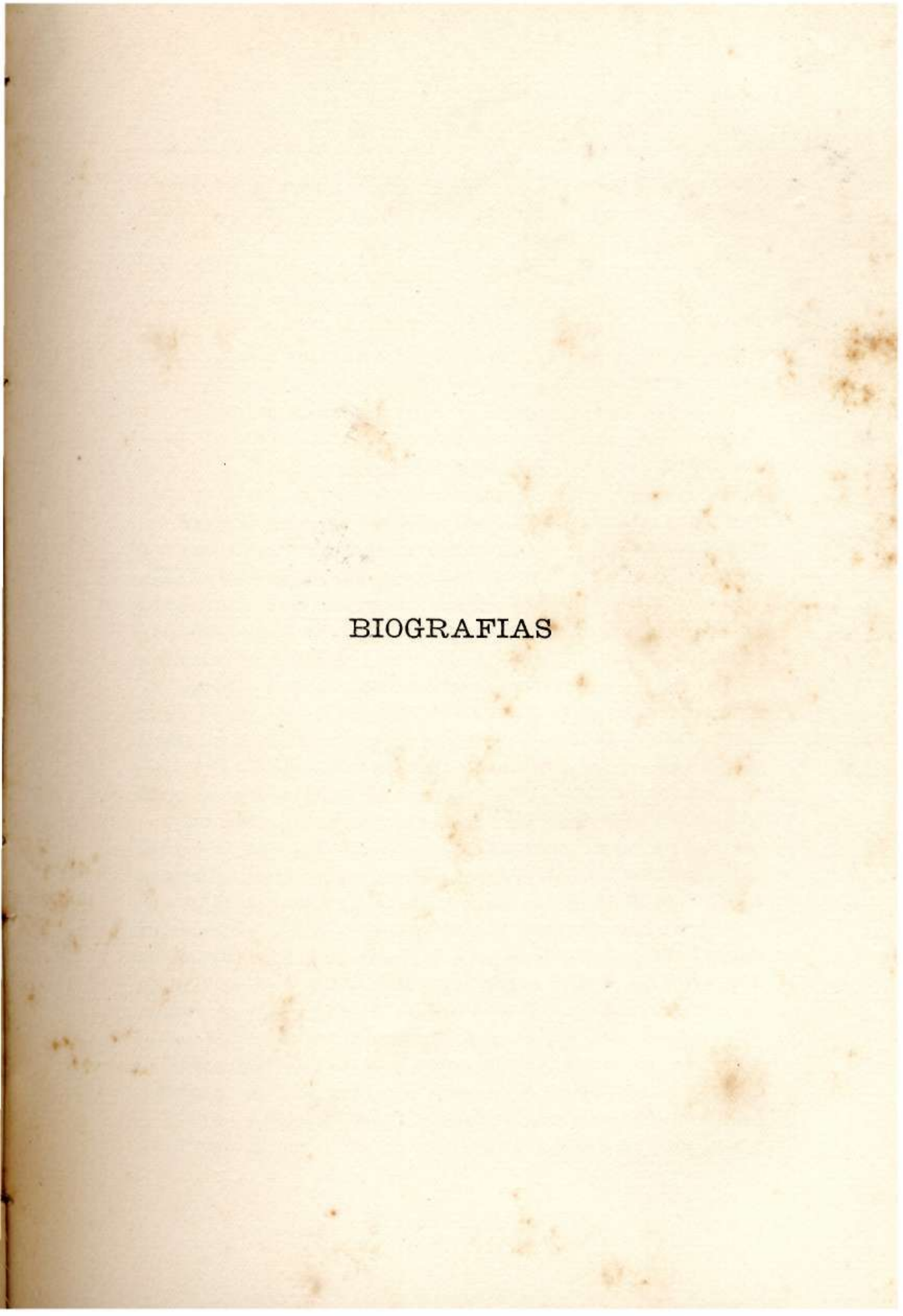
Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las Misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el buho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel, y por la política superior escrita en la naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerra, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes han compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fué a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe—libertad que no tendrá acaso asiento más amplio en pueblo alguno,—¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego

que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal, y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente, y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible! ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista, con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios, y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril: también nuestra América, con el sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que los constituyeron, el criollo independiente es el que

domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo, y le pone adentro el pie, para que se vea de más alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios: porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano,—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, con luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa, y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: "¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!"



BIOGRAFIAS

CECILIO ACOSTA

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fué cuna de tánta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta junto a la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo, ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fué casa; su patria, aposento; la historia, madre; y los hombres, hermanos, y sus dolores, cosas de familia, que le piden llanto. El lo dió a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen: y se le tenía a mal que amase tánto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir a agasajos". El, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres, es devorado por ellos, y él se dió entero; pero, es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta

que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos: nó a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado, era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo: y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de ótro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bién, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

El no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda, y lo dejan que vuele, para hacer lugar a ótro, como si no hubiese a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo, y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luégo diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes, veíanse en su torno: ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda, se enseñaban, como auxiliares de memoria, voluminosos diccionarios: mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería, donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa: por lo que podía decir su hermano, el fiel don Pablo, que no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro, y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luégo, a modo

de caudaloso río de ciencia, virtiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá, y quedará cautivo y afligido, viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno, como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres, y habla como padre. Su tono es familiar, aún cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos.—Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan, y como los soldados de la inteligencia: y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan, y como los legisladores de la mente. El desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales, y su perspicacia asombrosa para asirlas, no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer los cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tánta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae, y nada le ciega. La antigüedad le enamora, y él se da a ella como a madre, y como padre de familia nueva al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo: sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la sustancia de la vieja copa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie—¡singular energía, a muy pocos dada!—ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. "La antigüedad es un monumento, no una regla: estudia mal quien no estudia el porvenir". Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. El exprime un reinado en una frase, y es su esencia: él resume una época en palabras, y es su epitafio: él desentraña un li-

bro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: "en pueblos como los nuestros, que todavía más que dan, reciben los impulsos ajenos." Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. El conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que templa el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal, y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos, cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aníano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindasvinto le fué tan familiar como Cambacéres: en su mente andaban a la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suabia y el Proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortalezas: y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencias: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahinco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en

trece años, y ya había comentado, en numerosos cuadernillos, una obra en boga entonces: *Los eruditos a la violeta.* Seminarista luégo, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de gramática, de literatura, de poética, de métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física, y logra un título de agrimensor.—La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luégo perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, el tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez: bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se oscurezca: y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás, no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quien lo dijera, que lo vió vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dió, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fué la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos, mal hallados con ser tántos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. *El Teatro de la Elocuencia* de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él encogido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja

en sus artes de vida, y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no lo dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura, y en lo profundo y vario de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón, se postra. No halla rival para Gallegos, y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydón, y Acates: él supo la manera con que Horacio llama a Telephus, o celebra a Lydia, o invita a Leuconoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propercio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebataba y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado: no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, o las *Obras y Días*, o el *Sí de las niñas*, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlo Magno a Thibadiau, de Papiniano a Heineccio, de Nágera a las Indias.

Las edades llegaron a estar de pie, y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro: así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puésto, y no confundidas, como confunde el saber lijero, con las ótras,—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas, y fallan en justicia. El ve a los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni domi-

nios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres: él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente: él estudia a Alejandro y a Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingetorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarrotti, a Elizabeth y a Bacon, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrún, a Luis XVI y a Nécker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Edison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un Montepío: deja las Capitulares de Carlo Magno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche,—que él no consagró nunca a lecturas,—echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos: y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la mies rica, y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fué un abarcador, y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa, y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio: mas ¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio, y dejaron atrás en el camino, les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta

manera a los herreros, que asordados con el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa: ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera, y nó enteca; dueña de sus destinos, y nó atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles,—Huxley; en Ulpiano,—Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, "lo práctico y tangible": las reglas internacionales, que son la paz, "la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos": la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera, y a enviar afuera en buenas condiciones los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, nó hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno: "el progreso es una ley individual, nó ley de los Gobiernos": "la vida es obra". Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse: he aquí la faena: "el principio liberal, el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja". Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: "La conciencia humana es tribuna: la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina". Simplifica, por eso ahonda: "La historia es el sér interior representado". Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil, y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres, y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia: él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo: él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo

aprovecha a sí mismo: "Los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar como la lluvia a humedecer todos los campos". "La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde". Quiere a los americanos enteros: "La República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud". Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: "Hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura". De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "El cristianismo es grande, porque es una preparación para la muerte". Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: "Y si han de sobrevenir díceres, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión".

Mas que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada: con Roeder medita. Lee en latín a Leibnitz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier, a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreyra en portugués. Asiste a las lecciones de Blünstchi en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichmann. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos, con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello, acendra su juicio; con todos, suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el' Derecho de Gentes. Donde quiera que se pida la paz, es-

tá él pidiendo. El pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de la Paz y Libertad de Ginebra, y el Comité de Amigos de la Paz, donde habla Stürm. El piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada, a darnos fuerza par ir descubriéndonos a nosotros mismos,—lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los Congresos anuales de Lorimer, o el superior de Hegel, o el Areópago de Blünstchi. En 1873, escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre: ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos, y en sus menores detalles, con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancia, de propiedad privada: de tánto sabe, y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste a los Congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten: y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente, con el Instituto de Derecho Internacional, nacido a quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía: que luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira o atildar un serventesio, abre a Lastarria, relee a Bello, estudia a Arosemena. La belleza es su premio y su reposo: mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas, y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón a expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquella, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas o de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos

en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Eschylo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakespeare, y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehovah al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviere confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no lo hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba a su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles,—fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecía bálsamo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto, y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen; o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos: y allí, están claros. Y es, que quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar: hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y

fuerza, a una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya a menos tratar los publicistas! Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela: y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no lo vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa: no es mucho decir que fué de virgen su decoro, y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: "Lo que yo digo, perdura". "Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe".—Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle: no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior: y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna: si se es honrado, y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud, y triunfos del mal genio! y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra: deseaba la holgura, mas por cauces claros: se placía en los combates, mas no en ésos de vanidades ruines o intereses sórdidos, que espantan el alma; sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! El era "hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonrosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto

el manto del decoro". Cuando imaginador ¡qué vario y fácil!: como que no abusaba de las imaginaciones y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado ¡qué expresivo!: su enojo es dantesco; sano, pero fiero: no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor: que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo.—Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnífica y auxilía al que antecede. En su estilo se ve como desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió a ésta como en cumplimiento de sus deberes, y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas la *Danza de la Muerte,* y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, o el entremés de los olivos. Nunca premio fué más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de Académico con que se agasajó a Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero: y no que, como ótros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que a la Península debemos y aún nos roen, y hacer enormes, para agradarla, beneficios efímeros; sino que sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, a quien nada parece bien para su dama. ¡Cuán justo fué aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la

Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente, del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó, coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡y aquella madrecita, llena toda de lágrimas, que salió a los umbrales a abrazarle y le dijo con voces jubilosas: —"Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura!" Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronado el conjunto, a este lado y aquél de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda, y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta a otras conmovedoras que le escribió en són de pésame Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ajeno mérito, antes se daba prisa a enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid: un orador, un Demóstenes: un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad: era él un Padre de la Iglesia, por lo que entrañaba en ella, sabía de sus leyes y aconsejaba a sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba

por sus puertas, y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda, un anciano Arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde!: sus palabras, que —con ser tántas que se rompían unas contra otras como aguas de torrente—eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun visto de lejos, ¡era tan imponente!: su desenvoltura y donaire cautivaban, y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza: seducía el oído su lenguaje: ¡qué fortuna, ser niño siendo viejo!: ésa es la corona y la sanidad de la vejez. El tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fué justo con los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen ésta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte, y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. El era querido en todas partes, que es más que conocido, y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, le veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos: Perú, cuya desventura le movió a cólera santa, le leyó ansiosamente: de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos a estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo, y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia: el premio de Francia le venía ya por los mares: en Italia era presidente de la Sociedad Filohelénica, que llamó estupenda a su carta última: el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre: "acongojado hasta la muerte", le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males: luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los

pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó o cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoroso, gala del valle, de la naturaleza, y de su casta vida. Lo vió todo en sí, de grande que era!

Este fué el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro: pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la tierra y amó al cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos, y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo: y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron, y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse: profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma, siem-

pre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran: los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo: grande ha sido la amargura de los extraños, grande ha de ser la suya.—Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

DON MIGUEL PEÑA

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que sólo en atención a que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elévase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aún los que abrieron la gloriosa vía estar oscurecidos por el polvo del camino. Mas no a los ojos de los que en él andamos. Valencia erige hoy una estatua al doctor Peña; pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña a sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colonial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amador de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó a fundar pueblos, y con su rencor a volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca de erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia a los pequeños; el que, por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la

patria; el que llevaba a los senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlos, merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce a lo vulgar, y disimula o trueca en bello lo mezquino.

Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de examen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada a menudo por un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpio de barba llevaba el rostro; ceñía a su talle grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullía en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flagelante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que había de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmover congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras y presidir a hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los ajenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de que llenar la copa; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora a los veinticinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entonces causó asombro que a los veintiséis de sus años agitados, fuera Peña, con

merma de sus fuerzas, por lo excesivo del trabajo, abogado relator de la Excelentísima Audiencia Española.

¡Tal freno era preciso, duro freno de leyes, a un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecía haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y, más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad a más hazañas, ni su elocuencia a más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bridón y las armas cuando, ya echado el señor, se le hablaba de reesclavitud. Anhelo de milicia le posee; y, como en carta suya a Flemming, su pluma, que se divierte en los primeros trozos en discurrir, cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien sabe que se trata de invasión probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo; cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribir, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airosos de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebato, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fué locuaz; por lo que, fué siempre elocuente. Ni rehuía combate, ni gustaba de provocarlo. Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fué nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él; y él, para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía a miedo el de los parlamentos; y habituado a oír fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, antes buscaba un chiste oportuno, y con la gra-

cia de la aplicación redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes; y era fuerte, porque en su odio y en su amor era constante y sincero.

Cuando ya ni el anhelo de desconcertar a sus contrarios le movía, sino el riesgo de la independencia de la patria o de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de monte, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos; aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos a batir a Encélado y a templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, a las veces, flamea: "Lo que debemos hacer es tocar a punto la reunión!" "Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos a la patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos a la independencia, y continuaremos después la obra de la libertad!" Era su discurso como invisible constrictor que atraía, con hábiles artes, a sus víctimas, a su dominio peligroso; y oíase a poco el crujir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por la boa. Venía en lo común, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendía con manso ruido y se hacía señora de la arena. Su réplica vivaz igualaba a su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos y el espectáculo de los suyos daban a su estilo aquella singular elevación, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entonces único, propio y natural lenguaje. Volvió a saberse entonces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el doctor Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. El da pensamiento a la lanza de Páez. A Miranda lo acusa. Con Santander combate. A

los jefes del llano los convence. Burla a Monteverde. Burla a Boves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, o de la ajena pequeñez, desmayan, él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

El preside en todas partes, donde Bolívar no preside; en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del llano oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma, en 1821, la primera Constitución de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si nó la vida de Leonordo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831. Con él van siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánima batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias breves ideas graves. A los suyos organiza; a los adversos desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio; que no hay como vivir para aprender a tener compasión de los que viven. Fué tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordobán pespunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad Patriótica! ¡Qué buen republicano en los primeros años difíciles de la República! ¡Qué bravo cuando acusa a Miranda! ¡Qué injusto cuando lo prende! ¡Qué útil en los llanos! En Cúcuta, ¡qué asiduo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡Qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡Qué laborioso en su Ministerio! ¡Qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el Senado, ¡cuán discreto!

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente; Bolívar es grande; Peña es osado; ni a Bolívar ni a Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte a su duración y fama justa esa opinión irreverente que, como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos; y, en pueblos, como en ríos, es fuerza, para juzgar del beneficio de las aguas, esperar a que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va a repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el día 4. El día 5, el Congreso declara independiente a Venezuela, independiente a América! ¡Ah! ¡es que hay sucesos tales, que exigen tánta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la Colonia a asesorar a un abogado inglés, había fortalecido el instinto del gobierno propio. Opónese con brío a toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia, y nó de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrenado en Valencia la soberbia realista: en su obra severa, júzgase alcanzado—en la persona de su padre—Peña. Ni ama al compañero, ni teme al jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa a Miranda ante el Congreso. Vélo inferior a sí, porque lo ve menos enérgico. Y ¡cuán bello eso de acusar con voz segura a un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cá-

mara; el pueblo, airado, ruge; vése de su acusación, que no halla curso, lo imprudente, nó lo valeroso.

¡Ah! ¿por qué firma Peña la orden de prisión de aquel anciano, de quien tenía el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendía? ¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever? Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los ótros, jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia, éllos; quebraron al fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el gobierno, el puerto a los emigrados, de orden de Monteverde, a quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Caracas; surge de nuevo acaudillando bravos, en los Valles de Aragua. El resiste, él dirige, él mantiene. Boves, que algún nombre han de tener las fieras, cerca a Valencia. Mientras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos; rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. El se encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto a clero y seglares, a gentes de armas y gentes pacíficas; tómale de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, sáltanla al cabo y quiébranla, y se echan por el cauce y por los bordes, en crespas ondas roncas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa, Vicenta Rodríguez de Escorihuela, salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que ve, ni lo que oye. Vencer le es preciso,

puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra.

Llega, por fin, al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturín desaloja a Morales, en la Hogaza hiere a Latorre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego a Boves en Urica. ¿Qué importa a Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de la rústica tapara? Qué que sea su lecho el colgante chinchorro, o el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades de caudillos, un Congreso en el Llano. Acá monta; allí riñe; seduce a éste; a aquél convence. El hace de los rivales, apretados amigos, y de las guerrillas, un ejército. Reúne un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monagas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigantes, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecución de los realistas; allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres: que suelen mezquinas causas domar a hombres egregios. Se acoge en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aún le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve a Guayana: que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen, a su vuelta, un puésto en Cúcuta. Hecho a las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocía las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de Relatoría; encendido en amor vehemente por la independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan,—combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva a su presidencia, y desde

su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima, y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fué, por cierto, entonces cuando el doctor Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida. A cóleras populares, y a más temibles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor no alteraron los pliegues majestuosos de la toga viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian a Infante dos jueces a muerte, uno a presidio; libre le quieren dos restantes. Llámase un conjuez, que vota a muerte. Pues entre tres votos a vida y tres a muerte, no hay sentencia de muerte. "¡No firmo esa sentencia!" A que firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado; ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano no salieron a su rostro, ni a su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: "Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!" Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición a la amenidad y el desprendimiento a la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsela, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían, robustas y aceradas, a clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba a su gran peso.

"Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce y combatir y sufrir por la justicia que ama". Decíase que el doctor Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña.

"No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda o la haya pretendido, porque no fuese este acto mío tachado de soberbia".

Que la voz pública acusaba a Infante: "¡La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla a cada uno el lenguaje que le agrada!" ¿Será crimen ese vigor con que defiende a un hombre infortunado? "¡Mi crimen es mi gloria!" Oyesele esta sentencia admirable: "El pueblo, dice, amigo de novedades, previene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces". "¡Condenadme!" acaba; "no hay poder humano sobre la Tierra que pueda hacer desgraciado a un hombre de bien!".

Argúyele el fiscal, a quien burla fieramente. Defiéndele con fraternal calor, "porque así lo haría ante un tirano", el severo Mosquera. Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza atácale Soto. Y Gómez. "Es modelo de buenos magistrados", prorrumpe Arosemena. "Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le había dado para defender sus leyes!" clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases levántase a acusarle Méndez. Malo añade a la acusación dilatada plática. "Su desobediencia al Tribunal Superior que declaró que había sentencia, es falta leve", dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces a Briceño: "Por error o capricho procede, mas no debe afligirse a hombre tan digno y a patriota tan constante con la máxima pena". "Cierto", refuerza Márquez. "¡Máxima la merece!" clama, airado, Larrea. "Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende a subvertirla". Con desenvuelto modo, presidencial estilo y común frase, alístase entre los acu-

sadores don Luis Andrés Baralt, que presidía. "¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?" "¡No!" claman, de entre veinticinco senadores, veintitrés. "Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria a los deberes de su empleo", declaran veintiún votos. Retacéanle la pena, como si no hallaran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene a quedar en un año de suspensión de su empleo, y en que de su sueldo se pague a su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores. Como su resolución está tomada, su tono es tranquilo; desdeñoso, no airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar a los colosos, ni moverlos imprudentemente a ira. "¡A los grandes vencidos", dice, seguro de su alteza, "se les mata o se les perdona!" "¿Qué fuera si así juzgárais a Santander, o a Bolívar? Sería más digno de su grandeza caer y morir, que someterse a las observaciones que un ministro haría a un alcalde". "¡Un año me imponéis de suspensión; cumpliré vuestro decreto, senadores, aún más allá del tiempo señalado!" Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia: "Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algún día a turbar la paz pública". Lastímale que como pena le hayan impuesto la de la privación de unos dineros: "Por fortuna me habéis impuesto una pena pecuniaria, en lo que he sido bastante disipado". Quiere dejar en Bogotá más de lo que de ella ha recibido: "Muchos saben que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos". "Reconoced que no podéis juzgarme, por mi bien y por el de la República!"

Y murió Infante diciendo cosas épicas a los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que

quedaron manchadas de sangre las cruces de libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve a Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiente, no bien llega a Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá y su dependencia de ella, encendían entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que movió exclusivamente su resentimiento a aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni pujantes.

Aquel público hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme a la ajena voluntad y no a la propia, y aquel recibir leyes donde se las había dictado de continuo, puesto todo a bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio, no habían menester de tanto para alzarse en rebelión, como de aquellas justicias exclusivas, que más parecieron voluntarias provocaciones, de la Cámara bogotana, con las que fueron Páez acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho y notados feamente Tovar y Mariño. De Páez fueron entonces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar manera de suspender el cumplimiento de la orden que

separa a Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia Venezuela. El flagela, con su pluma temida, a su rival y enemigo Santander. De éste se sacude. A Bolívar se ofrece. No es, no, contra aquel hombre, "en quien él, más que en su patria, ve su patria", contra quien alza armas, sino contra aquellas "leyes de circunstancias" de Cúcuta nacidas, y el que a su juicio las violenta y hace menos amables. Cuanto se escribe es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pie de abril a diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fué llamada la Cosiata; mas fué de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Infante, lo habría hecho; mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tomar de la Tesorería de Cartagena $ 200.000 en onzas de oro, que a Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entonces, contada cada onza por $ 16.00, y entregar $ 200.000 en la Tesorería de Caracas como si cada onza valiese $ 18.00. Hallan los hombres excusa a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface a los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral; que, si a la justicia ajena escapamos, no a la propia. Por esto, desde entonces —y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las ideas más caras de éste, le tenían de aquella excelsa criatura roída por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres,—no vuelven ya a notarse en obras ni en palabras, en el doctor Peña, aquella altivez

sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar a Venezuela alzada, poniendo silencio, con la extensión de su grandeza, a cuantas palabras intenten celebrársela, a pedir cuenta a la rebelde hija, de aquel sacudimiento y devaneo. El, más fuerte que todos, fué más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en éste, carácter bravío, ambición defraudada, rencor que no ceja; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulos, y no reñido tal vez completamente—cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo—con sus malogrados propósitos, ni con el glorioso llanero que lo aseguraba, no parece que perdiera, a pesar de su prisión transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se la negara, pues sobre confesar en carta suya que tenía del Padre de Colombia misión, y la cumplía, es el tono de sus cartas a él de servidor humildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que quería gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envía a la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convención precipitada para acallar las impaciencias de los venezolanos y dar nueva y más sólida base a la unión de las secciones descontentas de la gran República. Ni Peña sabía olvidar, ni Santander. En vano con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar, en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenían asiento en los estrados de Ocaña, escribió sus llameantes frases el Libertador, en la admisión de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan—rechazado de la Convención, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio im-

puro con los dineros nacionales,—a llorar, con impotentes iras, su inesperada y pública vergüenza, al puerto nacional de Ocaña, donde inútilmente espera que el crédito del Libertador le vuelva al suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro robusto de la patria, que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y a Páez. No dice a Bolívar, a quien en agosto felicita por el término súbito de la Gran Convención, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de la guerra, vuelven a abrazarse venezolanos y granadinos, cómo en julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió a Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolución unánime e indispensable que tenía consigo a los hombres que pensaban y a los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debía a la Naturaleza, a todo acude y prepáralo todo para la cercana resistencia; porque él tenía las capacidades de ir poniendo en orden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmíneo arranque, pide a Bolívar que extermine a los malvados que a su vida atentan; ya, como para impedir a Bolívar que mancille su gloria, o para obligar a Páez a que se la respete, o para volver a ser él grande, halla en aquel suceso memorable y en aquel amor de compañero que a tanto hermoso guía, y su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez en 7 de febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa; ¡manifiesto que brilla y que batalla! No quería él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, o atormentados de no poseer el valor necesario para lo-

grarlas, fundar, con exclusión de su sublime hijo, la independencia de la patria.

Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar orden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dió brío en la Sociedad Patriótica, y que se fué en mala hora mermando, con la común merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron a su natural altura, como los hombres no perdonan nunca a los que le son reconocidamente superiores, perecieron. Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington, halla alguno a Bolívar semejante. En su paseo por la Historia, ha recogido los elementos útiles. Con su ojo penetrante reduce lo grandioso pasado a sus proporciones naturales; y como con igual seguridad ve lo que fué que lo que va siendo, compárales sin miedo, y unge grande al más grande. ¡Qué modo de decir aquel para acabar un admirable párrafo: "Ha tenido que lidiar con los cielos y con la Tierra; con los hombres y con las fieras; lo diré de una vez: con españoles y con anarquistas!"

Poblábanse por entonces los círculos políticos, grandemente animados a la separación de Venezuela, de los recién venidos a la vida pública o de los que no habían ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habían sobre sus hombros alzado la patria. Erales fácil achacar a deslealtad el natural vaivén de los ilustres de Colombia, que, como Peña a veces, entreveían, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejora pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones, que enfrenándolas. No a celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro abogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor, que, con convulsivos movimientos, quería aún retener entre sus

brazos a su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla queden los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que, temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino a enjugarse la frente y las heridas.

Fué en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fué el mayor mérito. A defender el nombre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aun en aquellos días de juntas, y actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la unión de Colombia, y de su magnánimo jefe; no lo guía a atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, no a Nueva Granada; y al tender a sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndele aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la previsión extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que a su culpa de haber contribuído al desmembramiento de Colombia, reune el mérito alto de haber preparado a Venezuela para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos, asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo, y por lo que ama a la patria y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fué a la libertad el que ya no lo era a Colombia, ni a su magnánimo Jefe!

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante a extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña—que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1830, la sujeta y oscura

de su ministerio,—confunde, con grande honra suya, que ha de tenérsele en cuenta, a los que quieren hurtar a aquella Nueva Granada, que él no ama, un retazo de tierra que de derecho a Nueva Granada pertenece; ¡como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada y hecha a Encélado! Niégase a la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsión de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad en el nuevo pueblo a los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como presidente, al lado de Picón, que aun vive. Cerca de él bullen, Vargas, que lo auxilia; Yanes, que observa; Gallegos, que calcula; Ayala, que condena; Osío, a quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Angel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que había de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena, íntegro. Y firma luego, como en Cúcuta, la primera Constitución de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ¡Y también firma, rompiendo así el que venía a ser hermoso título suyo al póstumo respeto —a trueque de un influjo que no vale jamás el decoro a cuya costa se le adquiere comúnmente,— la proscripción de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores, aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar a la desgracia, y respetar a los vencidos! ¡Oh! ¡qué airosa figura, clavando entonces en el papel rebelde la pluma avergonzada; o en su pecho aquel elegante puñalito, de cabo y contera de bruñida plata, que fué siempre en aquellos días de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se va extinguiendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano.

Para amoldarse a los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenían en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe cómo entenderse con la vecina Nueva Granada; esquiva a Páez, que de él se esquiva; declarada, después de formidable lucha con Angel Quintero, capital a Caracas, acompaña a su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no va más allá, y Páez lo dice, "porque él es como el gato, que acompaña a su amo hasta la puerta de su casa". Nuevos dueños va a tener Caracas; de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dan sombra a su comedor elegante y afamado, bosquéjanse ternas para puestos públicos, viértense noticias, recíbense inspiraciones, escúchansele cuentos incisivos, detiénense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres y de la energía de su infatigable pensamiento. Vese en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados a hallar en él, en casos arduos, remedio a los achaques públicos; sentado en su cuarto de escribir, ante aquella amplia mesa, sobre la cual, en orden riguroso y en imagen fiel a su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles, y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta; y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjeadas y co-

mo orgullo de quien había de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema y con su voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habían placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y sacando de la tumultuosa época en que había vivido, y de la misma en que vivía, enseñanzas y símiles, vestía, con animado comentario, el relato huesoso; o esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso oscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no había en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa, de su fanal colgante coronada; ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norteamericana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter y de blandura sorprendente en el talento; nacido a dirigir, por ingénita valía, y a gobernar, porque sabía plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre, murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida, que habrá de ser perpetua admiración de los humanos, aquel letrado brioso que se había rebelado contra un trono, dado vida y muerte a una república y cercenado de sus ruinas otra.

ELOY ESCOBAR

Cansado, acaso, de hacer bien, ha muerto en Venezuela Eloy Escobar, poeta y prosador eximio y tipo perfecto del caballero americano. Hasta el modo de andar revelaba en él benevolencia e hidalguía, porque iba como quien no quiere ser visto, ni tropezar con nadie, y por junto al poderoso pasaba como si no lo viese, nó junto al infeliz, para quien salía a pedir prestado. Se entraba en sus paseos de mañana por las casas amigas, llevando a todas rosas con su palabra, que parecía ramillete de ellas, y luz con su alma ingenua, que acendró en la desdicha su perfume; era como una limpia vela latina, que al fulgor del sol, cuando parece el cielo acero azul, va recalando en las ensenadas de la costa. Aunque hombre de muchos años, tuvo razón para poner cierto afán en esconderlos, porque en realidad no los tenía. Era esbelto y enjuto, de piés y manos finas y vestir siempre humilde; los espejuelos de oro no deslucían la mirada amorosa y profunda de sus ojos pequeños; ostentaba su rostro aquella superior nobleza y espiritual beldad de quien no empaña la inteligencia con el olvido de la virtud, que se venga de quienes la desdeñan negando al rostro la luz que en vano envidia la inteligencia puesta al servicio del poder impuro. Era pálido, como su alma: "Musa mía de mi alma—que en mi alma vives,—tú sabes que yo te

amo—porque eres triste;—porque tu lira—tiene todas las cuerdas—de la elegía". Le caía sobre el pecho en bosque la barba.

Fué de aquellos hombres excelsos a quienes el nacer en condición favorecida no estorba a conocer el derecho del humilde; ni la mente postiza que la cultura rudimentaria y falsa de las universidades y los dejos de la historia echan en los pueblos de Hispano América sobre la mente natural, pudo entibiar nunca en aquel hijo de una casa ilustre el sano amor a la Naturaleza, que le revelaba el secreto del heroísmo americano, sin buscarlo en Gonzalos o en Cides, y le guió a estudiar de preferencia aquellos griegos que, más que los latinos, la conocieron y cantaron, y aquel Luis de León, que, por lo ingenuo del sentido y la forma, le parecía maestro cabal, de quien los que ven poco tienen a Escobar por mero imitador, cuando lo que quería él, enamorado de la poesía nueva de América como de la gracia libre antigua, era "promover una feliz y concertada unión entre la literatura erudita española y la nuestra, tan desmayada de aquel vigor olímpico, y escasa también de los giros de una sintaxis más flexible y fuerte, y de tantos nobles vocablos que ya damos por seniles inconsultamente, y modos y frases adverbiales, y partículas que, como blanco aljófar, esmaltan la elocución poética de los príncipes del parnaso español, y tantas bellezas, en fin, y figuras y galas retóricas preciosas". Así es como pudo decir, celebrando en la lira de Fray Luis la novela india *Anaida*, de José Ramón Yepes:

"Y vuelva a la memoria
De la presente edad, el ultrajado
Inca de infausta historia,
El cacique esforzado
Y el dolor de aquel pueblo aun no llorado".

La gracia, el infortunio y la virtud eran sus musas; y su dón especial, el de ver la elegancia del dolor, acaso

porque llevaba el suyo como lleva el caballero de raza el guante blanco. De las flores, la violeta y la adelfa; del día, el crepúsculo; de las fiestas, la mañana de Pascuas; de los sucesos del mundo, jamás canta al amigo encumbrado, sino al que muere, ni al que llega, sino al que se despide; va por las calles siguiendo con el alma ansiosa la nube que se deshace o el ave que desaparece, y encuentra siempre modo nuevo, y como fragante, de comparar la pena humana a la de la Naturaleza, y sacar de ella el consuelo. Anticuaba sus giros de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas, o contra ese pampanoso estilo de la prosa heroica y altisonante que en nuestras tierras, so pretexto de odas y de silvas, ha llegado a reemplazar aquel candor, esencia y música, breves por su misma excelsitud, que son las dotes de la legítima poesía. El quería labrar ánforas de oro para guardar el aroma del amor, veteado de sangre como los jacintos, y la gota de rocío, y la de llanto. No rehuía la pompa; pero había de ser esa que trae como ornamento propio la grandeza, y se trabaja años para que pueda durar siglos. Es su poesía como mesa de roble, de aquellas macizas y sonoras de la vieja hechura, donde se hubiesen reunido, por capricho del azar, una espada de 1810, un abanico de concha y oro con el país de seda, y un vaso de flores.

No era de los que, deslumbrados por la apariencia multiforme de la sabiduría moderna, acaparan sin orden y de prisa conocimientos de mucha copa y escasa raíz, con los que por su peso excesivo se vienen a tierra, como esos árboles de pega que suelen clavar en las calles de los pueblos los días de fiestas públicas, para que parezca alameda lo que no tiene álamos; antes era Escobar de los dichosos que entienden que sabe más del mundo el que percibe su belleza y armonía moral que el que conoce el modo de aparecer, lidiar y sobrevivir de las cria-

turas que lo habitan. Ni era de esos literatos de índice y revista, muy capaces de refreír en sartenes lustrosos materiales ajenos, pero menos conocedores de la belleza verdadera, y menos dispuestos para gozarla que los que, como Escobar, estudiaron la literatura con maestros depurados en el griego y el latín, no para copiar, como los que calcan un dibujo, sus imágenes, órdenes y giros, sino para aprender, como con lo griego se aprende, que sólo en la verdad, directamente observada y sentida, halla médula el escritor e inspiración el poeta.

Así se iba él, recordando y soñando, por aquel valle real, más bello que los de Claudio de Lorena, en que levanta, a la falda del Avila azulado, su pintoresco caserío Caracas; o "de codos en el puente", como Milanés, pasaba horas mirando a las hondas barrancas del Anauco juguetón, que corretea por entre la ciudad, vestido de flores, como un pastor travieso; o engañaba los domingos en paseos amables por las cercanías, recordando, del brazo de un amigo, las hazañas de Páez, o los discursos de aquel otro llanero Sotillo, que no sabía hablar al pueblo sino a caballo y con la lanza, o los días de oro en que su amiga Elena Hahn, como aquella maga que sacaba flor con su mirada al ramo seco, reunía a sus pies el ingenio, el valor y la poesía, de cuyas fiestas y certámenes hablaba Escobar con la ternura con que el amante respetuoso alza del fondo del cofre de sándalo el ramo de violetas secas. Y fué lo singular que en aquella alma fina, tan mansa en la ternura como magnífica en la indignación, residían por igual, como en todo hombre verdaderamente superior, la poesía y el juicio, y la misma florida imaginación que compuso cuadros magistrales en la *Elegía a Vargas*, o en la *Lira* al caballeresco Carlos Madriz, adivinaba con tal viveza los móviles de los hombres y el poder del interés en sus actos, que en el oficio de corredor a que lo llevó la fortuna no había quien combinase una proposición de remate de la deuda con más ha-

bilidad, ni comprador más cauto o consejero más feliz que este insigne poeta.

Pero lo que ganaba en este oficio, ¿llegaría a manos de aquellas hijas que eran la corona de su vejez, o se quedaría al paso en las manos de un amigo? En las del amigo solía quedarse, aun cuando no fuese menos la necesidad en la casa propia, donde, sin recordar lo que había dado, se preparaba, dando paseos y recitando versos, a salir vencedor sobre los negociantes de oficio en el remate de la tarde. Y era de ver cómo, cuando sentía el alma a sus anchas, padecía hasta llorar por las desdichas de sus amigos: "¡Que en esto se vean estas almas de príncipe!" "Que este hombre, que es la misma virtud, tenga que empeñar en su tierra el reloj para comer!" "¿Qué somos sino sombras, los que no hemos tenido miedo a ser honrados?" "¡Me habría muerto ya de la tristeza que veo, si no fuera yo como los árboles, que tienen el corazón en el tronco!" "¡Busco, sí, busco, en emociones locales y ligeras, la satisfacción del anhelo mortal de la hermosura y el olvido de la pena pública!" "¿A tal? Sí, conozco a Tal; es como aquellas malezas que son por de fuera todo fragancia y verdor, y bajo cuya mentida lozanía, replegándose para saltar sobre el viandante con más fuerza, se esconde la serpiente". "Cuando entré en las bóvedas a ver a Heraclio Guardia, me parecía que se pegaban a la frente dos alas de buho". "¡Vengan, hijas mías, vengan a decir adiós a este huésped que se nos va de nuestra tierra; y denle para que se lleve lo mejor que tengamos!" Y la hija mayor entró en la sala, conmovida, trayendo en las manos una caja de nácar. ¡Así eran, ¡oh Carmen! los versos de tu padre! ¡así, pura en la adversidad, fué su alma egregia!

PAEZ

Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciséis años. En parada solemne fué escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regimiento de Milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela. Abría la parada la policía a caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria; la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban al séquito con sus pa-

ñuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorquinos e hispanoamericanos. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que, "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas". En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7º Regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. "Cerca, mi Dios, de tí!" tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro a la lancha, en hombros de ocho marinos. En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en New York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. Sus amigos de entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia,

candidatos a la Presidencia de la República. "Aún lo recordamos", dicen, "cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos". ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, un cañón a cuestas; de aquellas mujeres, que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: "prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero"; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer el potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo. Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que coronara su obra.

* * *

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vió la luz a orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió a su tío el pulpero, de mancebo, y por la tarde le ayudaba a sembrar el cacaotal; pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los piés el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio; a lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando que-

bradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos; "yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote; "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado"; su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó a la puerta de su novia, en los domingos y las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte; y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a la primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río; se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería. "¡Vuelvan caras!" dice, y con poco más de cien, a la luz del Sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos

sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza! Así venció en su primer pelea formal, en la Mata de la Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López! "¡A vengar a mi negro Camejo!" dijo en Carabobo; carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas "las lanzas coloradas" y es libre la América.

* * *

Tres años sirvió de soldado durante la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que a sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro treinta jinetes? ¿el "tío", el "compadre", el "mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto, y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba de un saetazo el puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba al toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, a ser capitán de los patriotas, que a poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño; ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: "¡a mí los más pesados!" Lo habrían matado de noche, como a todos los presos, a lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿A dónde irá ahora Páez? ¡A buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! "¡Quien vive!" le grita la guardia. "¡El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!" Vuelve riendas. "¡Adelante!" grita a un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al al-

calde dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel, llena de mujeres.

Y sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y a quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin aceptar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, a levantar el ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos. En los llanos, leales al rey; pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas cómo es verdad que tiene por lo cercano una compañía, que nunca llega; topa con una banda de indios; los aterra; los hace echar al suelo las flechas; con todas ellas y los arcos ata un haz; y se lo lleva a la espalda, y entra en el pueblo con los indios presos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía; con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los "Bravos de Páez"; con el aguardiente y su palabra enardece de tal modo a los indios de Cunabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de la herida y mueren abrazados a los cañones. Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? si le faltan barcas con que descender el río, ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos corriente arriba? Por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son buenos nadadores. Ni los hombres, ni las bestias, ni los elementos le habrán de hacer traición; porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros gol-

pes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo, en la Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto lo paso por las armas"; él no humillará jamás a un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez sí lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpe en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba" lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonra sus armas descabezando prisioneros indefensos, "ya al caer la quinta", no puede contener la indignación que le sofoca; pára al bárbaro; acude a su superior; defiende a los prisioneros delante de la tropa. "¡Nó; ni la más estricta obediencia militar", escribió luego, "puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!"

* * *

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de jefes torpes y rivales celosos, a la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le pára el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar los caimanes; por los esteros cenagosos, sacando a pujos de brazos su animal ahogado; por los llanos encendidos, entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, a disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, afilando el chuzo de albarico, asegurando al ástil con correas de cuero la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido", con unas calzas de

bayeta roídas hasta media pierna. Cruzan los ríos con las armas y la montura a la cabeza; al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero; si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan dentro lo pesado, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir a un yagual, descubren a un hombre encuclillado, con las manos en la maraña del caballo, con la mirada fija en tierra; tiene a los pies, mondados los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite; un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido!

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aún tienen su plan en el cerebro, ya Páez está a sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardides del español y calcula con exactitud los movimientos que deben nacer de sus defectos y virtudes. Obedece a sus presentimientos, y se salva. Al azar nada fía y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta para tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo. Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo a brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras,

la de Carabobo! Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo són, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se replegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver a úna sobre el enemigo dividido; vuelven a escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba a citar a combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba trás él, cruzaba el río antes y lo esperaba a la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie a tierra. Va a venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche en el estero. Vienen a cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan a la borda, se zabullen en cuanto luce la mecha del cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, a echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos a la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asalta de noche a caballo por el mar, y lo toma. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe, impaciente, vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras", dice Páez; sus bravos se desnudan y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una

mano y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando, hijar contra hijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo a los de Morales con el cuento de la lanza, cuando, de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando, señalándose al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas a sus plantas; de un vuelo del brazo cita a los jinetes que le quedan, y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en la América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valencey y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fué tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel a Bolívar; ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o la jaula, venció nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaulas la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dió salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada.

¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesto a cruzar el mar con el batallón de "Junín", "que va magnífico", para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde Junín tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que "no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?" Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez sí lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, ¡volvió a pedir su caballo y su lanza! ¡Oh, llanero famoso! tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan a sus héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan en la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos! ¡Dondequiera que estés, duerme! ¡Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!

JULIO SARRIA

Fué como un jardín que brotase de súbito en la nieve, como mágico viaje a la tierra florida de Caracas, como encantadora mutación de escena, la fiesta de amigos con que el general venezolano Julio Sarría, mutilado en el servicio de su patria, abrió, del brazo de su esposa, su casa al año nuevo. Aquella grata sencillez con que desde los primeros instantes fué como familia la reunión toda; la rara distinción y hermosura notable de las afamadas caraqueñas, y su conversación chispeante y culta; el mérito e historia de los hombres allí congregados, que a la hora de la cena exquisita tuvieron, entre ramilletes para la dueña de la casa y recuerdos del alma para Venezuela, palabras tiernas y viriles para la hermana retardada, la dolorosa Cuba, se quedarán en el corazón, como cuando en noche oscura se ve asomar la estrella del destierro. Aquel hombre tan valiente, que del montón de muertos se irguió ensangrentado, con espanto del enemigo, y renovó en las peleas de organización de la república las hazañas de sus fundadores, era, en las palmas y sedas de su casa, el más llano señor y fino amigo. Y cuando la señora entró en el salón, o cuando, con la cabeza de oro de su hijo dormido en la falda, recibía la congratulación cordial de sus huéspedes, se pintaba en los semblantes un cariño orgulloso, de que el valor de América sea tan cortés como Julio Sarría, de que la mujer de América sea de tan noble porte y corazón como la que lleva con lealtad y amor su nombre.

EL GRAN HEROE

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar.

Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo.

El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo.

Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando.

Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su

pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismo, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto.

Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela cuando parecía que Venezuela se cansaba.

Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso le ayudó cuando ya no le quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores.

Libertó a Venezuela.

Libertó a Nueva Granada.

Libertó al Ecuador.

Libertó al Perú.

Fundó una nueva nación, la nación de Bolivia.

Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos.

Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor.

Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural.

Era un ejército de jóvenes.

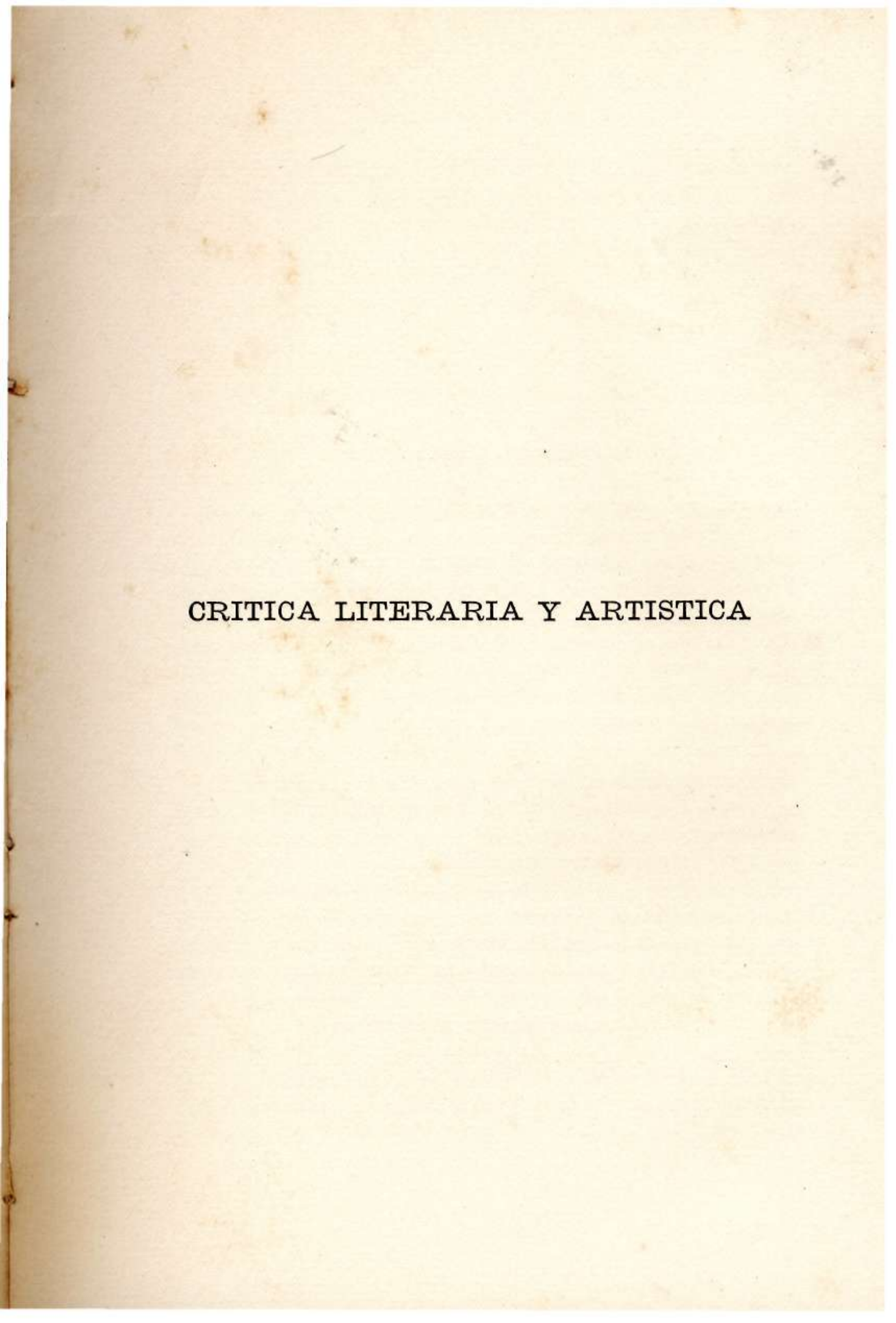
Jamás se peleó tánto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad.

Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre.

Los envidiosos exageraron sus defectos.

Bolívar murió de pesar del corazón más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta.

Murió pobre y dejó una familia de pueblos.



CRITICA LITERARIA Y ARTISTICA

VENEZUELA HEROICA

POR EDUARDO BLANCO.

Cuando se deja este libro de la mano, parece que se ha ganado una batalla. Se está a lo menos dispuesto a ganarla: y a perdonar después a los vencidos. Es patriótico, sin vulgaridad; grande, sin hinchazón; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en altos yunques, hecho a dioses. Sirve a los hombres quien así les habla. Séale loado.

Cinco batallas describe el libro: La Victoria, llena toda de Ribas; San Mateo, que de tumba se hizo cuna; las Queseras, que oscurecen a Troya; Boyacá, por donde se entra a Colombia; Carabobo, donde muere Hernán Cortés. Con grandes palabras dice estos grandísimos hechos. Cada combate tiene sus héroes y sus formas, y, con urdimbre artística, lo menudo y humano de la lidia, como distribución de tropas y lugares, está hábilmente mezclado a lo divino. Así se desataron las legiones; así pujaron; así se deshicieron, tambalearon, rugieron y vencieron. Cada casa venezolana tiene allí sus dioses lares: los Cedeño, los Jugo, los Montilla, los del hermoso Anzoátegui, los Ibarra, los Silva, los Urdaneta: toda la nobleza de la libertad tiene allí cuna: no tuvo pueblo jamás me-

jor nobleza! Y los bravos ingleses son loados. Y a los españoles, luego de vencidos, no se les injuria. Precede a cada empeño de armas notable ensayo histórico, sobre los elementos, condiciones y significación de la época en que acontecen, con variedad tan rica aderezado, y tan meduloso, y tan brioso, que en este libro la página última está al lado de la página primera. Todo palpita en *Venezuela Heroica,* todo inflama, se desborda, se rompe en chispas, humea, relampaguea. Es como una tempestad de gloria: luego de ella, queda la tierra cubierta de polvo de oro. Es un ir y venir de caballos, un tremolar de banderas, un resplandecer de arneses, un lucir de colores, un golpear de batalla, un morir sonriendo, que ni vileza ni quejumbres caben, luego de leer el libro fulgurante. Y parece, como en los cuadros de Fortuny, un campo de batalla en que no hay sangre: ¿cómo ha hecho este historiador para ser fiel sin ser frío, y pintar el horror sin ser horrible? Y ¿no hay que admirar tanto las hazañas que inspiran, como el corazón que se enciende en ellas y las canta? Se es capaz de toda gloria que se canta bien. Se tendría en sus estribos Eduardo Blanco sobre el caballo de Bolívar.

Propiedad más estricta cabría en alguna imagen; pie más robusto para un vibrante párrafo; forma más concisa para alguna idea profunda. Y más seguridad en el lenguaje cabe, no por cierto cuando batalla y resplandece, como arrebatado de la gloria, sino cuando, sin mermar la excelencia de su juicio ni la moderación de su energía, juzga en sus breves instantes de reposo los hombres y sucesos. Pero este libro es una llama; y su calor conforta y gusta. He ahí el libro de lectura de los colegios americanos: *Venezuela Heroica*: he ahí el premio natural del maestro a su discípulo; del padre a su hijo. Todo hombre debe escribirlo; todo niño debe leerlo; todo corazón honrado, amarlo. De ver los tamaños de los hombres, nos entran deseos irresistibles de imitarlos.

MUESTRA DE UN ENSAYO DE DICCIONARIO DE VOCABLOS INDIGENAS

POR ARÍSTIDES ROJAS.

Arístides Rojas agota cuanto toca. Sale ahora al encuentro del etimólogo de España, Roque Barcia, en quien las malaventuras políticas y quehaceres republicanos no merman la profunda ciencia de cosas arianas, ni la ingénita dote para hallar la causa lejana de voces y sucesos:—y vence con suave modo y fuerte razón a Roque Barcia. Tala y devasta por la mies enemiga: demuestra, con riqueza de datos fastuosa, que no son las palabras de Indias tan deslustradas como Barcia en su *Diccionario Etimológico* las presenta. Elige, como campeón leal y seguro de su fuerza, la arena enemiga para librar combate. Y vuelve de ella alzada la visera, sin herida el corcel, enastada la lanza.

Y ¡qué ciencia le ha sido necesaria para la liza! ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literarias, y vulgares! ¡Qué andarse, como por casa propia, entre el pic-huun, el libro de los mayas, y el quippu, el libro quéchua! ¡Qué tomar la palabra en su huevo, y juguetear

con ella, y desfibrarla, y recorporarla, y mostrarla al que la lee absorto en toda su hermosura y poderío! El sabe de lo suyo y de lo ajeno: explica y desmenuza el vocablo de los chaimas como el de los aztecas, y el de los tupíes como el de los muyscas, y el de los guaranies como el de los cumanagotos. Si de cosas de México habla, manéjalas como pudieran don Francisco Pimentel, que mereció lauros de Francia, y Orozco y Berra, a quien toda loa es debida por su extremada ciencia mexicana. Y si de cosas de Cuba escribe Rojas, en nada le aventaja don Esteban Pichardo, el etnólogo insigne, que midió a palmos la tierra siboneya, y supo profundamente de bajareques y bohíos. Y de palabras y costumbres quéchuas, tanto sabe como un quipucamáyae. Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni el idear se le saca delantera, ni en ejecutar se le gana hora. No bien llega a sus manos la abultada obra de Barcia, busca con anhelo cuanto en ella hace relación a esta tierra de América, por cuya gloria, gracia ingenua y valer desconocido vive, y cuyo genio posee; duélele hallar la verdad desfigurada, y las lenguas de los buenos indios empequeñecidas;—y ganoso a un tiempo de abrir, con mano segura, vía que en silencio venía hollando,—y de pagar tributo digno de él, a quien en tan sabrosa lengua ha honrado al gran poeta de México,—compara los vocablos que Barcia trae errados con ellos mismos, tales como los rescataba de publicación temprana en su *Ensayo de un Diccionario de vocablos indígenas,* extraordinaria obra, a juzgar por la enseña,—y la pone reverentemente en manos del generoso y discreto Guerra y Orbe, que ha de darse de fijo con deleite a la lectura del gustosísimo regalo. Y hé aquí, cómo Rojas, calladamente y sin ayuda, toma a pecho y alza triunfante en hombros, la tarea para la cual ha buscado, con tan desafortunado empeño, la Academia de la Lengua colaboradores. A honor marcado tiene la REVISTA la publicación de esta muy rica

muestra filológica, que, para que sea adición a su segundo número del 15 venidero, pasa de las manos de su laureado autor, a quien el caballero don Fausto Teodoro de Aldrey regala la obra impresa, a las nuestras, que estrechan las del discreto filólogo en alabanza del mérito y en reconocimiento del presente.

LA VENEZOLIADA

POEMA, POR J. NÚÑEZ DE CÁCERES.

Gozo, y no fatiga de las prensas, ha venido siendo durante el último mes, este libro singular, no porque sea su asunto extravagante, ni su forma caprichosa, sino por su extensión, originalidad, abundancia y empuje.

Esta obra es un acto de bravura. No paga su autor con ella tributo al tiempo corriente, que vive—en cosas de letras,—bien por desconfianza de sí propio, bien por falta de objetos invariables de amor hondo, bien porque las urgencias de la acción no le den espacio a los entretenimientos de la expresión, muy dado a lo pequeño. Ni para meditar, ni para escribir, ni para leer lo extenso hay tiempo. Ni ¿cómo un poema, cuando—en esta edad tumultuosa de derrumbe y renuevo—no es raro que al mediar ya la faena, hayan sufrido cambio esencial, o merma grande, las ideas que nos hicieron concebirlo? ¡De cuánto provecho para nuestros hijos, pero de cuanto tormento para nosotros, es vivir en este siglo ardiente!

De grande dote de abstracción, que acusa universalidad de espíritu, se ha menester para sacudirse esos racimos de canes que nacen prendidos de los miembros del

hombre de valía, y hacer obra de unidad extensa en una época tachada justamente de falta de unidad.

De estos libros se lamenta la escasez, y es fuerza celebrarlos cuando vienen. Esa es buena manera de servir a la patria: grabar lo que se desvanece: dar molde nuevo al recuerdo viejo: reconstruirla. Y eso es *La Venezoliada*: una pintura exuberante, rebosante, fresca, risueña, húmeda, de aquellos días de paz menguada, en que eran los cuerpos, regocijados aposentos de espíritus en cuna: los días de la Colonia. Van los cuadros, vistos de tal manera que parece que el poeta ha suprimido con ojo avaricioso la distancia, rodando mansamente y sin violencia, de silva en silva amena, que recuerdan por cierto, aquellas agraciadas en que escribió Vicente Salias su *Médico-maquia* burladora. Aparejadas van en el poema la portentosa riqueza del intento, y la inagotable, audaz y sorprendente de la rima. A las veces, aguijado del excesivo pensamiento, aglomera asonantes, y salta por un verso que no le ocurre pronto y acaba flojamente, o con un giro oscuro, para admirar al punto con una estrofa seductora y nítida, que pone, por lo donairosa, regocijo, y, por lo revuelta y atrevida, asombro. El, como los cristales del histólogo, ha encontrado palacios en el átomo. Nadie como él conoce la fibración y composición de lo pequeño; ni nadie halla colores más enérgicos para pintar naturaleza grande. Ha limpiado de sombras el espacio. Ve, con hondos ojeos de miniador, en el magnífico paisaje, el cielo ricamente enfaldado, que lo corona; y el monte que le da fondo macizo, y la maraña selvosa que lo viste, y el báratro que suele interrumpirla, y el insecto volante que lo cruza, y el polvillo de iris que colora las alas revoltosas del insecto. Así, luego de caprichoso y melancólico principio, empapado a menudo de invisibles lágrimas, nos lleva, haciéndonos con su impaciente mano, a aquellos llanos plácidos que a la falda del Avila se tienden, y a la sombra de los javillos en la lla-

nura, y a la de los granados en el patio de las casas, y a la sala de éstas y a todas sus habitaciones interiores, y a los hábitos y curiosidades de sus dueños, ya mantuanos lujosos, que se sientan en butacones de cordobán claveteado, ya personas humildes, que viven en su casa de encomienda, esmaltada de imágenes de santos, que dan lance al poeta para lucir su magistral dominio del detalle. Y a las octavas, con sus fiestas locas; y a los toros, cerrados en las calles, y vistos de balcones; y a la Semana Mayor, ocasión de fausto y competencia, antaño como ogaño; y al bautizo, al matrimonio, a la famosa ceremonia, con bailes celebrada, y con sangrías, chorote y biscochuelo, de quitar por primera vez la barba al primogénito; y a oir, y a ver, rodeados de llaneros, —que nos cuentan de sus caneyes y chinchorros, y de la que les borda sus camisas, y adereza sus *uñas de pavo*,— el zambe revueltísimo, el alegre joropo, y la llora monótona y la extraordinaria bamba-buena. En un canto celebra al afamado García, al lamentado Solano, a Aveledo virtuoso, a D. Elías Rodríguez. En otro ¡oh cosa extrema! analiza con imaginaciones estupendas, los componentes varios y revueltos que han originado nuestras razas. Tiene allá y acá, cual cosa colosal, irregularidades de coloso. Y encarnizamientos de imaginación. Y excesos de desembarazo:—nunca desmayo, nunca vulgaridad, nunca pobreza.—Entraña de mar parece el libro.

EL POEMA DEL NIAGARA

¡Pasajero, deténte! ¡Este que traigo de la mano no es zurcidor de rimas, ni repetidor de viejos maestros—que lo son porque a nadie repitieron,—ni decidor de amores, como aquellos que trocaron en mágicas cítaras el seno tenebroso de las traidoras góndolas de Italia, ni gemidor de oficio, como tantos que fuerzan a los hombres honrados a esconder sus pesares como culpas y sus sagrados lamentos, como pueriles futilezas! Este que viene conmigo es grande, aunque no lo sea de España, y viene cubierto: es Juan Antonio Pérez Bonalde, que ha escrito el Poema del Niágara. Y si me preguntas más de él, curioso pasajero, te diré que se midió con un gigante, y no salió herido, sino con la lira bien puesta sobre el hombro—porque éste es de los lidiadores buenos, que lidian con la lira,—y con algo como aureola de triunfador sobre la frente. Y no preguntes más, que ya es prueba sobrada de grandeza atreverse a medirse con gigantes; pues el mérito no está en el éxito del acometimiento, aunque éste volvió bien de la lid, sino en el valor de acometer.

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el

oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! ¡Ruines tiempos, en que son mérito eximio y desusado el amor y el ejercicio de la grandeza! ¡Son los hombres ahora como ciertas damiselas, que se prendan de las virtudes cuando las ven encomiadas por los demás, o sublimadas en sonante prosa o en alados versos; mas luego que se han abrazado a la virtud, que tiene forma de cruz, la echan de sí con espanto, como si fuera mortaja roedora que les comiera las rosas de las mejillas, y el gozo de los besos, y ese collar de mariposas de colores que gustan de ceñirse al cuello las mujeres! ¡Ruines tiempos, en que los sacerdotes no merecen ya la alabanza ni la veneración de los poetas, ni los poetas han comenzado todavía a ser sacerdotes!

¡Ruines tiempos!—¡no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella; para estos creyentes fogosos, hambrientos de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, ¡pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar—como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol,—y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las águilas:—pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aun no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?

Como para mayor ejercicio de la razón, aparece en la naturaleza contradictorio todo lo que es lógico; por lo

que viene a suceder que esta época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes, es para los poetas—hombres magnos,—por la confusión que el cambio de estados, fe y gobiernos acarrea, época de tumulto y de dolores, en que los ruidos de la batalla apagan las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros, y el trasegar de los combatientes deja sin rosas los rosales, y los vapores de la lucha opacan el brillo suave de las estrellas en el cielo. Pero en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes, y el cielo gira y anda con sus tormentas, días y noches, y el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras; y cuando ya no ven sus ojos las estrellas del cielo, los vuelve a las de su alma. De aquí esos poetas pálidos y gemebundos; de aquí esa nueva poesía atormentada y dolorosa; de aquí esa poesía íntima, confidencial y personal, necesaria consecuencia de los tiempos, ingenua y útil, como canto de hermanos, cuando brota de una naturaleza sana y vigorosa, desmayada y ridícula cuando la ensaya en sus cuerdas un sentidor flojo, dotado como el pavón del plumaje brillante, del dón del canto.

Hembras, hembras débiles parecerían ahora los hombres, si se dieran a apurar coronados de guirnaldas de rosas, en brazos de Alejandro y de Cebetes, el falerno meloso que sazonó los festines de Horacio. Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fué hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres. Ni líricos ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más lírica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera su propio sér el

asunto único de cuya existencia no tuviera dudas, o como si el problema de la vida humana hubiera sido con tal valentía acometido y con tal ansia investigado,—que no cabe motivo mejor, ni más estimulante, ni más ocasionado a profundidad y grandeza que el estudio de sí mismo. Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben. No hay pintor que acierte a colorear con la novedad y transparencia de otros tiempos la aureola luminosa de las vírgenes, ni cantor religioso o predicador que ponga unción y voz segura en sus estrofas y anatemas. Todos son soldados del ejército en marcha. A todos besó la misma maga. En todos está hirviendo la sangre nueva. Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Inseguridad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la tierra,—¡y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡qué susto en el pecho! ¡qué demandar lo que no viene! ¡qué no saber lo que se desea! ¡qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu: náusea del día que muere, deleite del alba!

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes; vislúmbranse apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas,—y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por

la existencia personal, y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria. Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos; alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo; desprestigiadas y desnudas todas las imágenes que antes se reverenciaban; desconocidas aún las imágenes futuras, no parece posible, en este desconcierto de la mente, en esta revuelta vida sin vía fija, carácter definido, ni término seguro, en este miedo acerbo de las pobrezas de la casa, y en la labor varia y medrosa que ponemos en evitarlas, producir aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas que se escribían pausadamente, años sobre años, en el reposo de la celda, en los ocios amenos del pretendiente en corte, o en el ancho sillón de cordobán de labor rica y tachuelas de fino oro, en la beatífica calma que ponía en el espíritu la certidumbre de que el buen indio amasaba el pan, y el buen rey daba la ley, y la madre Iglesia, abrigo y sepultura. Sólo en época de elementos constantes, de tipo literario general y determinado, de posible tranquilidad individual, de cauces fijos y notorios, es fácil la producción de esas macizas y corpulentas obras de ingenio que requieren sin remedio tal suma de favorables condiciones. El odio acaso, que acumula y concentra, puede aún producir naturalmente tal género de obras, pero el amor rebosa y se esparce; y este es tiempo de amor, aun para los que odian. El amor entona cantos fugitivos, mas no produce—por ser sentimiento culminante y vehemente, cuya tensión fatiga y abruma—obras de reposado aliento y laboreo penoso.

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hom-

bres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres. Como en lo humano todo el progreso consiste acaso en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo, al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los piés desnudos y los brazos abiertos, no un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío. Y estos nuevos amores no se incuban, como antes, lentamente en celdas silenciosas en que la soledad adorable y sublime empollaba ideas gigantescas y radiosas; ni se llevan ahora las ideas luengos días y años luengos en la mente, fructificando y nutriéndose, acrecentándose con las impresiones y juicios análogos, que volaban a agruparse a la idea madre, como los abanderados en tiempo de guerra al montecillo en que se alza la bandera; ni de esta prolongada preñez mental nacen ahora aquellos hijos ciclópeos y desmesurados, dejo natural de una época de callamiento y de repliegue, en que las ideas habían de convertirse en sonajas de bufón de rey, o en badajo de campana de iglesia, o en manjar de patíbulo; y en que era forma única de la expresión del juicio humano el chismeo donairoso en una mala plaza de las comedias de amor trabadas entre las cazoletas de la espada y vuelos del guarda-infante de los cortejadores y hermosas de la villa. Ahora los árboles de la selva no tienen más hojas que lenguas las ciudades; las ideas se maduran en la plaza en que se enseñan, y andando de mano en mano, y de pie en pie. El hablar no es pecado, sino gala; el oír no es herejía, sino gusto y hábito, y moda. Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvi-

llo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean. Las ideas de baja ley, aunque hayan comenzado por brillar como de ley buena, no soportan el tráfico, el vapuleo, la marejada, el duro tratamiento. Las ideas de ley buena surgen a la postre, mallugadas, pero con virtud de cura espontánea, y compactas y enteras. Con un problema nos levantamos; nos acostamos ya con otro problema. Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental como, cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran,—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas; se desmigajan. De aquí pequeñas obras fúlgidas, de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.

Y acontece también, que con la gran labor común de los humanos, y el hábito saludable de examinarse, y pedirse mutuas cuentas de sus vidas, y la necesidad glo-

riosa de amasar por sí el pan que se ha de servir en los manteles, no estimula la época, ni permite acaso la aparición aislada de entidades suprahumanas recogidas en una única labor de índole tenida por maravillosa y suprema. Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y ésta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras; época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura. Y como todos van aprendiendo a cosechar los frutos de la naturaleza y a estimar sus flores, tocan los antiguos maestros a menos flor y fruto, y a más las gentes nuevas que eran antes cohorte mera de veneradores de los buenos cosecheros. Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placerá a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra, por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

Y como el auvernés muere en París alegre, más que de deslumbramiento, del mal del país, y todo hombre que se detiene a verse anda enfermo del dulce mal del cielo, tienen los poetas hoy—auverneses sencillos en Lutecia alborotada y suntuosa,—la nostalgia de la hazaña. La guerra, antes fuente de gloria, cae en desuso, y lo que pareció grandeza, comienza a ser crimen. La corte, an-

tes albergue de bardos de alquiler, mira con ojos asustados a los bardos modernos, que aunque a veces arriendan la lira, no la alquilan ya por siempre, y aun suelen no alquilarla. Dios anda confuso; la mujer, como sacada de quicio y aturdida; pero la naturaleza enciende siempre el sol solemne en medio del espacio; los dioses de los bosques hablan todavía la lengua que no hablan ya las divinidades de los altares; el hombre echa por los mares sus serpientes de cabeza parlante, que de un lado se prenden a la breñas agrestes de Inglaterra, y de otro a la riente costa americana; y encierra la luz de los astros en un juguete de cristal; y lanza por sobre las aguas y por sobre las cordilleras sus humeantes y negros tritones;—y en el alma humana, cuando se apagan los soles que alumbraron la tierra decenas de siglos, no se ha apagado el sol. No hay occidente para el espíritu del hombre; no hay más que norte, coronado de luz. La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada que la tempestad arremolina y echa al cielo; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana. En este cambio de quicio a que asistimos, y en esta refacción del mundo de los hombres, en que la vida nueva va, como los corceles briosos por los caminos, perseguida de canes ladradores; en este cegamiento de las fuentes y en este anublamiento de los dioses,—la naturaleza, el trabajo humano, y el espíritu del hombre se abren como inexhaustos manantiales puros a los labios sedientos de los poetas:—¡Vacíen de sus copas de preciosas piedras el agrio vino viejo, y pónganlas a que se llenen de rayos de sol, de ecos de faena, de perlas buenas y sencillas, sacadas de lo hondo del alma,—y muevan con sus manos febriles, a los ojos de los hombres asustados, la copa sonora!

De esta manera, lastimados los pies y los ojos de ver y andar por ruinas que aún humean, reentra en sí el poeta lírico, que siempre fué, en más o en menos, poeta

personal,—y pone los ojos en las batallas y solemnidades de la naturaleza, aquel que hubiera sido en épocas cortesanas, conventuales o sangrientas, poeta de epopeya. La batalla está en los talleres; la gloria, en la paz; el templo, en toda la tierra; el poema, en la naturaleza. Cuando la vida se asiente, surgirá el Dante venidero, no por mayor fuerza suya sobre los hombres dantescos de ahora, sino por mayor fuerza del tiempo.—¿Qué es el hombre arrogante, sino vocero de lo desconocido, eco de lo sobrenatural, espejo de las luces eternas, copia más o menos acabada del mundo en que vive? Hoy Dante vive en sí, y de sí. Ugolino roía a su hijo; más él a sí propio. No hay ahora mendrugo más denteado que un alma de poeta: si se ven con los ojos del alma, sus puños mondados y los huecos de sus alas arrancadas manan sangre.

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; harto nuevas aún y harto confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí,—porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años,—elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbélica; la vida íntima febril, no bien enquiciada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal, y con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.

¡Mas, cuánto trabajo cuesta hallarse a sí mismo! El hombre, apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí. Es un braceo hercúleo contra los obstáculos que le alza al paso su propia naturaleza y los que amontonan las ideas convencionales de que es, en hora menguada, y por impío consejo, y arrogancia culpable—alimentada. No hay más difícil faena que ésta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatural; lo que viene con el hombre, de lo que le añaden con sus lecciones,

legados y ordenanzas los que antes de él han venido. So pretexto de completar el sér humano, lo interrumpen. No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna, con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora, una vasta morada de enmascarados. Se viene a la vida como cera, y el azar nos vacía en moldes prehechos. Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que se desliza invisible bajo la vida aparente, no sentida a las veces por el mismo en quien hace su obra cauta, a la manera con que el Guadiana misterioso corre luengo camino calladamente por bajo de las tierras andaluzas. Asegurar el albedrío humano; dejar a los espíritus su seductora forma propia; no deslucir con la imposición de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes; ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas, ni impelerlas por una vía marcada: ¡he ahí el único modo de poblar la tierra de la generación vigorosa y creadora que le falta! Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales. Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste, mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos; urge sacarlos del mal gobierno de la convención que sofoca o envenena sus sentimientos, acelera el despertar de sus sentidos, y recarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso. Sólo lo genuino es fructífero. Sólo lo directo es poderoso. Lo que otro nos lega es como manjar recalentado. Toca a cada hombre reconstruir la vida: a poco que mire en sí, la reconstruye. ¡Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que, so pretexto de dirigir a las

generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio! ¡Reo es de traición a la naturaleza el que impide, en una vía u otra, y en cualquier vía, el libre uso, la aplicación directa y el espontáneo empleo de las facultades magníficas del hombre!

¡Entre ahora el bravo, el buen lancero, el ponderoso justador, el caballero de la libertad humana —que es orden magna de caballería,— el que se viene derechamente, sin pujos de Valbuena ni rezagos de Ojeda, por la poesía épica de nuestros tiempos; el que movió al cielo las manos generosas en tono de plegaria y las sacó de la oración a modo de ánfora sonora, henchida de estrofas opulentas y vibrantes, acariciada de olímpicos reflejos! ¡El poema está en el hombre, decidido a gustar todas las manzanas, a enjugar toda la savia del árbol del Paraíso y a trocar en hoguera confortante el fuego de que forjó Dios, en otro tiempo, la espada exterminadora! ¡El poema está en la naturaleza, madre de senos próvidos, esposa que jamás desama, oráculo que siempre responde, poeta de mil lenguas, maga que hace entender lo que no dice, consoladora que fortifica y embalsama! ¡Entre ahora el buen bardo del Niágara, que ha escrito un canto extraordinario y resplandeciente del poema inacabable de la naturaleza!

¡El poema del Niágara! Lo que el Niágara cuenta; las voces del torrente; los gemidos del alma humana; la majestad del alma universal; el diálogo titánico entre el hombre impaciente y la naturaleza desdeñosa; el clamor desesperado de hijo de gran padre desconocido, que pide a su madre muda el secreto de su nacimiento; el grito de todos en un solo pecho; el tumulto del pecho que responde al bravío de las ondas; el calor divino que enardece y encala la frente del hombre a la faz de lo grandioso; la compenetración profética y suavísima del hom-

bre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora; el tierno desposorio con lo eterno y el vertimiento deleitoso en la creación del que vuelve a sí el hombre ebrio de fuerza y júbilo, fuerte como un monarca amado, ungido rey de la naturaleza.

¡El poema del Niágara! El halo de espíritu que sobrerrodea el halo de agua de colores; la batalla de su seno, menos fragosa que la humana; el oleaje simultáneo de todo lo vivo, que va a parar, empujado por lo que no se ve, encabritándose y revolviéndose, allá en lo que no se sabe; la ley de la existencia, lógica en fuerza de ser incomprensible, que devasta sin acuerdo aparente mártires y villanos, y sorbe de un hálito, como ogro famélico, un haz de evangelistas, en tanto que deja vivos en la tierra, como alimañas de boca roja que le divierten, haces de criminales; la vía aparejada en que estallan, chocan, se rebelan, saltan al cielo y dan en hondo hombres y cataratas estruendosas; el vocerío y combate angélico del hombre arrebatado por la ley arrolladora, que al par que cede y muere, blasfema, agítase como titán que se sacude mundos y ruge; la voz ronca de la cascada que ley igual empuja, y al dar en mar o en antro, se encrespa y gime; y luego de todo, las lágrimas que lo envuelven ahora todo, y el quejido desgarrador del alma sola: he ahí el poema imponente que ese hombre de su tiempo vió en el Niágara.

Toda esa historia que va escrita es la de este poema. Como este poema es obra representativa, hablar de él es hablar de la época que representa. Los buenos eslabones dan chispas altas. Menguada cosa es lo relativo que no despierta el pensamiento de lo absoluto. Todo ha de hacerse de manera que lleve la mente a lo general y a lo grande. La filosofía no es más que el secreto de la relación de las varias formas de existencia. Mueven el alma de este poeta los afanes, las soledades, las amarguras, la aspiración del genio cantor. Se presenta armado de to-

das armas en un circo en donde no ve combatientes, ni estrados animados de público tremendo, ni ve premio. Corre, cargado de todas las armas que le pesan, en busca de batalladores. ¡Halla un monte de agua que le sale al paso; y, como lleva el pecho lleno de combate, reta al monte de agua!

Pérez Bonalde, apenas puso los ojos sobre sí, y en su torno, viviendo en tiempo revuelto y en tierra muy fría, se vió solo: catecúmeno enérgico de una religión no establecida, con el corazón necesitado de adorar, con la razón negada a la reverencia; creyente por instinto, incrédulo por reflexión. En vano buscó polvo digno de una frente varonil para postrarse a rendir tributo de acatamiento; en vano trató de hallar su puesto, en esta época en que no hay tierra que no los haya trastrocado todos, en la confusa y acelerada batalla de los vivos; en vano, creado por mal suyo para empresas hazañosas, y armado por el estudio del análisis que las reprime, cuando no las prohibe o ridiculiza, persiguió con empeño las grandes acciones de los hombres, que tienen ahora a gala y prueba de ánimo fuerte, no emprender cosa mayor, sino muy suave, productiva y hacedera. En los labios le rebosaban los versos robustos; en la mano le vibraba acaso la espada de la Libertad,—que no debiera, por cierto, llevar jamás espada;—en el espíritu la punzante angustia de vivir sobrado de fuerzas sin empleo, que es como poner la savia de un árbol en el corpecillo de una hormiga. Los vientos corrientes le batían las sienes; la sed de nuestros tiempos le apretaba las fauces; lo pasado, ¡todo es castillo solitario y armadura vacía!; lo presente, ¡todo es pregunta, negación, cólera, blasfemia de derrota, alarido de triunfo!; lo venidero, ¡todo está oscurecido por el polvo y vapor de la batalla! Y fatigado de buscar en vano hazañas en los hombres, fué el poeta a saludar la hazaña de la naturaleza.

Y se entendieron. El torrente prestó su voz al poeta; el poeta, su gemido de dolor a la maravilla rugidora. Del encuentro súbito de un espíritu ingenuo y de un espectáculo sorprendente, surgió este poema palpitante, desbordado, exuberante, lujoso. Acá desmaya, porque los labios sajan las ideas, en vez de darles forma. Allá se encumbra, porque hay ideas tales, que pasan por sobre los labios como por sobre valla de carrizos. El poema tiene el alarde pindárico, el vuelo herediano, rebeldes curvas, arrogantes reboses, lujosos alzamientos, cóleras heroicas. El poema ama, no se asombra. No se espanta, llama. Riega todas las lágrimas del pecho. Increpa, golpea, implora. Yergue todas las soberbias de la mente. Empuñaría sin miedo el cetro de la sombra. Ase la niebla, rásgala, penétrala. Evoca al Dios del antro; húndese en la cueva limosa: enfríase en torno suyo el aire; resurge coronado de luz; canta el *hosanna!* La luz es el gozo supremo de los hombres. Ya pinta el río sonoro, turbulento, despeñado, roto en polvo de plata, evaporado en humo de colores. Las estrofas son cuadros: ora ráfagas de ventisquero, ora columnas de fuego, ora relámpagos. Ya Luzbel, ya Prometeo, ya Icaro. Es nuestro tiempo, enfrente de nuestra naturaleza, ser eso es dado a pocos. Contó a la Naturaleza los dolores del hombre moderno. Y fué pujante, porque fué sincero. Montó en carroza de oro.

Este poema fué impresión, choque, golpe de ala, obra genuina, rapto súbito. Vese aún a trechos al estudiador que lee, el cual es personaje importuno en estos choques del hombre y la Naturaleza; pero por sobre él salta, por buena fortuna, gallardo y atrevido, el hombre. El gemidor asoma, pero el sentidor vehemente vence. Nada le dice el torrente, que lo dice todo; pero a poco pone bien el oído, y a despecho de los libros de duda, que le alzan muralla, lo oye todo. Las ideas potentes se enciman, se precipitan, se cobijan, se empujan, se entrelazan. Acá el consonante las magulla: el consonante ma-

gulla siempre; allá las prolonga, con lo cual las daña; por lo común, la idea abundosa y encendida encaja noblemente en el verso centelleante. Todo el poeta se salió a estos versos; la majestad evoca y pone en pie todo lo majestuoso. Su estrofa fué esta vez como la ola que nace del mar agitado, y crece al paso con el encuentro de otras olas, y se empina, y se enrosca, y se despliega ruidosamente, y va a morir en espuma sonante y círculos irregulares y rebeldes no sujetos a forma ni extensión; acá, enseñoréandose de la arena y tendiéndose sobre ella como triunfador que echa su manto sobre la prisionera que hace su cautiva; allá, besando mansamente los bordes cincelados de la piedra marina caprichosa; quebrándose acullá en haces de polvo contra la arista enhiesta de las rocas. Su irregularidad le viene de su fuerza. La perfección de la forma se consigue casi siempre a costa de la perfección de la idea. Pues el rayo ¿obedece a marcha precisa en su camino? ¿Cuándo fué jaca de tiro más hermosa que potro en la dehesa? Una tempestad es más bella que una locomotora. Señálanse por sus desbordes y turbulencias las obras que arrancan derechamente de lo profundo de las almas magnas.

Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como éste de saber de donde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata. A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluído con premura. Pero la alteza es constante. Hay ola, y ala. Mima Pérez Bonalde

lo que escribe; pero no es, ni quiere serlo, poeta cincelador. Gusta, por de contado, de que el verso brote de su pluma sonoro, bien acuñado, acicalado, mas no se pondrá como otros frente al verso, con martillo de oro y buril de plata, y enseres de cortar y de sajar, a mellar aquí un extremo, a fortificar allí una juntura, a abrillantar y redondear la joya, sin ver que si el diamante sufre talla, moriría la perla de ella. El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por donde quiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio. El verso hierve en la mente, como en la cuba el mosto. Mas ni el vino mejora, luego de hecho, por añadirle alcoholes y taninos; ni se aquilata el verso, luego de nacido, por engalanarlo con aditamentos y aderezos. Ha de ser hecho de una pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor. Y así brotó de Bonalde este poema, y es una de sus fuerzas: fué hecho de una pieza.

¡Oh! ¡esta tarea de recorte, esa mutilación de nuestros hijos, ese trueque de plectro del poeta por el bisturí del disector! Así quedan los versos pulidos: deformes y muertos. Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se

queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel. Y no parece cuadro de Vinci, sino mosaico de Pompeya. Caballo de paseo no gana batallas. No está en el divorcio el remedio de los males del matrimonio, sino en escoger bien la dama y en no cegar a destiempo en cuanto a las causas reales de la unión. Ni en el pulimento está la bondad del verso, sino en que nazca ya alado y sonante. No se dé por hecho el verso en espera de acabarle luego, cuando aún no esté acabado; que luego se le rematará en apariencia, mas no verdaderamente, ni con ese encanto de cosa virgen que tiene el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y amala cuando lo cambian muchas veces de troje. Cuando el verso quede por hecho ha de estar armado de todas armas, con coraza dura y sonante, y de penacho blanco rematado el buen casco de acero reluciente.

Que aun con todo esto, como pajas perdidas que con el gusto del perfume no se cuidó de recoger cuando se abrió la caja de perfumería, quedaron sueltos algunos cabos, que bien pudieron rematarse; que acá sobra un epíteto; que aquí asoma un asonante inoportuno; que acullá ostenta su voluta caprichosa un esdrújulo osado; que a cual verso le salió corta el ala, lo que en verdad no es cosa de gran monta en esta junta de versos sobrados de alas grandes; que, como dejo natural del tiempo, aparecen en aquella y esta estrofa, como fuegos de San Telmo en cielo sembrado de astros, gemidos de contagio y desesperanzas aprendidas; ¡ea! que bien puede ser, pero esa menudencia es faena de pedantes. Quien va en busca de montes, no se detiene a recoger las piedras del camino. Saluda al sol, y acata al monte. Estas son confidencias de sobremesa. Esas cosas se dicen al oído. Pues, ¿quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo? La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios

del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera.

Y aquí viene bien que yo conforte el alma, algún momento abatida y azorada, de este gallardísimo poeta; que yo le asegure lo que él anhela saber; que vacíe en él la ciencia que en mí han puesto la mirada primera de los niños, colérica como quien entra en casa mezquina viniendo de palacio, y la última mirada de los moribundos, que es una cita, y no una despedida. Bonalde mismo no niega, sino que inquiere. No tiene fe absoluta en la vida próxima; pero no tiene duda absoluta. Cuando se pregunta desesperado qué ha de ser de él, queda tranquilo, como si hubiera oído lo que no dice. Saca fe en lo eterno de los coloquios en que bravamente lo interroga. En vano teme él morir cuando ponga al fin la cabeza en la almohada de tierra. En vano el *Eco* que juega con las palabras,—porque la naturaleza parece, como el Creador mismo, celosa de sus mejores criaturas, y gusta de ofuscarles el juicio que les dió,—le responde que nada sobrevive a la hora que nos parece la postrera. El eco en el alma dice cosa más honda que el eco del torrente. ¡Ni hay torrente como nuestra alma. ¡Nó! ¡la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía, y no término. La mente no podría concebir lo que no fuera capaz de realizar; la existencia no puede ser juguete abominable de un loco maligno. Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir sus colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra. Pues ¿qué es nuestro cerebro, sementera de proezas, sino anuncio del país cierto, en que han de rematarse? Nace el árbol en la tierra, y halla atmósfera en que extender sus ramas; y el agua en la honda madre, y tiene cauce en donde echar sus fuentes; y nacerán las

ideas de justicia en la mente, las jubilosas ansias de no cumplidos sacrificios, el acabado programa de hazañas espirituales, los deleites que acompañan a la imaginación de una vida pura y honesta, imposible de logro en la tierra—¿y no tendrá espacio en que tender al aire su ramaje esta arboleda de oro? ¿Qué es más el hombre al morir, por mucho que haya trabajado en vida, que gigante que ha vivido condenado a tejer cestos de monje y fabricar nidillos de jilguero? Qué ha de ser del espíritu tierno y rebosante que, falto de empleo fructífero, se refugia en sí mismo y sale íntegro y no empleado de la tierra? Este poeta venturoso no ha entrado aún en los senos amargos de la vida. No ha sufrido bastante. Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. Ha vivido con la mente, que ofusca; y con el amor, que a veces desengaña; fáltale aún vivir con el dolor que conforta, acrisola y esclarece. Pues ¿qué es el poeta, sino alimento vivo de la llama con que alumbra? ¡Echa su cuerpo a la hoguera, y el humo llega al cielo, y la claridad del incendio maravilloso se esparce, como un suave calor, por toda la tierra!

Bien hayas, poeta sincero y honrado, que te alimentas de ti mismo. ¡He aquí una lira que vibra! ¡He aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone a los aires vivos la arrogante frente! ¡He aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! He aquí un vigoroso braceador que pone el pie seguro, la mente avarienta, y los ojos ansiosos y serenos en ese haz de despojos de templos, y muros apuntalados, y cadáveres dorados, y alas hechas de cadenas, de que, con afán siniestro, se aprovechan hoy tantos arteros batalladores para rehacer prisiones al hombre moderno. El no persigue a la poesía, breve espuma de mar hondo, que sólo sale a flote cuando hay ya mar hondo, y voluble coqueta que no cuida de sus cortejadores, ni dispensa a los importunos sus ca-

prichos. El aguardó la hora alta, en que el cuerpo se agiganta y los ojos se inundan de llanto, y de embriaguez el pecho, y se hincha la vela de la vida, como lona de barco, a vientos desconocidos, y se anda naturalmente a paso de monte. El aire de la tempestad es suyo, y ve en él luces, y abismos bordados de fuego que se entreabren, y místicas promesas. En este poema, abrió su seno atormentado al aire puro, los brazos trémulos al oráculo piadoso, la frente enardecida a las caricias aquietadoras de la sagrada naturaleza. Fué libre, ingenuo, humilde, preguntador, señor de sí, caballero del espíritu. ¿Quiénes son los soberbios que se arrogan el derecho de enfrenar cosa que nace libre, de sofocar la llama que enciende la naturaleza, de privar del ejercicio natural de sus facultades a criatura tan augusta como el sér humano? ¿Quiénes son esos buhos que vigilan la cuna de los recién nacidos y beben en su lámpara de oro el aceite de la vida? ¿Quiénes son esos alcaides de la mente, que tienen en prisión de dobles rejas al alma, esta gallarda castellana? ¿Habrá blasfemo mayor que el que, so pretexto de entender a Dios, se arroja a corregir la obra divina? ¡Oh, Libertad! ¡no manches nunca tu túnica blanca, para que no tenga miedo de ti el recién nacido! ¡Bien hayas tú, Poeta del Torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretensiosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres a la servidumbre, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la Libertad! ¡Bien hayas, cantor ilustre, y ve que sé qué vale esta palabra que te digo! ¡Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de

perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimiento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

MANUAL DEL VEGUERO VENEZOLANO

POR LINO LÓPEZ MÉNDEZ.

De Varinas salía en tiempos de antaño—de Varinas, que estaba cerca de Cumaná, madre de Sucre—el más rico tabaco que por entonces saboreaban, con mengua del de Güines y del de Flor de Sagua, los fumadores de España, Italia y Francia. De Venezuela viene ahora también un lindo libro, en que se cuentan con afortunada llaneza, singular lucidez y desinterés incomparable, todas las varias artes y celosos cuidados que quiere la hoja india, consuelo de meditabundos, deleite de los soñadores arquitectos del aire, seno fragante del ópalo alado. *Manual del Veguero Venezolano* se llama el discretísimo libro: todo es aroma, como la planta cuyo cuido enseña; es su autor el señor Lino López Méndez, veguero de oficio, que aquí prueba ser, además, escritor hábil y galano, que de las mismas plantas, y al sol y al sereno, ha aprendido el modo de cuidarlas. Dice que le enseñó mucho el manual de Dau, pero que la tierra le ha enseñado más.

No agrada el libro solamente porque con habla tersa y sabrosa, tan culta que parece de letrado, y tan clara que no habrá labriego que no la entienda, narra todos los trances, riesgos, necesidades y enseñanzas de cultivo de esta planta rica; sino por cierto amor de padre, celoso y ferviente, que muestra el enseñador ameno por sus plantas. Se ve que las ama y las mima como si fueran sus hijas. Se enoja con los que las tratan rudamente. Se encara, como con profanadores, con los vulgares rutineros. Por entre las hojas del libro, parece vérsele en-

corvado, en la madrugadita fresca, buena a estas labores, sobre la mata recién nacida, sacándole de entre las hojas el mordedor y diminuto cogollero; que donde nace la planta, allí nace insecto; y por donde brota flor, ya anda la oruga.

Está escrito este libro de manera que, con ser la mejor acaso, y la más práctica y entendible de cuantas monografías van publicadas sobre el cultivo del tabaco, imagínase ver al autor, mientras se lee su artístico trabajo, protegiendo con las manos cuidadosas, del sol excesivo, del grillo rastrero, del podador burdo, de la humedad putrefactora, a su mata olana de tabaco. Ni matas las llama, sino maticas. Hojitas dice cada vez que tiene que decir hojas. Como Cherville—este Mery de los jardines—ama sus flores, don Lino López ama sus plantíos. Como a persona estima sus plantas. ¡Sentido y respeto de la vida universal, dote sólo de las almas profundas! ¡Delicadas puerilidades, prenda exclusiva de las almas nobles!

Extractar el libro fuera imposible, porque todo él es extracto. No habla como empinado catedrático, más atento a que le admiren que a que le entiendan, sino como padre de familia que da lecciones a sus hijos campesinos. La perfección absoluta de su pequeño libro le viene visiblemente de su íntimo y acabado conocimiento del asunto. Podrá no ser don Lino López hombre de letras, pero por el completo ajuste de su estilo y su asunto, ha hecho de su folleto de sesenta y cuatro páginas una obra literaria. A bien que en Venezuela es dón nativo el arte, y tradicional el habla buena. Todavia andan por sus calles Eloy Escobar, caballero y poeta, que habla en su lengua de familia un castellano que para sus obras de gala envidiaran el coloreador Alarcón y el discreto Valera; y un Morales Marcano, cuyo lenguaje, de sólidas facetas y de fácil curso, hace a la vez pensar en el viejo vino generoso y en los reflejos del brillante; y carreteros y mozas andan

por Caracas, y pastores en luengas camisolas, que mueven el castellano que parecen graduados de academia.

¡Cuánto enseña el *Manual del Veguero Venezolano!* Toma la planta en el almácigo, y no la deja hasta que sale ya bien acondicionada y empacada, en busca de los torcedores de la ciudad. Cuenta cómo ha de abonarse la tierra; por cuanto no hay tierra, por rica que sea, que no mejore con el abono, ni alma que no se sazone con la vida, ni inteligencia que no crezca con el cultivo y ejercicio, y el tabaco ha menester más que planta alguna de abono cuidadoso, sin que lo haya mejor que el de vegetales bien podridos (por ser sabida ley que la vida nace de la muerte), mezclados con una parte de estiércol de bestias; los vegetales mejores son los palos de las mismas matas de tabaco, las cañas del arroz y del maíz, la hojarasca que se va trocando en tierra. Y explica cómo se ha de ir preparando en montones este abono, y no ha de usarse de montón que no tenga ya contados sus seis meses.

Dibuja, más que dice, cómo han de hacerse en dos rectángulos paralelos los semilleros o almácigos, sobre canteros muy bien movidos, por querer el tabaco, así como atmósfera seca, tierra muy limpia y floja. De diez varas de largo por dos y media de ancho será cada uno de los dos canteros; media botella de semilla, mezclada a cinco de arena fina, basta; y luego que el almácigo está ya polvoreado de semilla, se le salpica con ceniza y abono, y se le cubre piadosamente, a que ni sol ni lluvia le dañen, con las generosas hojas del plátano. Del plátano se sacan las cabullas en que se ensartan las hojas cosechadas; las hojas con que se forra el interior del burro, largo envase donde, bien cubierto, se pone más tarde el tabaco embetunado a que fermente; y las tiras que atan las manillas primero, y luego los matullos. El semillero es el tesoro de la vega, y como a tal se cuida. Al quinto día se le pone techo, y ya a los ocho días, la planta tem-

pranera saca a tierra sus dos primeras hojas tiernas, que han de ser bien regadas, mas nunca con agua salobre. ¡Cuánto pequeño cuidado empieza ahora, de que dependen luego la bondad, el peso, la condición y el aroma del tabaco! A los veinticinco o treinta días de nacida la semilla, trasplantada a canteros semejantes, y cuando ya tiene unos dos meses, siémbrasela definitivamente, a tres cuartas una planta de otra, y nunca a menos, en los surcos que, a medida que se hace el trasplante, van los gañanes abriendo en el terreno bien arado y revuelto, o trabajado a pico y escardilla, cuyo terreno será tanto mejor si tiene dos partes de tierra suelta, de arena fina, y otra de abono vegetal y animal.

Para la siembra, todo esmero es poco. Se la arranca de hondo, para que las raíces no se dañen; se la lleva como en palmas al surco, de nueve pulgadas de ancho y seis de hondo; se la pone en la cresta de él, para que no la arrastren las lluvias, que correrán sin daño a su lado; se la pone bajo una casilla, como si cada planta fuera delicada dama.

No bien pasan veinte días, ya están los peones, con una escardilla pequeña, desyerbando el surco y arrimando tierra al pie de cada mata; a lo que llaman medio aporque. No ha de dejarse crecer yerba en el surco. Ha de emprenderse campaña reñida con los voraces insectos; ha de buscarse, en las cuevas que labra al pie de las matas, al grillo mordedor; al cogollero astuto, para lo que hay que abrir las hojas de cada mata; al verde veguero, que no con menor rapidez se come las mejores hojas que los ogros del cuento de Perrault se comían niños; y al pardo traidor, cachazudo, que devasta en la sombra. También a los semilleros atacan los gusanos; pero a esta invasión se pone coto cercando los almácigos de mostaza, que los insectos comen con delicia.

A poco, el tabaco repolla, a lo que se le da otro desyerbo; y a poco más, "escaña", por lo que entienden que

está a punto de dar el botón, nuncio de la flor, el cual, con cuidado sumo, ha de arrancarse con las hojillas que le cercan, así como los retoños que nacen al pie de las hojas mejores de la planta, con cuya poda y deshijo va a las hojas toda la fuerza de la mata. ¡Singular cosa, que no sean diferentes, sino idénticos, el modo de sacar provecho de una planta y de una inteligencia! Todo es análogo; acaso más: todo es idéntico. Y así como acaba el monte en alto pico, así tal vez en una verdad sola, y germen solo, se concentran todas las formas de la vida. Universo es palabra admirable, suma de toda filosofía: lo uno en lo diverso, lo diverso en lo uno.

No es buen veguero
quien no coge el bajero,

dice el refrán campesino; con lo cual se enseña que no han de desdeñarse, porque sean de clase inferior, sino de cogerse y aprovecharse, las hojas bajas de la planta, primeras que sazonan. Conforme van madurando las hojas, lo que se conoce en que sus venas amarillean y se cubren de pintas amarillas, se van cogiendo; y cuando ya toda la mata esté madura, se la cercena de raíz, con un machete bien afilado. Luego vienen el madureo, la seca, el embetunado, el enmanillado de las hojas. Se clasifican las hojas por tamaño; se ensartan, como quien cose, con una aguja que lleva a la zaga una cabulla, las hojas de cada condición, que una vez en el hilo de diez cuartas, se atan a los cujes, y van en ellos a los andamios, donde las cubren con fardos de crudo grueso; y no las descubren hasta que no tienen ya el color amarillo del melón sazonado que anuncia que las hojas están maduras; por lo que a esos andamios llaman los maduraderos, que como los corredores adonde sacan los cujes a que se oreen, y las piezas abrigadas donde los ponen, ya a calentarlos, con braseros sin humo, de la humedad excesiva, ya a impedir que el exceso de sol tueste las hojas y las "arrebate", son todas partes de la aereada casa de tabaco. Y

se ha de registrar hoja por hoja, y no dejar hoja podrida ni verdusca. Cuando han pasado quince días de oreo, embetúnanse por primera vez las hojas. Lucen en los betunes los vegueros todos sus experiencias e imaginaciones: cuál prepara el suyo con una infusión de tabaco en agua; cuál pone en vez de agua, secreción del cuerpo humano, que da más fuerza que perfume. Pero el *Manual del Veguero* dice que para lograr tabaco bueno, luego de bien almacigado, cogido y oreado, no hay como empaparlo en un betún de su receta, que es de este modo: en diez botellas de aguardiente de 30° póngase media libra de sarrapia, luego de haber rajado cada semilla por un extremo, y una media libra de tabaco bueno y de clase fuerte, todo lo cual se tapa bien en un envase de vidrio, de donde no se le saca sino al ir a usarlo, en cuyo instante se le agregan, moviendo el conjunto bien para que se disuelvan la sal y el óxido, una media libra de sal de nitro y una onza de óxido de hierro.

Pero no es ése el betún, sino una parte de él, a la cual han de juntarse veinte más de una infusión de cuatro onzas de palillos de tabaco bueno para cada diez botellas de cocimiento. Y es fama que con tal menjurje, ni la media capa segundona, ni la entrecapa averiada, ni la humilde y retorcida tripa, dejan de parecer tan finas y exquisitas como a los señores de la corte de Felipe IV las hojas del afamado Pedro Alonso.

Por de contado que hay que secar y orear muy bien, y a aire cálido y no lluvioso, las cabullas embetunadas, no sea que éstas adquieran mal olor y ruin calidad, sobre todo si por ser el tabaco pajizo y flojo se hubiere mezclado al betún una media libra de azúcar quemada, o "papelón", como llaman a los panecillos de azúcar primitiva de Venezuela, o "panela", como les dicen en Guatemala.

Y aún no está todo acabado; que en este punto falta, después de secar bien las hojas, sacarlas al sereno en los

corredores; y enmatuladas las cabullas, o envueltas y amarradas, ponerlas a fermentar en el burro, con conveniente peso encima, a que den las hojas de sí todo su gluten, y hiervan y se fortalezcan, cuyo emburrado ha de hacerse antes de que salga el sol o en horas de tiempo húmedo. Y se vuelven de uno y de otro lado, por sendos días y con muchas precauciones, los matules en los burros; hasta que luego de cuarenta días de estar el tabaco en éstos, lo sacan a recibir betún segundo, que lo aquilata y perfecciona, y cuya labor se hace con regaderas o esponjas, de manera que las hojas de cada matul, ya desatado, queden bien impregnadas de esta infusión definitiva. Al día siguiente, ya el tabaco es seno de perfumes, y los escogedores ponen de un lado la capa grande, toda sana y de color parejo; y la segunda capa más pequeña; y el capote, manchado y de color flojo; y los desechos que van a hacer la tripa. Lo enmanillan, y sale entonces a ocupar artesanos, a enriquecer a mercaderes, a entretener ocios, a distraer penas, a acompañar pensamientos solitarios. ¡Tal vez tengan razón los fumadores: mejor ha de ser a veces ver cómo se dibujan en el aire, con el humo del tabaco, leones y águilas, que sentirlos, como humo del espíritu, subidos al cráneo.

Todo eso que hemos apuntado de ligero, como suma de libro, y por si hay en ello algo nuevo que otros cultivadores aprendan, está enseñado con tal mansedumbre de dicción, riqueza y encadenamiento de detalles y claridad visible y palpable en el libro del señor Lino López Méndez, que el que lo acabe de leer, gustoso y agradecido como quien cierra un grato cuento, se da a sí mismo el grado de docto en el cultivo del tabaco, y pregunta el camino de las tierras fértiles donde, en vegas planas o en lomas arenosas, crece de mano de hombres sensatos y piadosos, como el autor de este libro, la planta amable que da el humo, compañero del hombre.

ALBA DE CUBA

RELIEVE DEL ESCULTOR VENEZOLANO
RAFAEL DE LA COVA.

Más que con la pluma escribimos esta vez con el agradecimiento: Que un cubano muera por su patria; que viva como se vive lejos de ella, que es morir, está bien, y a eso estamos todos, sin pestañear y sin cejar; pero que un noble caballero de otro país, cuyo cincel ha producido obras que adornan parques y plazas de Caracas, su ciudad nativa; que un artista de fama, que nos sabe pobres, y no tiene que esperar de nosotros puésto ni encumbramiento, consagre su delicada inspiración y su cincel destrísimo a poner en escultura nuestras esperanzas; que Rafael de la Cova haya trabajado con manos cariñosas el precioso relieve que llama "Alba de Cuba", es un acto de nobleza que a todos los cubanos debe hacer el nombre de este caballero muy querido. Quisiéramos que nuestros lectores le viesen como nosotros le hemos visto: puesto a la faena como si se tratara de una obra que debiera valerle la recompensa importante que le han valido sus estudios; retocándola con esmero paternal, como si la hermosa criatura que ha creado en este relieve su fantasía fuese su hija más querida; temeroso

como un colegial de que la obra no fuera digna de su objeto.

Oh, pero lo es; y pronto estará en todos nuestros hogares, y volveremos a ella los ojos, como un símbolo de nuestros más dulces deseos, en las horas frecuentes de desfallecimiento, en que el destierro es más doloroso que la muerte!

"Alba de Cuba" tiene la delicadeza de una aurora y la hermosura de un deseo que comienza a cumplirse. De entre nubes vagas, como todo lo que nace, asciende por el cielo una bellísima criatura, vestida con su propia cabellera, que tiene vuelto a lo alto el rostro enérgico, y con el esfuerzo de sus dos brazos arrogantes alza ya a medio quebrar una cadena. Hacia arriba y a sus piés empujan las nubes nuestro escudo. Por el Este, sobre unas nubes apretadas, como cargadas de sufrimiento humano, el sol asoma.

El óvalo del relieve, como todo él, es sencillo y casto: ni cargazón de adornos, ni alusiones de mal gusto, ni mucho símbolo: nada más que el noble deseo de un americano libre que acude con el tributo de su arte en la hora del pesar a los únicos americanos que son todavía esclavos. El modelado de la figura es de toda pureza y de beldad notable; y toda la composición tiene un aire de nitidez y castidad que provoca un espontáneo aplauso.

Uno de los mayores méritos del trabajo de de la Cova, en el cual da a entender que conoce la elevación del alma cubana, es que esta figura suya de Cuba, al despertar redimida en su alba libre, no tiene a su alrededor un solo símbolo de venganza o castigo, una sola memoria de rencor que empañe la primera aurora. Así concibe un verdadero artista.

No hacemos aquí más que obedecer al ruego unánime de los que han visto el generoso trabajo de de la Cova: expresarle nuestra gratitud íntima. El arte afirma los

sentimientos que expresa, los cuales crecen en el alma, de tenerlos siempre delante de los ojos en una forma hermosa. Y otro servicio más hace el artista. Y es que representando en lo que tiene de bello el sentimiento, acostumbra al espíritu a verlo de esta manera, y se prepara a rechazar en la hora de los extravíos todo lo que desluzca o falsee.

Oh! sí. En las horas de soledad y de amargura que son tan frecuentes lejos de la patria, hace mucho bién poder volver los ojos a una imagen que nos la representa libre y nueva.

LOS ARABESCOS DE EDUINO

UN POEMA CUBANO

POR JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

De Venezuela, donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española; donde Bolívar, que engendró un mundo, pensó en redondearlo con la libertad de las Antillas, peligro y rémora del continente y de la paz universal mientras continúen esclavas; donde peleó Páez, el más épico y original de los héroes americanos, que quiso remozar su vejez en la batalla por la independencia de Cuba; donde la madre desolada guarda aún la carta que del campo cubano le escribió el hijo querido, que de la riqueza de Caracas se fué a morir por Cuba infeliz; de Venezuela, y de uno de sus mejores hijos, le viene ahora a Cuba un valioso regalo. Cubano es el poema; y ¿por qué no hemos de decir, con esta ciudadanía en que ardemos todos, que es cubano el autor? ¿No sangra él, como la madre de su poema, por los dolores de la tierra mísera, la tierra que ya se alza sobre el codo, se aprieta la cintura y vuelve a ver el cielo? ¿No es el autor hermano glorioso de aquel Eduardo Calcaño, que con las estrofas de su prosa vehemente, calzadas como las lanzas

de acero bruñido, y con su discurso de oro encendido, avivó el valor y flageló la cobardía en tiempos de Zambrana, de Piñeyro y de Sanguily, de los cubanos de la primera guerra? ¿No es honor de América, por la médula de su verso y la ternura de su corazón, José Antonio Calcaño, el poeta piadoso de "Los Arabescos de Eduino"?

De alma muy fina y de heroísmo doméstico es el poema de José Antonio Calcaño, que halla a la lengua castellana en América empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo a sus dominadores; ¡hay hombres hechos, por su ruin natural, para que se acuesten sobre ellos, Cavas perpetuas de felices Rodrigos, y otros para ponérseles delante, con la luz de su virtud y el orgullo de su libertad, y echarlos, tapándose el bochorno, por las entrañas de la tierra! ¡Hay quien le lleve al señor todos los días, para que se bañe al despertar, la palangana servil, llena de la sangre de su tierra! Y hay también, aunque no sea de cuna cubana, quien recuerde lealmente, en poesía amiga y delicada, el sacrificio que suelen negar hoy en los demás, por fatiga o aberración, los mismos que fueron héroes de él.

Cuenta el poeta la historia triste de Eduino en romance dramático, realzado por ideas de honda belleza, y de hermano o de padre, como rubíes o zafiros en filigrana de oro.

En New Brighton, cerca de Liverpool, vivían, cuando la guerra, los padres de Eduino, y el niño acababa de nacer; vivían tranquilos—cuanto por climas extraños—cabe a las aves sin nido. De fuego de sol era la madre bella, y lo que cantaba "siempre" eran "canciones de Cuba": "mas tal al cantar lloraba,—que dudo si al tiempo mismo—que consolaba su ausencia—no doblaba su martirio". Y un día se quedó la casa sola; el padre halló a unos cubanos que le hablaron de la ocasión de ir a la guerra y del *Virginius* que salía; les dió promesa de ir: "¡oh, Cuba, adorada Cuba!"; la mujer, acobardada un

instante, le echa, antes que la que le puso pronto la muerte, la corona de sus brazos; el vapor se va, con el cubano fiel; pasa el vapor, humeando, por frente a la casa viuda; no se ve ni se oye nada; "un pañuelo blanco a bordo—y en los balcones un grito":—"Cuba, Cuba, tú no sabes—los dolores de tus hijos".

No volvió el padre: cayó en el *Virginius*.

Entonces no es, sino diez años más tarde, cuando se ve el dolor del poema; cuando la madre, "desierto el mundo", pobre el vestido y la casa, sólo para el muerto y para Eduino vive, y, exacerbada o hundida,

Ya son de muerte sus ayes,
Ya son de rayo sus ímpetus.

Y él, de diez años, "festivo y angélico", todo lo borda con la pluma artística; a besos echa la angustia de la frente de su madre; acaso su risa alegre hiere y extraña el desolado corazón; baja él con la madre al mísero jardín, o la acompaña, por las tardes de verano, a respirar el aire de la mar, de la mar que se llevó al padre que no ha vuelto; y la casa, llénala de dibujos, ya clavados con orgullo a las paredes de su cuarto, ya en los márgenes de diarios y revistas, ya en cuanto hueco halla a mano, que por todas partes se ven "los arabescos de Eduino", hasta que un día, cuando la madre retorna "exasperada",

Con la dureza del hombre,
Con el rigor del Destino,

cuando vuelve, quizás de extender la mano en balde, a la casa menesterosa, halla abierto sobre la mesa, como infausto cumplimiento, el libro de rezos que el esposo al partir le dejó por memoria, y donde el pobre niño ha floreado, con lazo de más pétalos y cintas que todos los suyos, las iniciales de sus padres, la madre, airada de que otra mano desfigurase el recuerdo último, lanza el libro a su niño sonriente que, herido por el canto de bronce, se va al cuarto sangrando!

Y por toda la escalera
La llevó el sangriento hilo,
Como una mano de hierro,
Hasta la alcoba del niño.
Lo que sintió al ver sus manos
Y su rostro en sangre tintos,
Sólo alcanzarlo pudiera
La Santa Madre de Cristo;
Que con ser tal su desdicha
Que aún la lamentan los siglos,
No fué la de hacer su mano
Correr la sangre del hijo!

Después, ¿a qué los cuidados? ¿a qué besarle con lágrimas las manecitas, que señalan a la pared, pidiéndole que rompa todos los dibujos? ¿a qué celebrarle arrepentida "los dibujos lindos", y aquel "obsequio de él", y llamarse vil? ¿a qué echarle, en las manos para siempre caídas, pinturas en montón, y papeles y lápices? Eduino

Estaba siempre en silencio,
A su regazo acogido,
Como se echa bajo un olmo
Con su dardo el cervatillo.

Y se desvanecía, con la cabecita vendada. Y una noche

Tomó la mano a su madre
Y dió el último suspiro....

Y el poema acaba, y la madre:

¡Cómo vivir ya esa madre
Desolada en tal recinto,
Sordo el cielo, el hijo muerto
Y el remordimiento vivo!....
Pero el más pronto descanso
Lo da el más grande martirio:
Sucumbió, la hallaron muerta,
Ya el cuerpo rígido y frío,

De rodilla, contra el lecho
Y los labios sobre el libro
En la página en que estaban
Los arabescos de Eduino.

De lauros está cubierta la mesa donde escribe sus versos, en el reposo de la justa fama, el poeta más castizo de Venezuela. En "Los Arabescos", como en todo lo suyo, luce la lengua su música y color; realza con el ritmo esmerado, y el súbito chispazo de poesía, la narración corriente, y une a estos méritos el de la viveza dramática a que en América no puede dar vuelo el verdadero artista, por no hallarle campo natural sino en la época embrionaria, de indios y conquistadores, poco vulgar aún para que interese y mueva su grandioso drama, o en el teatro, aun no bien desbrozado, de la guerra de independencia, manantial futuro de creaciones, o en la vida social contemporánea, todavía en nuestra América vacilante e informe, que en la escena se habría de expresar con la indecisión e hibridismo que quitan beldad y permanencia a la obra de arte. Drama visible parece, más que poema, el romance de Calcaño. Pero su movimiento y realidad, con ser muchos, no es lo que más debe celebrarle un cubano, ni el señorío sobre la lengua, que él guía y revuelve como jinete generoso un caballo de rico jaez; sino la ternura, de hermano o de padre, con que recuerda los sacrificios callados de Cuba, los sacrificios de que Cuba no se ha cansado aún, y aquella voz del alma con que grita, para castigo de olvidadizos y consuelo de héroes ignorados:

¡Cuba, Cuba, tú no sabes
Los dolores de tus hijos!

En la portada lleva el libro, en lazo estrecho, una pluma y una espada, y alrededor una corona de laurel.

LA ESTATUA DE BOLIVAR

POR EL VENEZOLANO RAFAEL DE LA COVA.

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos, disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente a los ingratos. No hay cosa que moleste tánto a los que han aspirado en vano a la grandeza del espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.

Rafael de la Cova, joven de Caracas, ha amasado con sus manos piadosas e inspiradas, en un cuarto pequeño y oscuro, sin distancias, sin tiempo, sin luz acaso, a no ser la febril de la mente y la inquieta del ansia, la estatua monumental que en el buen taller de Bonnard se ostenta ahora, ganosa ya de emprender camino a la ciudad del héroe, a donde, para celebrar con su instalación el centenario del padre de pueblos, el Gobierno de Venezuela la destina.

¡Es brava estatua, de nueve pies de alto! Lleva traje de militar en ciudad; colgándole al cinto espada de gala;

en una mano, que extiende en ademán modesto, la cuenta de sus hazañas; y puesta la otra en la espada que las alcanzó y mantuvo. Allí está el héroe en reposo, como en vida estuvo en el instante en que el escultor lo representa. En el patio del convento de San Francisco, que es ahora Universidad—por cuanto es bueno que se truequen en universidades los conventos,—va a ser erigida, en pedestal sencillo, la estatua de Cova; y Cova representa a su héroe, como cuando el día 2 de enero, ante su pueblo jubiloso y radiante, que creía ver en él astro humanado, narró, con su palabra grandiosa, sus victorias, en aquel mismo patio glorioso de San Francisco. ¡Hay de esos días, en que el sol baja a la tierra!

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua: no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnímodo, sino el triunfador sumiso a la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada; no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fué a devolver, sin descalzarse—porque aun no había míseros—las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la República. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como deslumbradas y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar a no serlo, dió cuenta espontánea Bolívar de su dictadura a la Asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto a Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las

riendas de la mano cuando le pareció que las dejaban caer a tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan, el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceño rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora a Girardot en Bárbula, mueve el brazo vencedor de d'Elhuyar en las Trincheras, de Campo Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, y baja un momento a contar a la madre Caracas sus victorias, mientras piafa a la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, a Chile, a Bolivia!

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tánto venía, y a tánto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dió Naturaleza. No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase, inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra, hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh, cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al peso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco se alzan las cejas, como cobijando mundos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre enamorado.

Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente, no los necesita.

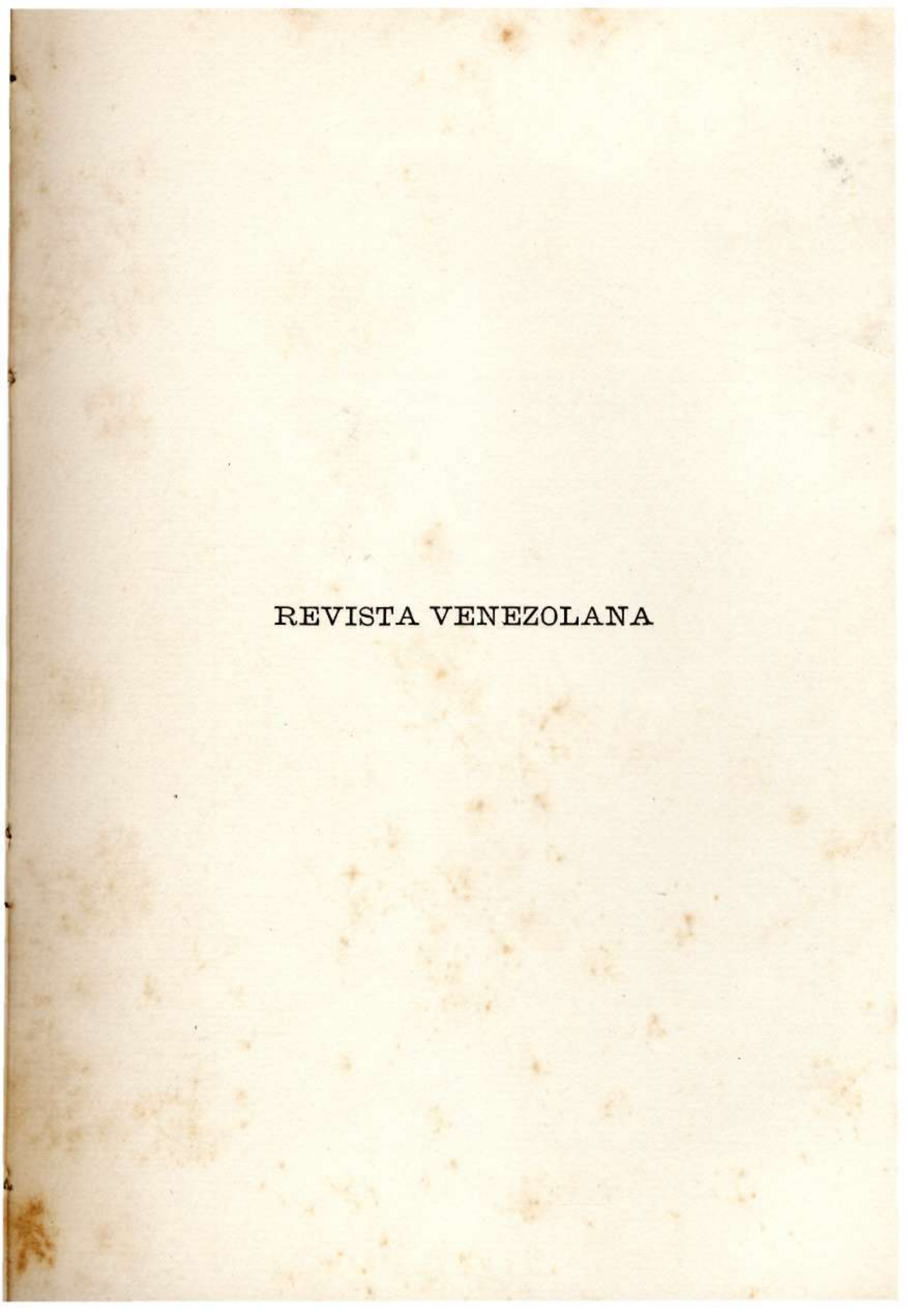
Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia ni corrección, ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo o en lenguaje, que acierten a expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, a la mente ofuscada y a las manos nerviosas de los hombres.

El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue sin embarazo ni dureza; el brazo derecho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarbadas e innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita a acariciarla y a saludar al escultor; la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera

podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encorva gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonríe.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado e inquieto, sin dar sueño a los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva a la gloria: la sed de lo grande.



REVISTA VENEZOLANA

REVISTA VENEZOLANA

DIRECTOR:

JOSE MARTÍ.

1º DE JULIO DE 1881.

NUMERO 1º

CARACAS.

IMPRENTA DE "LA OPINION NACIONAL."

1881.



PROPOSITOS

Extraña a todo género de prejuicios, enamorada de todo mérito verdadero, aflijida de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa, la *Revista Venezolana* sale a luz. Nace del afecto vehemente que a su autor inspira el pueblo en que la crea; va encaminada a levantar su fama, publicar su hermosura y promover su beneficio. No hace profesión de fe, sino de amor. No se anuncia tampoco bulliciosamente. Hacer, es la mejor manera de decir.

Hierven aquí, en pasmoso número, singulares ingenios. Las liras, como aquellas blandas arpas, vibran con desusados sones al soplo más leve del espíritu, o se cuelgan de rosas para encomiar a los nativos héroes, o recogen al paso de los vientos la queja de las selvas impacientes y el estruendo de las tormentas mugidoras. Un anciano débil, escribe como Carlyle; tal abogado, como Taine; tal académico de la Historia, como si sobre sus páginas virtiese caja de ricas joyas, que fulgurasen y llameasen al vibrante sol. Señalado vigor, que viene de la general virtud; delicadeza extrema, que se debe al suave influjo de las castas damas; sano y amplio lenguaje, como de noble casa solariega; y algo, en suma, de monumental y de ciclópeo, fragante aquí como la Biblia, tonante allá como la historia, relampagueante acá como

la batalla,—avaloran e ilustran los talentos de esta tierra, de tanta alteza cuna, que bien puede suspirar por ella el ánima cautiva, sin miedo de que el rubor encienda el rostro, ni los menguados lo tengan a lisonja.

¿Cómo, del natural asombro que el número y valía de los trabajadores de la mente causa al que los observa, y con ellos goza,—no ha de venirse a la creación de un hogar pobre, mas limpio, y con la buena voluntad aderezado, donde campeen con sus variadas dotes estos hombres extraños, en cuyas manos generosas pone al nacer hada benéfica la péñola y el plectro? ¿Ver gloria y no cantarla? ¿Ver mérito, y no celebrarlo? ¿Ver cubiertas de polvo, averiguaciones minuciosas, tradiciones amadas, memorias de épocas viejas de arte patrio, de libros patrios, de hombres patrios, y no salvarlas con cuidado amante, y sacudirlas a la clara luz? Dejar, como trabajo de escasa monta, a pasto de roedores, éste imparcial estudio de una vida imitable, aquél acucioso examen de nuestros elementos de riqueza, cuál pintoresca escena de costumbres indias, cuál notación curiosa de nuestra fauna y nuestra flora, y nuestra atmósfera matizada de colores, y nuestro aire henchido de perfumes? ¿O una triste memoria de aquellos tiempos olvidados, de hombres desnudos y penachos vívidos? ¿O una tranquila escena de aquellas pampas vastas, con su sacerdote de cabellos blancos, y sus indígenas sin inquietud y sin ventura? ¿O un combate de filibusteros? ¿O una sesión de nuestro primer Congreso? ¿O una cabalgada del fúlgido Bolívar? ¿O aquellas plazas nuestras, con su árbol histórico y coposo, y su orador magnífico, y su apiñada y clamante muchedumbre? ¿O nuestros adelantos, futuro desarrollo, o sabias leyes? He ahí a lo que viene la *Revista,* a toda pasión doméstica y caso de debate interno decorosamente ajena; nó a detenerse en lánguidas y peligrosas contemplaciones de la gentil Naturaleza, útiles sólo cuando de ellas nacen la certidumbre de la poquedad de nuestra vi-

da,—y urgencia de prepararnos por la austera virtud para la próxima,—o el patriótico anhelo de poner a bullir sus colosales y dormidas fuerzas; nó a dolerse, con boabdílea rima, de esos imaginados males de hábito que de bracear en mar de versos, no en mar de verdadera vida, vienen; nó a decantar como razón de una culpable calma las históricas glorias, que no han de ser a pechos esforzados más que el deber de conquistar las nuevas:—a poner humildísima mano en el creciente hervor continental; a empujar con los hombros juveniles la poderosa ola americana; a ayudar a la creación indispensable de las divinidades nuevas; a atajar todo pensamiento encaminado a mermar de su tamaño de portento nuestro pasado milagroso; a descubrir con celo de geógrafo, los orígenes de esta poesía de nuestro mundo, cuyos cauces y manantiales genuinos, más propios y más hondos que los de poesía alguna sabida, no se esconden por cierto en esos libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas; a recoger con piedad de hijo, para sustento nuestro, ese polvo de gloria que es aquí natural elemento de la tierra, y a tender a los artífices gallardos las manos cariñosas, en demanda de copas de oro en que servirlo, a las gentes—aún no bastante absortas: a eso viene, con más amor que fuerza y más brío que aptitudes, la *Revista Venezolana.*

Cosas grandes, en formas grandes; sentimientos genuinos, en pulquérrimos moldes; acendrado perfume en ricas ánforas: he aquí lo que ella anhela, y a poco que la ayuden, hallará. Vendrán a ser en esta tarea los trabajos del que la encabeza y esto escribe,—como aquel cobre humilde, tan escaso de valor cuanto necesario a toda liga. Aposento natural tiene en la *Revista Venezolana* todo pensamiento americano; y cuanto al bien de nues-

tras tierras, y a auxiliarlas a formar conceptos propios y altos contribuya. No se publicará en extraño pueblo libro de nota que aquí no sea explicado; ni libro alguno entre nosotros que no nos halle con la pluma alzada en pro de sus bondades, y en escusa de los que nos parezcan extravíos. Amar: he aquí la crítica.

No obedece la *Revista Venezolana* a grupo alguno literario, ni la perturban parcialidades filosóficas, ni es su criterio airado y exclusivo, ni viene a poner en liza, sino a poner en acuerdo, las edades. Son las letras como madres generosas sobre cuyas rodillas se apaciguan las fugaces querellas de sus hijos. Pues, ¿quién contiene esta irresistible simpatía que nos empuja, como a amado hermano, hacia el que, fatigado del interior demonio ardiente, lo echa de sí en resuelta prosa, o en alada rima? ¿No son todos buscadores de la verdad, con lámparas de colores diferentes?

No abandonarnos nos prometen nuestros amigos generosos, y la *Revista Venezolana* se levanta en sus brazos, bien segura de ellos. De venir aquí empeñan promesa, y ya les vemos venir en procesión de vencedores, Arístides Rojas, con la América a cuestas; con sus proféticas visiones, Cecilio Acosta; el reposado Soublette, con su palabra clásica; con la suya elocuente, arrebatada y justa, Guillermo Tell Villegas; y el hidalgo Saluzzo, con sus voces sentidas; y Eduardo Blanco, el caballero de la gloria; y el vivaz Núñez de Cáceres, con su obra varia y nueva; y Morales Marcano, que arrebata al espíritu sinuoso sus ondas invisibles, y les da molde férreo; y el amado Aveledo, a contarnos coloquios con la naturaleza. Con cítara de oro, colgada de caléndulas, dirá Eloy Escobar sus cosas tristes; y con daga de señor, más que con plectro, tañerá en la suya el caballeresco Diego Jugo; y cantará

Francisco Pardo sus arrogantes versos, de alas grandes de luz; y revolverá los suyos Armas, poderosos y límpidos; y cubrirá de rosas de Fingal a nuestros bravos el culto Tejera; y los ensalzará con entusiastas voces Arismendi; y como Plácido gemirá Domingo Hernández, Julio Calcaño dará a los vientos su flexible lira, y Arvelo sus sinceras dulces cántigas, y Heraclio Guardia pulsará con mano enérgica su laúd fundido en el bronce macizo y resonante de los clarines de la lid moderna. No será, pues, tribuna egoísta, este humilde periódico; sino casa modesta, donde todo sereno pensamiento, y pensador hidalgo, tendrán casa. Alhajado está el hogar; y los miembros del Areópago citados: ¡sea todo, humildemente, en prez de Venezuela, y de la América!

EL CARACTER DE LA "REVISTA VENEZOLANA"

He aquí el segundo número de la *Revista Venezolana.* Fervorosas palabras de simpatía por una parte y naturales muestras de extrañeza por la otra, saludaron la aparición del número primero: todo nuevo viajero halla pródigo sol que lo caliente, y ramas que le azoten el rostro en el camino. Débense al público, no aquellas explicaciones que tengan por objeto cortejar gustos vulgares, ni ceder a los apetitos de lo frívolo; sino aquellas que tiendan a asegurar el éxito de una obra sana y vigorosa, encaminada, por vías de amor y de labor, a sacar a luz con vehemencia filial cuanto interese a la fama y ventura de estos pueblos.

No citaremos, sino agradeceremos en silencio, las demostraciones de ardoroso afecto que la *Revista Venezolana* ha recibido: mas, ni debe intentarse lo mezquino, aunque de ello venga provecho mayor que de intentar lo grande, ni debe dejarse sin respuesta, por lo que al logro de lo grande importa, cuanto a desfigurarlo o a estorbarlo se dirige. Seguro de sí mismo, por enamorado, por trabajador, y por sincero, ni con las alabanzas se ofusca, ni ante interesados juicios ceja, el director de la *Revista Venezolana.* La obra de amor ha hallado siempre muchos enemigos.

Unos hallan la *Revista Venezolana* muy puesta en lugar, y muy precisa, como que encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa; y se regocijan del establecimiento de una empresa que no tiene por objeto entretener ocios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio; y nos aseguran que la tarea de hablar a los venezolanos calurosamente de su grandeza y beneficio, y los de la América, será estimada y favorecida en esta tierra buena, en su provecho interesada, y encendida en el fogoso amor de sus proezas: ¡quién se fatiga de tener padres gloriosos! ¡ni de oír hablar del modo de hacer casa a sus hijos! Pero hallan otros que la *Revista Venezolana* no es bastante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia. Pues la *Revista Venezolana* hace honor de esta censura, y la levanta y pasea al viento a guisa de bandera.

¿Cómo? Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás a todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incumbración y de rebote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen, y fundar; cuando, poseedores de la ex-

cesiva instrucción literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descuajados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pie en los bosques, como guerreros dispuestos a la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden a desatarlos y a recoger el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza; cuando pueblan florestas suntuosas naciones ignoradas, y se hablan raras lenguas por sendas escondidas, a cuyos bordes son abonos de la tierra los frutos que podrían ir más adelante en nave nuestra a ser gala y señuelo en los mercados; cuando vagan por entre nosotros, a modo de visiones protectoras, grandes muertos erguidos que demandan a cada hijo que vive su golpe de martillo en la faena de la patria nueva; cuando hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar, hacer sustento y pasmo de hombres: ¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones perturbadoras y mal sanas, la contemplación peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginación estéril y engañosa? Nó: no es esta la obra. Es la imaginación ala de fuego, mas no tórax robusto de la inteligencia humana. Es la facilidad, sirena de los débiles; pero motivo de desdén para los fuertes, y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños. De honda raíz ha de

venir, y a grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. Es fuerza andar a pasos firmes,—apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra,—camino de lo que viene, con la frente en lo alto. Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra.

Cierto que, pasajeros de la nave humana, somos, a par del resto de los hombres, revueltos y empujados por las grandes olas; cierto que, venidos a la vida en época que escruta, vocea y disloca, ni los clamores, ni los provechos, ni las faenas del universo batallador nos son extrañas; cierto también que por nacer humanos, singulares dolores nos aquejan, como de águila forzada a vivir presa en un menguado huevecillo de paloma. Mas ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho,—antes nos es causa de amargos celos y dolores,—si no nos enciende en ansias de combatir por ponernos con nuestras singulares aptitudes a la par de los que adelantan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder a esta voz de fatiga y agonía que viene de nuestro espíritu espantado del ruido de los hombres. De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba, frente a sí mismo, en la solemne noche: durante el día, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboración de nuestra patria nos reclaman.

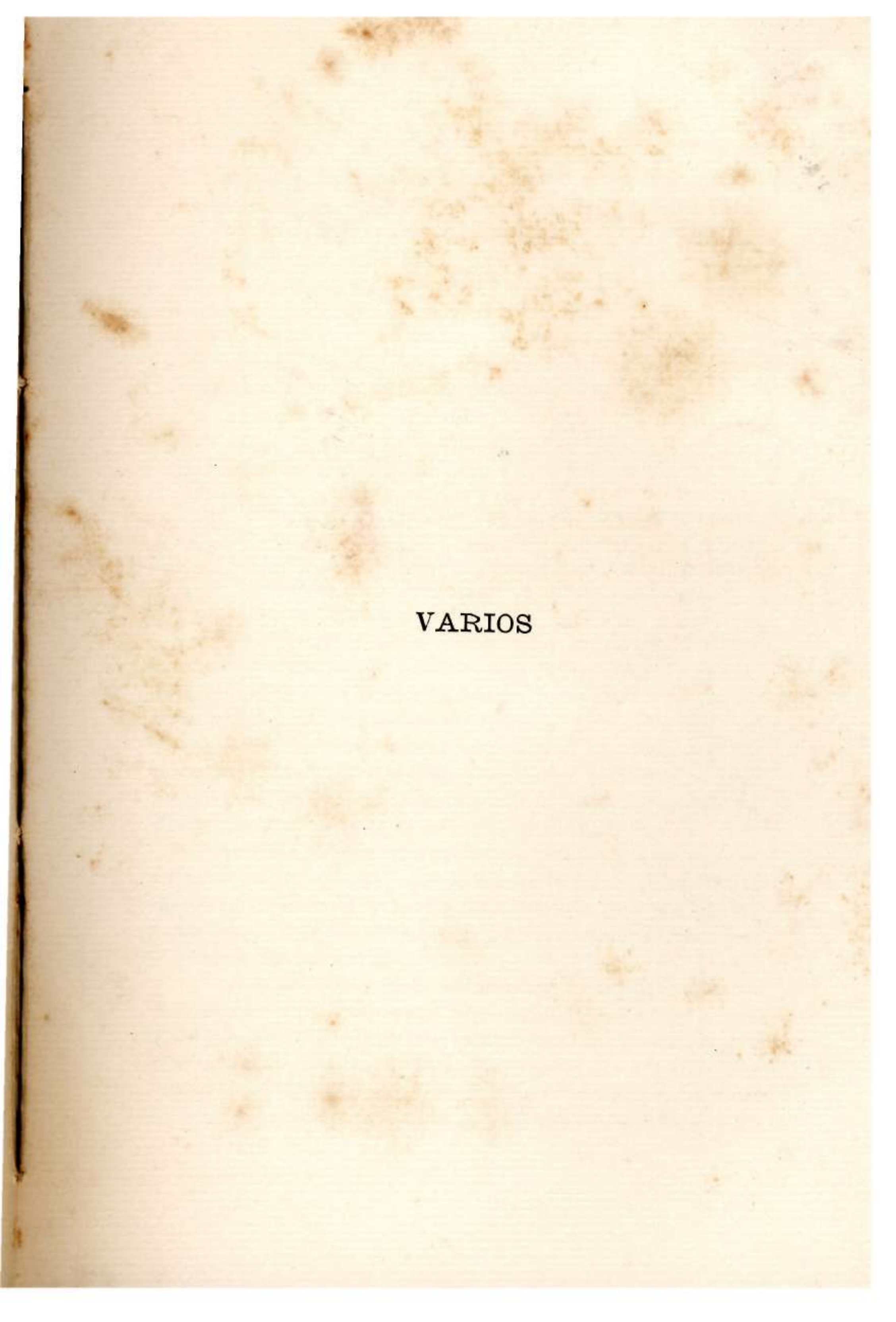
Animada de estos pensamientos, y anhelosa de hacer la obra más útil, la *Revista Venezolana* viene a luz, no

para dar salida a producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y a las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto escribe y comienza por alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, o en pañal de lágrimas; no para alimentar sus ediciones de trabajos varios, sin orden ni concierto, ni gran traba entre sí, ni fin común, ni más analogía que la que viene de la imaginación que las engendra; no a ser casa de composiciones aisladas, sin plan fijo, sin objeto determinado, sin engranaje íntimo, sin marcado fin patrio:—viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable, con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanas. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos alientan, el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de Méjico al Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco. Como balcón por donde asome a nuestro mundo feraz el mundo antiguo, y porque es elemento útil de nuestra vida, estará el movimiento universal representado por el extracto sucinto y provechoso de los grandes libros que en toda parte del mundo se publiquen. Y como dan medida justa de este sano pueblo el sentimiento ingenuo, el dolor casto y la pasión caballeresca de sus poetas, con rimas suyas irán siempre esmaltadas estas páginas humildes, soberbias sólo en el vigor con que han de defender la obra que intentan. Más vale estar en ocio que en emplearse en lo mezquino. Y callar, que no hablar verdad. Pero enfrente a la faena, es deber el trabajo, prueba la injusticia y el silencio culpa.—Determinado así nuestro propósito, excusado es decir lo que está fuera de él, o cabe en él.

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaración, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir. Aquél es ocasionado a regocijos de frase, donaire y discreteo: éste a carrera fulgurosa y vívida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza. De lo uno son condiciones esenciales el reposo, la paciencia: de lo otro, el ansia y el empuje. De aquí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores a las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente. Está además cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner la mano en una época quien no la conozca como a cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que lleva a decir las cosas en el que fué su natural lenguaje. Este es el color, y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Londres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, o verde lúgubre de Erín. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que

el uno use de diversos colores, y nó el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista Venezolana;* y se le tachará en otras de neólogo: usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

Queda con esto, agradecido tiernamente el amoroso concepto que a muchos merecemos, respondida sin vacilación la extrañeza que a otros hemos causado, y determinado con fijeza el carácter de la *Revista Venezolana.* La sinceridad: he aquí su fuerza. El estudio: he aquí su medio. Y un derecho sólo recaba para sí: su derecho a lo grande.



VARIOS

EL CENTENARIO DE BOLIVAR EN NUEVA YORK

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así *La América,* exclusivamente consagrada a avivar el amor a la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tomar nota breve de la fiesta con que los hispanoamericanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes e industrias deben bajar a tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y magnánimo que aseguró al comercio del mundo y a la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitirnosla extensa el espacio que nos falta, ni la naturaleza de *La América,* a la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos a sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces a menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, a la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si a los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de

representantes de nuestras Repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste, ni encogido; parecía que se juntaban todos a la sombra de una bandera de paz, o que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijaba a los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba de brazo de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudiador leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho a exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carranza, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama a su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con don Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción, energía y fortuna con que le dió remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa ganan almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábase en todos los grupos del señor Marco A. Soto; mas no con distingos y a retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno; sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quienes no ha necesitado venia para dar prendas de desusado tacto y juicio sólido; y sobre

las dificultades que, como evocadas a la sombra del Gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spíes, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Philips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aun enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternura, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasguear esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla e himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América. Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que *La América* reseñan, adivinábase, ¡qué más pudiera decirse, ni necesario es decir! que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Pérez Bonalde, fraternalmente amado por los hispanoamericanos de New York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los comensales al cónsul Egleson, a quien la alta palabra no es extraña, cuando, hablando en nombre de la ciudad de New York, como el colector Robertson acababa de hablar por

los Estados Unidos apropiadamente, llamó a Washington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galantemente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el Presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de Estado. Regocijaba ver juntos, como mañana a sus pueblos, a tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fué la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh, de aquí a otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta que va a haber llegará al cielo!

Y otros hablaron luego. De España, trajo saludos a los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la Prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige *Las Novedades*. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete, y leyó entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del Imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de *La América*, llamado a responder al brindis "por los pueblos libres", tuvo algunas palabras que decir.

Y por sobre todo, y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado a intereses de bandería, ni a halagos a gobernantes, ni a rebajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta muchos codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fué de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en el porvenir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

BUENOS Y MALOS AMERICANOS

Fiesta en París en honor del general San Martín

De un lado se están poniendo en América los que, sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y del otro lado, los que, sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden a escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjuran y maldicen de su esencia, y de otro los que tienen tamaños de fundadores de pueblos, y, por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso y anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos; no por los que con el mismo plectro —porque esos usan plectro—endiosan a Bolívar y a sus tenientes, y al espíritu ¡oh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aque-

llos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplausos, a los ojos de regocijadas tierras extranjeras. Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíticos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar a los detalles pierden la capacidad de entender, a pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la Naturaleza; son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia. Un título los compra. Con lisonjas y celebracioncillas se les tiene. Decimos que los conocemos.

Se nos han ido esas líneas de la mano, como vanguardia de mayor ejército que no quisiera verse obligado a librar batalla, al leer en cartas privadas noticia de la entusiasta fiesta con que los hispanoamericanos de París, en que los de la vieja Colombia están en mayor parte, celebraron, en prosa y verso, el 25 de febrero, el aniversario de San Martín virtuoso. De ese espíritu necesitamos en América, y no de otro; del que apriete, como quien aprieta espigas de un mismo haz, todos los pueblos de América, desde el que levanta en bronce al cura Hidalgo, que a Washington se parecía en la serenidad y terco empuje, con cierto mayor entusiasmo, hasta el que a Belgrano y a Rivadavia reverencia. Y del lado del Pacífico, ¡benditos sean los que emplean sus manos en vaciar bálsamo sobre aquellas heridas!

En desemejanza de aquellos malos americanos de quienes hablábamos, que se desciñen de la frente los lauros de Chacabuco y de Maipó, para ir a ceñirse los lauros de Bailén, San Martín—como decía el venezolano Carrillo y Navas la noche de la fiesta,—"acababa de segar gloriosos laureles en los campos sangrientos de Bai-

lén, pero no vaciló en arrancarlos de su frente para reemplazarlos con otros más hermosos conquistados en San Lorenzo, en Maipó y en Chacabuco".

Y ¿qué otra cosa dijo de San Martín? Dijo, con llano y altivo lenguaje, "que en vez de enriquecerse con el ejercicio del gobierno, sacrificó lo suyo por la patria".

Y dijo más, y muy justamente, el caballero Carrillo, el organizador de la Biblioteca Bolívar en París, quien a la caliente lengua venezolana une cierta autoridad de pensamiento, seguridad honrada y nervio, que avaloran lo que escribe; dijo que "si Bolívar brilla sin rival en la epopeya de la independencia, por la energía y constancia de su carácter, por la extensión de su genio y por la poesía misma de su gloria, San Martín presenta, por su parte, durante su carrera política, el dechado más perfecto de todas las virtudes civiles y militares, realzadas por una extrema modestia, y al retirarse a la vida privada legó a las generaciones por venir el más alto quizás y más útil ejemplo de abnegación patriótica que han presenciado los siglos".

Al señor Pedro Lamas le tocó, y le venía de derecho, contar a los concurrentes a la noble fiesta la magnífica vida del héroe probo, que en la entrevista de Guayaquil dejó, con nunca vista grandeza, en manos de Bolívar, las coronas que en su propia tierra, y en Chile y en el Perú, tenía ganadas. Tres pueblos puso, que salieron de sus manos, en las de aquel que, con modestia maravillosa y conmovedora, juzgó más útil a América y más afortunado. ¡Quién debió ser Bolívar para causar en San Martín impresión semejante! De la reseña sobria y elocuente de Lamas surgía, como de un espejo de acero, la imagen inmaculada del prohombre argentino.

Y dijo luego un soneto en honor de ambos héroes, y otro brioso y resonante a nuestra América, ese poeta que se saca los versos de lo hondo del alma, como una paloma sus hijuelos, alados y blancos; dijo versos el venezo-

lano Jacinto Gutiérrez Coll, de esos que vibran con el tañido grato y prolongado de la buena porcelana.

Noble ha sido la fiesta que ha juntado en París a los hijos de Bolívar resplandeciente, San Martín virtuoso; noble toda fiesta que ponga en alto el espíritu original y ardiente, el espíritu americano de América, en que se está deslizando ahora, como una serpiente envuelta en la bandera patria, otro diverso espíritu.

Quien hubiera visto poblado de águilas el aire cuando de la casa pobre de Guayaquil salieron de determinar los dos gloriosos caballeros que la Libertad no podía tener más que un esposo, no hubiese visto mal: que aquel aire estaba hecho de águilas.

Esta fiesta de París, por la sociedad "Biblioteca Bolívar" organizada, nos hace ver, como si la tuviéramos delante, la casa aquella, de sagradas paredes, donde lloraron sin duda, con lágrimas que pocas veces ruedan por las mejillas de los hombres, San Martín y Bolívar.

LA FIESTA DE BOLIVAR EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fué Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía; venía hirviendo de siglos; chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del Poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este

modo o de aquel y les bañara los cascos con cocuiza; y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones; con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico; y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto mal humorada, de las causas por que cayó la primer república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate; andar, hasta vencer; el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia; su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural; mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo y obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *cholo* del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo; pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada; envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo; hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; abrazándose en Guayaquil con San Martín entristecido; presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca; entrando de lujo al Potosí, a la cabeza de su ejército conversador, mientras los pueblos y montes le saludan y en la cumbre del cerro de Plata ondean las bande-

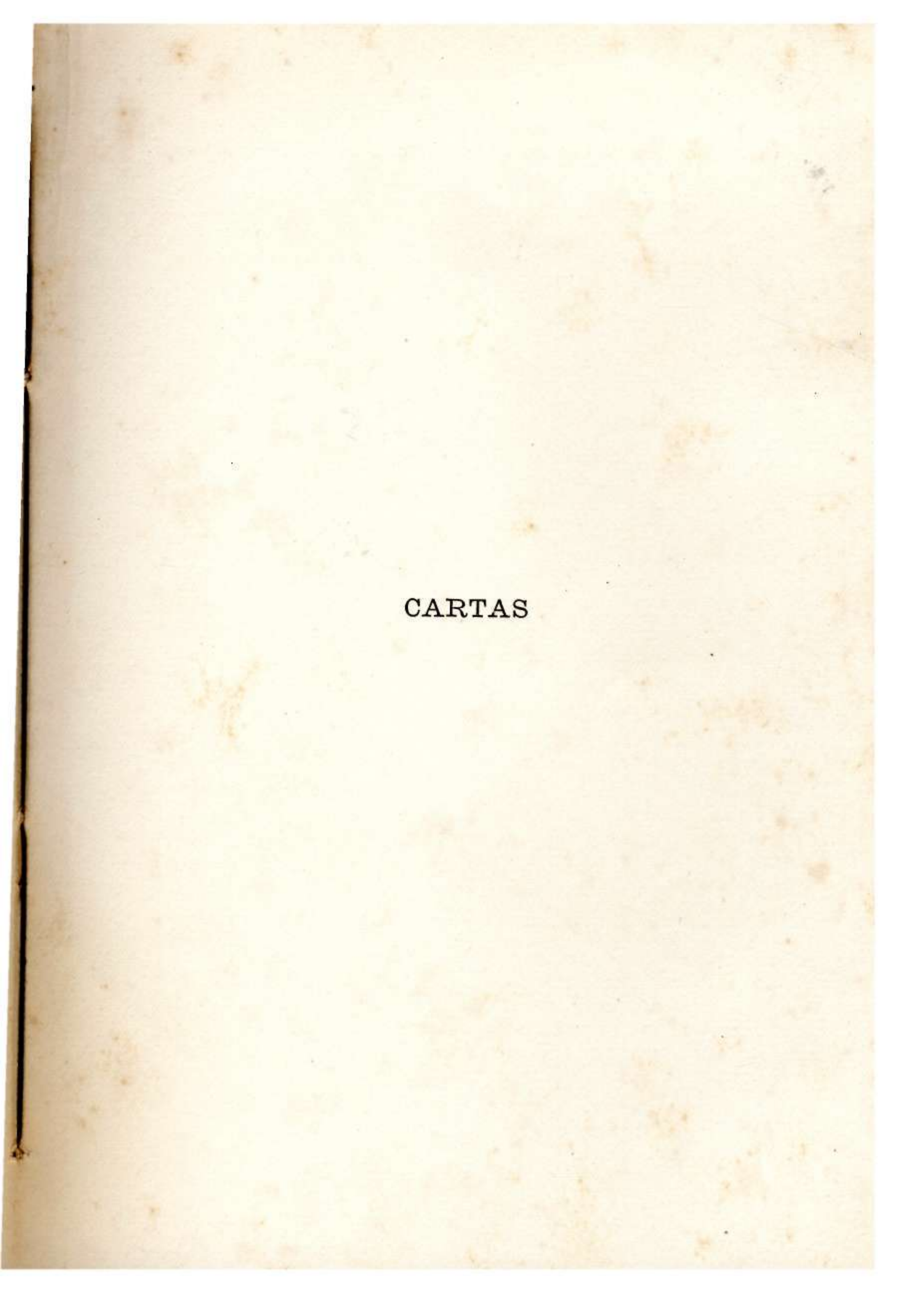
ras nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar. ¡Los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

La "Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York" convidó el 28 de Octubre a una fiesta en honor de Bolívar, y fué la ocasión digna del héroe. Henchido estaba el salón histórico de la Sociedad. Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos, de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fué, cargada de flores, a la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló, tal vez, mejor que nunca, cuando anunció la libertad a "las hijas del Sol". Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo, y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene, que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo e inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fué sobrio y majestuoso tributo al creador americano; era como rosa de oro cada luciente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el descendiente de un hombre que astilló mucha lanza española cuando Bolívar, el general Domingo Monagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído a la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera pro-

pia de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realzada por conceptos felices de la obra del Libertador, fué la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo, calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Calcaño, de aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de "¡Fuego!" La cercanía de *Patria* a José Martí prohibe decir más ahora que la ternura visible con que, de sus labios de cubano, oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América; de él sólo recuerda *Patria* estas palabras: "Quien tenga patria, que la honre; y quien no tenga patria, que la conquiste; esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar". ¡Y eso, y no palabras, es lo que bulle en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche! Esta es hora de andar, más que de decir; el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló las flores de Bolívar.

LA VELADA DE SUCRE

En la sala hermosa y con toda la pompa del cariño, va a recordar al espléndido Sucre la "Sociedad Literaria Hispanoamericana de New York", en la ocasión de su primer centenario. Aquél fué hombre solar y no se piensa en él sin vida y resplandor. Sus victorias eran puras; su amistad, viril; su corazón, de alas; su muerte, súbita y sombría como la puesta de la luz. Por él parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos escudos de oro que bajaban del Cielo a defender a los héroes. Amó la América y la gloria, pero no más que la libertad. La prosa que lo cante ha de ser apretada y movible, como sus batallones cuando daba en ellos el Sol; y su oda, como el eco que va, de monte en monte, por las crestas blancas de los Andes. Y así serán, y como de hijos reverentes, los tributos que ofrendará al glorioso americano la leal "Sociedad Literaria de New York".



CARTAS

Mi muy querido amigo. — Realmente, faltaba algo á mi mano, por lo que estaba enojado con V., — y era haber estrechado la suya. — Con agradecimiento amoroso le buscaba anoche, y me puse mohino por no hallarlo: — para merecerlo algun dia, pongo delante de mis ojos las frases generosas de su carta: pues ¿cómo no habia de sacar fuerzas de flaqueza, si las echaba á cantar glorias de una tierra que cria tan levantados corazones como el suyo? — Con especial amor guardo su carta, que será siempre para mí uno de los más dulces recuerdos de la fiesta, — y me daré prisa, luego que de este peso del alma se me alivie el cuerpo, á ir á darle las fervientes gracias que le debo.

Ofrezca á su esposa mis respetos. ¡A V. — quisiera yo tener mucho que ofrecerle! Váyale hoy el cariño sin valía de su ahijado agradecido

José Martí

s/c 22 de mayo

A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

Señor Fausto Teodoro de Aldrey.

Mi benévolo amigo:

Lucho entre el miedo de ocupar con asuntos personales la atención pública, á más altas cosas que á los placeres de un hombre agradecido consagrada,—y el anhelo de decir de una vez el agradecimiento en que reboso. Estoy confuso, y enamorado de los hombres, y de esta noble tierra—madre de todas las americanas y la nuestra, y tan lleno de obligaciones que no sé como pagar:—aunque quiero quedarme con ellas, y no devolverlas, por el placer de tener que agradecer.

¿A quién daré las gracias primero? ¿A esos hijos mimados de la Historia y de las Musas que me llevaron amorosamente de la mano al Club caballeresco? ¿Al tiernisimo Escobar, al culto Ponte, á Toledo Bermúdez generoso, que me han recibido, más que en su casa, en sus brazos? A aquella sala brillante y seductora, que entera vive, con sus caballeros de miradas altivas, y sus damas de miradas puras, en el alma del huésped conmovido? A usted, amigo mío, que me saca, con sus hidalgas salutaciones, de mi oscuro retiro, poblado hoy, merced á tanta bondad, de armonías tántas? ¿A la noble persona

que con tan airosa pluma ha dicho de mí anoche tan extrañas cosas? ¿A la misma ciudad esbelta y pulcra, con tan singular cuidado embellecida, que entra por tan buena parte con su gracia artística en mis devaneos y ensueños de futuras proezas, no he de dar, con la mano en el corazón henchido, leales gracias?

¡Oh! ¡quién pudiera pagar con rápidas y útiles obras, tántos beneficios! ¡Qué almohada tan suave para todos mis dolores! Mas de ellos he de despertar, para contribuir, con el bien de ellos sacado, al bien ajeno; á las tareas grandiosas, á los empeños altos que en esta veneranda tierra se inician y mantienen. De caer vengo, del lado de la honra. Pero perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra. A servir modestamente los hombres me preparo; á andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; á auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito: y á morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente.—Ruegue usted en mi nombre á todos los que me tienen obligado, á mis amigos generosos, á esta ciudad gallarda, á esta sagrada tierra, que den á su servidor nueva ocasión pronta de pagarles en prácticos servicios los consuelos —que como á consuelos sólo toma el bien que de él hoy dicen,—los delicados consuelos que de todos ellos hoy recibe. Y déjenme ellos y usted callar muy amorosas cosas, que de el alma ferviente se me escapan, pero que el celoso decoro vuelve adentro.

En cuanto á usted, mi benévolo amigo, halle pronta manera de que le recompense sus favores, su obligado y afectuoso amigo

José Martí.

(De "La Opinión Nacional", de Caracas, Nº 3535, correspondiente al 24 de marzo de 1881).

Caracas, 27 de Julio de 1881.

Señor Fausto Teodoro de Aldrey.

Amigo mío:

Mañana dejo á Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza á estrechar antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la largueza y reconocimiento que quisiera, las generosas cartas, honrosas dedicatorias y tiernas muestras de afecto que he recibido estos días últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra: vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: á ella me debo. Y de la América, á cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana*: véan en esta frase su respuesta las cartas y atenciones que, á propósito de ella, he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia, he merecido de la prensa del país y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella: la suma recaudada ha sido hoy, ó será mañana, devuelta a las personas que la

satisficieron: obra á este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos á los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama.

A este noble país, urna de glorias; á sus hijos, que me han agasajado como á hermano; á usted, lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y con tristeza, su humilde adiós,

José Martí.

(De "La Opinión Nacional", de Caracas, Nº 3631, correspondiente al 28 de julio de 1881).

A DIEGO JUGO RAMIREZ

Mi muy querido amigo.—

Realmente, faltaba algo á mi mano, por lo que estaba enojado con V.—y era haber estrechado la suya. Con agradecimiento amoroso le buscaba anoche, y me puse mohino por no hallarlo: para merecerlas algun dia, pongo delante de mis ojos las frases generosas de su carta: pues ¿cómo no habia de sacar fuerzas de flaqueza, si las echaba á cantar glorias de una tierra que cria tan levantados corazones como el suyo?—Con especial amor guardo su carta, que será siempre para mí uno de los más dulces recuerdos de la fiesta,—y me daré prisa, luego que de este peso del alma, se me alivie el cuerpo, á ir á darle las fervientes gracias que le debo.

Ofrezca a su esposa mis respetos. A. V.—quisiera yo tener mucho que ofrecerle! váyale hoy el cariño sin valía de su ahijado agradecido

José Martí.

s/c 22 de Marzo.

(*Del original, inédito.*)

New York, 9 de Diciembre.

Sr. Diego Jugo Ramírez.

Amigo mío.—

¿Yo no le he escrito á Vd? No puede ser. Mi carta no habrá sido escrita en el papel, pero ha salido muy cariñosa de mi mente, y ha emprendido camino de Carácas. Ni con qué corazón quiere V. que le escriba, si me lo dejé allá todo? Aquí he traído la rueda que voltea, y la masa que trabaja; pero allí donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo mas caro de mi vida. Otros no entenderán esto: por eso yo no lo escribo para otros. Entendería V. estas vehemencias mias, si me viera escribir, á despecho del pensamiento presuroso que me las empuja, estas letras menudas y correctas: á pesar del buen fuego que arde en mi cuarto, tengo mis manos heladas.

Yo no le he escrito, Jugo, porque quería escribirle sin premura, y con regalo. Esperaba, en vano como siempre, horas de calma. Aquí el trabajo; allí el dolor, que es un mayor trabajo, me echaban apresurado y fatigado sobre la hora del correo. Para decir cuanto quería, no tenía tiempo. Para no decirlo, no debía escribir. Tengo tal fé en mis agradecimientos, que sé que aquellos que me los han inspirado han de sentirlos, aun cuando yo no se los diga.

Y luego—las cartas me parecen siempre pequeñas. Esto viene de haber vivido tanto en cárcel; que me fatigo de ellas.

Ayer mismo, revolviendo entre mis recuerdos piadosos, volvía a ver uno que me es caro: un ramo de violetas, que me dió su esposa, en aquel día primero de carnaval en que no en vano estaban todos los colores en calles y ventanas,—porque no había ninguno en mi alma. A los pocos dias alcé los ojos á aquel ramo, que adornaba el retrato de mi hijo, y ví que se secaba. Y escribí esto, que no le enseñé por ser cosa tan sencilla:—

¿Porqué os secais, violetas generosas,
Que me dió en hora amarga mano pía?
Pues patria al alma dais, flores medrosas,
No os secaréis en la memoria mía!

Oh! y no se secan!

Aquí, mis escasas horas de esparcimiento son horas venezolanas. Las parto con Bonalde, y con Gutierrez Coll. Ellos me animan á imprimir un librito, que escribí en Caracas, y allá le irá. Ya está en las prensas. Es un juguete, como para mi hijo.

Jamás recuerdo las pequeñas amarguras que pasé en esa tierra bien amada: solo recuerdo sus ternuras,—y pago como yo pago, á mar por río.—Empéñeme á escribirle, escribiéndome. Yo no le escribo más, porque ya es el alba.—Y vendrá mi hijo, que ya viene, y no lo echará á andar por esos cerros, ni estrechará la mano de V., amigo mío, ni besará la de su esposa! Pero yo de aquí hago lo que él no hace. Por esto no escribo cartas, porque cuando acabo, empiezo.

Muy obligado y muy cariñoso queda aquí su amigo

José Martí.

(Del original, inédito.)

N York 23 de mayo.

Sr. Diego Jugo Ramirez.

Mi amigo muy querido:

¿Porqué se queja de mí? Pues ¿cómo no lee V. las cartas que no le mando? Yo bien sé que no se las escribo; pero se las pienso. V. fué mi amigo en la hora amarga: V. está sentado en puesto de honor en mi corazon.

A. V. he de reñir yo, y nó V. á mí, porque V, vive en paz, y su casa es como una maceta de jazmines, y yo soy como una jaula quebrantada, en que se va arrastrando un leon enfermo. ¡Qué mayor tormento quiere Vd. que sentirse capaz de lo grandioso, y vivir obligado a lo pueril! Yo no esperé en la tierra mas goce que el de hacer un gran bien, y sé cómo hacerlo, y no puedo hacerlo. Es como hinchar de aire ligero un sutil globo, y dejarlo atado a tierra, a que lo azoten y tajen los vientos. Por eso, amigo mio, no escribo a veces: por no escribir cosas de mí.—

Esta carta no va más que á llevarle á "Ismaelillo". No lo lea una vez, porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacales, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí una sola línea mental. Pues ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen á mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en versos mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aun voy á todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro, en que volaran grandes aves blancas.

Pero cuénteme de V, y de si me recuerda, y de lo nuevo que hace. He visto de Vd. á un perfilador un soneto fiero. Y ¿qué fué de aquel libro de censuras, que escribió V. con stylo de Arquíloco? Crea, amigo mio, que me regocijaría tener qué dar, para darlo porque pudiésemos, en paz de alma, volver a vernos.

Le digo aquí adios, para poder saludar, ántes de que salga el correo, á Arístides Rojas. Envíeme carta, para darme ejemplo, por el vapor que le lleva ésta. Presente mis afectos respetuosos á su señora y á su hermana. Yo

estoy purgando la pena de haberme decidido a ser honrado, y vivo sin mi hijo, sin hermana, y sin señora.

Mas nó sin señor, que en V. lo tiene su amigo agradecido

JOSÉ MARTÍ.

(Del original, inédito.)

N York, 10 de Junio.

Sr. D. J. Ramirez.

Amigo mío.

Perdóneme V. que hoy le escriba pª. cosa completamente mia. Quiero que V. sepa lo que por este correo escribo á Aldrey, nó porque desee yo que se hable de esto más que entre V. y Arístides, sino porque deseo que ámbos conozcan la determinacion que tomo, y que quisiera mantener callada, a ménos que no se torciera la verdad, en cuyo caso le ruego que la ponga en buen camino. Apénas tengo tiempo para decirle en breve que desde el instante mismo de la desaparicion de "El Monitor" comenzaron á ser ligeras, y un tanto despegadas, á mis ojos al ménos, las cartas ántes agradecidas y vehementísimas, y preñadas de las más calurosas protestas de consideracion y afecto, de Aldrey y Juan Luis. Yo las recibía ¡ingénuo de mí! como natural pago al vivo cariño que les tenía. Y mis cartas á Carácas, que hoy se juntan ya en libro por manos amigas, y han dado la vuelta á América, habian llegado a serme cosa del alma.—Pero la fortuna me tiene mimado, en lo de rodearme de gentes que me digan la verdad cuando la he menester, pero que me traten con singular ternura, y con una consideracion que es mi gozo. En la última carta de J. Luis, me ha parecido ver que esta consideracion corria peligro de faltar. Y escribo á Aldrey la carta que le adjunto, para q.

se la guarde, y solo haga mencion de ella en caso de q. se dijera de mi acto lo que no es;—y suspendo mis cartas á "La Opinion".

Déjeme decirle algo, amigo mio, de la futura Academia. ¿No curará esto de su ansia de honores, tan parcialmente concedidos, á tantos hermosos talentos nuestros, que tuercen sus dotes ricas, y esconden sus afectos patrióticos, por hacerse agradables á esos caprichosos y desagradecidos dispensadores de la Fama?

Póngame á los piés de su señora y su hermana. Envíeme á leer algo suyo. Ya oigo todo lo q. se va a decir, si, contra lo q. deseo y espero, la suspension de mis cartas se hace pública. Harán que se digan de ellas cuentos de censuras. Yo escribo para los de mente alta, y siento para los de alma grande: no curo de los otros.

No está V. entre los otros ciertamente. Sabe en cuánto lo estima su amigo agradecido

J. Martí.

(*Del original, inédito.*)

New York 28 de Julio.

Sr. Diego Jugo Ramírez

Amigo mío.

Partió el "Caracas" tan inesperadamente, que no vine á saber de su salida sino cuando la ví anunciada, como cosa del día anterior en un periódico. Era siervo en aquellos días de una faena urgente y ruda, que me hizo vivir toda una semana como si hubiera sido un solo día. A otros embriaga el vino: a mí, el exceso de trabajo. Queda después de él un suave orgullo,—no mayor, amigo mio, que el que me causa haber arrancado con mis versos tan tiernos y amorosos sones a su lira. Irán al pié de un retrato de mi hijo, y quedarán entre los lares de la

casa. Yo vivo de estas cosas: otros de oro y palacios. No digo como soy por no parecer extravagante,—y porque el del buen gusto ha de presidir a todos los talentos, y no es de gusto bueno recordar con la sobriedad propia la falta de sobriedad de los demás; pero á V. puedo decirlo —porque ha de callarlo, y de estimármelo.

De lo de Aldrey, de que me da V., con vivo agradecimiento mio, tan cuidadosa cuenta, queda como estaba. ¡Cuánto me duele ahogar aquella voz, hecha ya a vaciarse en los buenos y altos pechos que aun respiran a las faldas del Avila! ¡Qué placer era para mí, por más que me ocasionase rudo trabajo, escribir todas aquellas cosas á Caracas! Y añadía á mi placer el ayudar con ella, á un hombre que venía siendo, y fué desde el principio mi amigo leal. Sólo hay una cosa comparable al placer de hallar un amigo: el dolor de perderlo.

....

Mucho me duele haber perdido una amada tribuna.— Otra me ofrecen desde B. Aires, para "La Patria Argentina"; y otra para la "República" de México,—mas dudo que ame yo estas nuevas,—aunque tengo razon especial para amar la de México,—como amaba ya la de Carácas.—

....

¡Fuérame dado que algun día oyese V. á mi hijo leer su noble carta, y recitar sus versos! No está lejos Carácas, ni yo he de desamarla nunca. Con cinco justos se hubiera salvado una ciudad sagrada:—y en esa ciudad sagrada hay más de cinco justos. Vd. es uno—y lo lleva en memoria y corazón su amigo agradecido

JOSÉ MARTÍ.

Abrace á Arístides.

(*Del original, inédito.*)

A HERACLIO MARTIN DE LA GUARDIA

New York, 10 de abril de 1885.

Señor Heraclio de la Guardia.

Mi amigo generosísimo:

Con Mercedes le mando la parte más cariñosa y agradecida de mi alma: aunque parte no es justo decir, porque con el acto de valiente bondad con que me tiene usted obligado, ya la ha ganado usted toda. Ya era suya, por los trabajos y merecimientos de su vida, por el difícil y ejemplar decoro con que usted aquilata sus talentos: ya era propia de usted, como una rosa blanca de una lira de oro. Me apreté el corazón, que se me quería salir del pecho, como si tuviera alas y quisiera ir á usted con ellas, cuando, más valiosa para mí que paga ú honor algunos de la tierra, leí la dedicatoria de su poema. ¡Luego no está solo el que está solo! ¡Luego las almas honradas se entienden sin hablarse, y se aprietan para resistir, y vencerán al cabo! ¡Luego me acompaña y me quiere uno de los más grandes poetas en la lengua española! ¿Cómo quería usted que le dijese mi alegría, mi amor lloroso, mi agradecimiento, que como un juramento le empeño, en una carta pálida y lejana? Juntaré mis versos, me dije, unos versos atormentados y dolientes que yo hago, y pondré al frente, como quien posa sobre un haz de zarzales un águila blanca, el nombre de Heraclio Guardia. Con eso no le pagaré la deuda en que me ha puesto; pero le daré muestra de que la he alojado en mi corazón, como una joya que me le dará luz en noche oscura, y me lo mantendrá rico cuando las injusticias ó

ruindades humanas me lo aflijan y empobrezcan. Y en carta no le contesté, por contestarle en libro. Pero me ha entrado el horror de la palabra, como forma de la vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia. La mano, ganosa de armas más eficaces, ó de tareas más viriles y difíciles, rechaza, como una acusación, la pluma. Las amarguras de mi tierra se me entran por el alma, y me la tienen loca. Ahora mismo, después de un sueño de años, ya puedo escribirle, porque me lo pide Mercedes, con sus ojos que mandan, y porque nuestros guerreros están limpiando su armadura:—¡y entonces sí seré digno de responder a su dedicatoria!

Nada le digo más, que este saludo. ¡Ingrato y descortés le habré parecido, yo que no tengo en el alma huésped más caro é ilustre, ni presente con más placer y emoción á los que me la visitan! Cuando me siento triste, tomo en mis manos su poema, a mis trabajos y tristezas, como mi mejor amigo.

Cuando cerca de mí habla alguien de oro, abro su libro, y para que sepan que no lo hay mejor, le enseño el de sus versos, macizo y bruñido.

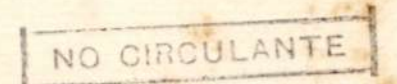
Por usted, Guardia, hemos vuelto, y cuente que peso lo que digo, á la edad de las maravillas y los titanes. Cohortes son esas estrofas: sus arrebatos, estandartes: sus versos resplandecientes, y sonantes como armaduras: son un ejército de Héroes.

¿Y yo, porque no desamo la virtud he merecido que usted me los dedique?—Vengan golpes de maldad, amigo mío, que ya tengo el pecho fuerte para recibirlos!

Y ¡quería usted que le contestase en una carta! Cuando por mi alma me pregunten, enviaré á que dé cuenta usted, que me la tiene! Todo es para usted ternura y obligación,

José Martí.

(*De "La Revista", de Caracas, No.* 24 *correspondiente al* 24 *de octubre de* 1915).



INDICE

INDICE

Boleta de Prestamo Interno

B-P15

No. Orden	Codigo	Fecha	Op.
C/B	VJC	25-3-92	03